LOS PRINCIPISTAS

DE LA PAZ DE ABRIL A LORENZO LATORRE



NUMERO 58 / FEBRERO 1972 / PRECIO $ 150

CUADERNOS DE MARCHA

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.
Director: Carlos Quijano
Administrador: Laureano Sebé
Bartolomé Mitre 1414 - Teléf.: 8 56 60, 91 33 25 y 98 51 94
Casilla de Correo Nº 1702
Montevideo - Uruguay

Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 58 FEBRERO 1972

SUMARIO

Este es el segundo de los Cuadernos dedicados a analizar el turbulento período que se extiende desde la Revolución de 1870 a la dictadura de Latorre. Del apogeo del principismo al apogeo del militarismo. El tercero estará dedicado a Latorre y a la Revolución Tricolor.

Un breve itinerario del proceso ayudará al lector a penetrar en la maraña de sucesos, viejos de un siglo pero que cobran hoy una trágica actualidad.

1868 — Asesinato de Flores y Berro.

1868 — Asume la presidencia Lorenzo Batlle.

1870 — Revolución de Timoteo Aparicio y Anacleto Medina.

1871 — Los principistas entran en escena: aparece La Bandera Radical y se funda el Club Radical; folleto de Carlos María Ramírez, "La guerra civil y los partidos".

1872: Presidencia Gomensoro - La Paz de Abril - Banquete de la Juventud - Militantes del Partido Colorado fundan el Club Libertad - Manifiesto y programa del Club Radical - Manifiesto y programa del Club Nacional - Cisma del Partido Colorado - Elecciones generales.

1873 — Elección de Ellauri - Ellauri renuncia dos veces; pronunciamiento militar que exige el retiro de la segunda de esas renuncias - Las cámaras del 73 y el auge del principismo - Elecciones de senadores.

1874 — La crisis económica - Lucha entre candomberos y principistas - Alzamiento de Máximo Pérez y Gervasio Galarza - El asesinato de Romualdo Castillo en Paysandú.

1875 — La elección de Alcalde Ordinario el 1º de enero - Su postergación para el 10 - Los asesinatos del 10 de enero - Motín militar del 15 de enero encabezado por Latorre, con la colaboración del coloradismo neto - Designación de Pedro Varela gobernador provisorio y después presidente de la República - Caída del principismo - Cesantía de sus legisladores; expulsión a La Habana de algunas de las figuras más representativas de esa corriente.

CARLOS MARIA RAMIREZ

LA GUERRA CIVIL Y LOS PARTIDOS

● *En enero de 1871 Carlos María Ramírez, que había actuado a comienzos de la Revolución de Timoteo Aparicio como secretario del jefe gubernista Goyo Suárez, publica, después de su frustrada experiencia en los campos de batalla, su folleto "La guerra civil y los partidos" donde condena a una y otros. De ese folleto damos la segunda parte.*

Los partidos

"OS he prevenido ya contra los peligros de los partidos cuando sus discusiones tomen un carácter geográfico; dejadme ahora preveniros contra los perniciosos efectos del espíritu de partido en una acepción más general. Ese espíritu es desgraciadamente inseparable de nuestra naturaleza; se une a las más fuertes pasiones del corazón humano; existe bajo diferentes formas en todos los gobiernos, pero es sobre todo en los gobiernos populares donde ejerce mayores estragos y se puede en verdad considerarlo como su más encarnizado enemigo. La dominación alternativa de las facciones aviva esa sed de venganza que caracteriza las disensiones civiles. Es ella misma un despotismo horrible y acaba por traer otra más durable. Los desórdenes y las desgracias que de ella resultan, preparan a los hombres para buscar la seguridad y el reposo en el poder de uno solo: y más tarde o más temprano, más hábil o más feliz que sus rivales, el jefe de alguna facción aprovecha esa disposición para elevarse sobre las ruinas de la libertad pública. Sin prever para nosotros tal extremidad, las funestas consecuencias que arrastra el espíritu de partido, deben inducirnos a desanimarlo y contenerlo; ese espíritu en todas partes donde reina, no deja nunca de agitar los consejos nacionales y de debilitar la acción pública; enciende los odios, fomenta y produce insurrecciones; da la influencia a los extranjeros e introduce la corrupción en todos los ramos del gobierno; y es así como la política y la voluntad de una nación están sometidas a la política y a la voluntad de otra nación."

(Adiós de Wáshington al pueblo de los Estados Unidos.)

I

El espectáculo de la guerra civil me ha hecho pensar muy largas horas sobre los partidos en que los orientales se dividen, y al levantar mi cabeza de la cavilación profunda, he visto desvanecer la sombra de mu-

chas preocupaciones poderosas, y germinaı el rayo de una bella esperanza presentida.

Los partidos en la guerra civil nacidos, en la guerra civil educados, me parecieron destinados a conservar eternamente las facciones de su madre y el carácter de su maestra.

Los apercibí con sus divisas de ejército, con sus viejas armas heredadas y con sus tradicionales recuerdos de combate, siempre dispuestos a reabrir su inacabable duelo, apenas interrumpido para dar a los paladines un fugitivo instante de reposo.

Estudié su espíritu, analicé su índole, y vi que el ideal grabado en ellos, como el paraíso de la religión escandinava, es la reproducción indefinida de la lucha en los ilimitados cielos de la historia.

El mundo ha conocido muchas veces ese género de facciones irreconciliables que no ven el fin de sus debates sangrientos sino en las cadenas de la tiranía interna o bajo el yugo de la servidumbre nacional.

Ahí está para los pueblos meridionales cuyo temperamento tan fácilmente los induce a la idolatría política como a la idolatría religiosa, ahí está el ejemplo palpitante de las Repúblicas Italianas con sus **Güelfos y Gibelinos** implacables, no saciados de cadalsos, de proscripciones y de guerras hasta que sobre los unos y los otros se levantó un tirano de hierro o clavó su bandera de conquista el extranjero!

Los partidos formados por esas extraordinarias épocas de convulsión y de trastornos que nunca faltan a la vida de los pueblos, no pueden conservarse y perpetuarse en el futuro sin someter la sociedad a la repetición periódica de la crisis dolorosa en que nacieren.

El fanatismo y el ardor del combate los acompañan siempre, trasmitidos de generación en generación como el legado de las enfermedades impuras, hasta que una muerte desastrosa viene a interrumpir la sucesión de tantos sufrimientos incurables.

¿Qué fuera de la Francia si en vez de relegar al estudio severo de la historia las pasiones desencadenadas en su revolución gloriosa, hubiese aspirado, invocando el recuerdo del 31 de Mayo o del 9 de Termidor, a continuar el sangriento drama de las luchas entre girondinos y jacobinos, entre robespierristas y termidorianos?

Esos partidos hubieran tenido que repetir mil veces, como ya lo había hecho en sus mejores tiempos uno de sus más conspicuos miembros, hubieran tenido que repetir mil veces, las palabras históricas de Arístides, a propósito de sus eternas disensiones con Temístocles:

—¡Oh! atenienses, si queréis vivir tranquilos, ambos debemos caer en el abismo donde caen los condenados!

II

Fuera de su tiempo, de los sucesos que les dieron vida, de los errores que los hicieron necesarios, los partidos actuales son inconciliables con los primordiales elementos de la sociedad y del estado.

Inconciliables con el espíritu de las instituciones democráticas.

Inconciliables con el desarrollo de los intereses materiales.

Inconciliables con las formas cultas de sociabilidad.

Inconciliables con la estabilidad del orden público.

Inconciliables con el principio de la nacionalidad.

III

He dicho que inconciliables con el espíritu de las instituciones democráticas.

El gobierno que esas instituciones establecen es un gobierno de discusión, de transacción y de armonía.

Discusión de todas las opiniones sinceras.

Transacción entre todos los intereses honrados.

Armonía para todas las aspiraciones legítimas.

¡Y bien! Yo he visto que los partidos de mi patria niegan la discusión de toda idea extraña al dogma individual de cada uno.

Rechazan la transacción con todos los intereses que no se identifiquen servilmente a los suyos propios respectivos.

Rompen la armonía para toda aspiración que no se amolde a la naturaleza de sus aspiraciones exclusivas.

Veo todo eso, tanto en las preocupaciones y pasiones que a cada paso me revelan, como en los hechos de intolerancia, de atropello y de violencia que me muestran en cuarenta años de consecutiva anarquía.

El lema de la democracia, es el que ostenta esa república sublime cuya influencia convierte los supremos desastres de la

Francia en fuente de regeneración y de grandeza:

Libertad, igualdad, fraternidad.

¡Y bien! Como los impíos que profanan y pisotean el ara, los partidos de mi patria han escarnecido y destrozado esa fórmula divina.

Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante acaso, ninguno de los partidos ha reconocido al otro el derecho franco y leal a esa manifestación irresistible de la vida moral dignificada, a esa libertad que los hombres aman con el entusiasmo que les enciende la hermosa, con la solicitud que les inspiran los hijos, con el respeto que al hacedor profesan.

Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante acaso, ninguno de los partidos ha reconocido al otro el derecho a esa consagración solemne de la personalidad humana, íntegra y respetable en cada ser, esa igualdad fortificante que a todos hace llevar la frente erguida entre las diversidades y gradaciones infinitas de la suerte.

Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante acaso, ninguno de los partidos ha reconocido al otro el derecho a ese cristiano complemento de la existencia individual, siempre expansiva, esa fraternidad afectuosa que congrega y enlaza a todos los hijos de una misma tierra para descender unidos las fáciles pendientes de la buena fortuna y del placer, o para remontar acompañados las escabrosas cimas de la adversidad y del dolor.

Libertad, igualdad, fraternidad, — todo lo ha negado el partido al partido en la patria, como el hermano que niega al hermano la mesa, el lecho y el calor de la lumbre en el hogar.

Los pensadores de la Europa aristocrática desvelan su ingenio buscando la combinación conciliadora que de participación en el gobierno a todas las fuerzas orgánicas del pueblo, por medio de la representación de las más insignificantes minorías en el seno de los grandes parlamentos del estado.

Mientras tanto, los partidos de un país republicano apuran los refinamientos de la intolerancia y de la fuerza para negarse entre sí la más pequeña co-participación en todos los cargos y en todos los honores de la organización política y civil.

Gran satisfacción y gran victoria si cada partido consigue haber cerrado al otro las puertas del Poder Ejecutivo, de la magistratura judicial, de la municipalidad, del jurado, de la carrera militar, y hasta de las universidades...

Cada partido, tan inexorable para los errores del partido contrario, como ciego para los suyos propios, cree purificar por ese medio a la sociedad escandalizada y ultrajada.

Si unos y otros se mirasen juntos en cualquiera de esos campos, donde una noble emulación debiera reinar tan solo, todos se verían amenazados de muerte por los espectros lívidos que su imaginación enfermiza les presentaría entre ellos.

El paria de la India, el bárbaro de la civilización latina, o el judío de la civilización cristiana, era menos odiado y despreciado que cada partido, por cada partido de mi patria.

Las castas del Oriente, las sectas de la Edad Media, o las clases de la vieja Europa, no eran tal vez más enemigas.

¿Cómo encontrar entonces, en ese horrible caos de antagonismos y de choques, la gran unidad moral que sirve de fundamento al ejercicio de las instituciones democráticas?

¿Cómo encontrar **al pueblo?**

IV

He dicho que inconciliables con el desarrollo de los intereses materiales.

Ese desarrollo puede operarse en los estados por dos medios: la acción general de los gobiernos, la acción local del municipio.

La acción general es impotente y la acción local es nula, en el divorcio de los partidos de mi patria.

La acción general necesitaría ejercerse por medio del empréstito que reparte sobre el presente y el porvenir, el peso de las erogaciones que van a beneficiar los intereses permanentes de los pueblos.

Fuera de los empréstitos, el estado no encontraría nunca el medio de realizar ninguna de las arduas empresas que civilizan y dan poder a los pueblos.

Pero el empréstito es imposible bajo el régimen actual de los partidos.

¿Cómo establecer solidaridad alguna entre el presente que es de unos y el porvenir que será probablemente de los otros?

Hay gobiernos del Partido Colorado, hay gobiernos del Partido Blanco; no encontrareis el gobierno nacional.

hay crédito colorado; hay crédito blanco; no encontraréis crédito público.

El Gran Libro de la Deuda es para cada partido un asiento de los compromisos ruinosos que cada cual contrae con el objeto de hacer la guerra a su adversario.

En él queda grabada la injuria de las condiciones usurarias que el crédito de partido acepta en nombre del crédito público; la vergüenza del dinero que se recibe en nombre de la nación para despedazar a la nación!

Así en veinte años de dominación alternativa, los partidos han sido incapaces de legar al país una sola obra de duración y de importancia.

La intensa crisis económica, cuya influencia tanto exacerba los dolores de la guerra civil, hubiera podido salvarse con el gran empréstito de Londres, y el acero de los partidos rasgó sus cupones ya sobre el mostrador del gran mercado.

Y como la acción general es impotente, la acción local es nula e imposible.

Ella no podría ejercerse sino con la asociación voluntaria que robusteciese el municipio, convirtiéndolo en agente de civilización y de progreso en cada pueblo.

¿Pero qué harán jamás esas mezquinas juntas de partido y de círculo, rodeadas de un vecindario que se odia y se persigue entre sí?

Llenos de sincero fanatismo, cada cual profesa la exageración de la dignidad ofendida; los beneficios del verdugo repugnan a la víctima que en ellos descubre el insidioso intento de hacer amable la esclavitud y la deshonra.

Cada partido se complace en presenciar y poner a prueba la inercia desfalleciente del opuesto.

—Así nada le deberá la patria, dice cada cual en su interior.

Y si el partido victorioso consiguiese realizar una obra, construir un puente, un ferrocarril, un telégrafo, el partido vencido no saludaría con júbilo ese bien; lo miraría con humillación profunda... acaso con los espasmos de la ira, porque su razón hipocondríaca podría mostrarle los cimientos de la obra amasados con la sangre y los huesos de los campeones caídos en las recientes luchas.

Todo se contamina con la influencia de ese espíritu fatal.

Las escuelas donde hoy se grita ¡Muera el vándalo! y ¡viva el dictador! mañana, jamás llegarán a ser el templo de la educación común donde depositan todos sus simpatías y su óbolo.

¿Cómo responder de esta manera a las virtuales necesidades de progreso que experimentan los pueblos civilizados de la tierra?

¡Gobernantes de partido! Aun con las mejores intenciones, con el mayor deseo del bien público, estáis condenados a merecer la maldición de las generaciones cuyos destinos tenéis la desgracia de regir!

V

¡He dicho que inconciliables con las formas cultas de la sociabilidad!

¡Ah! ¿no consigue escapar tampoco al azote de los partidos, ese tranquilo paraíso de los sentimientos elevados que constituyen la sociabilidad?

¿La armonía turbada y rota en las regiones políticas, no encuentra al menos un asilo en el cultivo de las relaciones intelectuales y morales donde el corazón se expande como en un oasis de fraternidad y de paz?

¿Siquiera la mujer, ese bello ángel de amor y de concordia, no habrá quemado sus preciosas alas en el espeso fuego de los odios, ni salpicado su alba túnica en la sangre hirviente del combate?

Halagüeña esperanza que la realidad desmiente a cada paso!

Todo está contaminado y dividido por el mismo espíritu de siempre.

Ese escritor, es un escritor de partido: sus enemigos le niegan el talento.

Ese orador es un orador de partido: sus enemigos le niegan la elocuencia.

Ese poeta es un poeta de partido: sus enemigos le niegan la inspiración y el genio.

Ese sabio es un sabio de partido: sus enemigos le niegan el tesoro de la ciencia.

Hasta ese estudiante humilde es un estudiante de partido: sus enemigos le niegan el amor al estudio y la precocidad.

Niegan todo eso o lo reconocen con dolor, porque cada partido sufre al ver que el partido contrario robustece sus elementos de inteligencia y de saber.

Sobre esa base, levantad el templo de las musas, calzándoles coturno con divisa!

Soñad con la literatura, esa fuerza misteriosa en que Mme. de Stael veía uno de los más poderosos vínculos de la sociabilidad humana progresiva.

Pero tampoco os alucinéis creyendo en la permanencia de los otros.

Ese salón, donde la gracia y la cultura y el buen tono se dan cita para embelezar las horas ingratas de la vida, ese salón dorado, lleno de armonías y de flores, no deja de ser un salón de partido que también tiene enemigos y de donde también se alejan unos para no mancharse con el roce nauseabundo de los otros.[1]

Y esa mujer bien educada, cuyo corazón sólo debiera rebosar en sentimientos delicados de moderación y de hermandad, cuyos labios sólo debieran proferir palabras de melancolía y de duelo ante las sangrientas luchas de los hombres, cuyas manos sólo debieran ser piadosas vendas para curar las heridas que unos y otros abren en el campo de batalla, esa mujer demente guarda en su corazón latidos de animadversión y de ira, lleva a sus labios imprecaciones de muerte y borda con sus manos la divisa de los feroces combatientes.

¡Espectáculo sacrílego!

Yo he visto a las matronas y las vírgenes abandonar el digno silencio del hogar y lanzarse a la arena turbulenta de los bandos, pálidas y furiosas, agitando la tea de los odios y exhortando a la orgía de la guerra, como aquellas bacantes desgreñadas que en la cima del Aventino tumultuoso, un día llenaron de estupor y de vergüenza a la vieja República Romana...

VI

He dicho que inconciliables con el orden público!

¿Hasta cuándo proseguiré midiendo el inmenso abismo que los sucesos han cavado entre los partidos y la felicidad de mi patria?

Hable por mí la historia y muestre el orden público turbado tres veces en 1853; dos en 1855; una en 1858; otra en 1863; tres veces en 1868; una en 1869 y otra en 1870!

Casi como las cosechas, una revolución por año! [2]

¿Y cómo sería de otro modo con esos partidos enemigos que viven fuera de las instituciones, fuera del progreso, fuera de la sociabilidad?

Cada partido vencedor deja al partido vencido el puñal de la derrota en el corazón y la bandera de la libertad en las manos.

Apenas se restablece la herida, esa bandera inmortal vuelve a flamear como seguro anuncio de combate.

Aislado y exclusivo, el partido del poder no consigue siquiera someter sus elementos propios, de manera que la anarquía interna lo devora mientras el partido proscripto se alecciona y regimenta en la desgracia.

El orden es el ejercicio armónico de todos los derechos; cada partido suprime el derecho del contrario; por eso todos los partidos se han mostrado incapaces de radicar el orden en la efectividad de la paz.

Una autoridad que por su origen y sus actos rechaza el apoyo de las simpatías de todos, y una libertad que por su naturaleza y sus tendencias no abre a todos sus celosas puertas, están eternamente condenadas a luchar sin entenderse ni producir siquiera una solución que satisfaga las exigencias parciales de la una o de la otra.

Una autoridad de partido, sólo puede mantenerse por la fuerza, el rigor y la violencia.

Una libertad de partido, sólo puede triunfar por la conspiración y la asonada.

Los más cándidos espíritus se pierden en esa imposible tentativa de fundar principios universales sobre bases exclusivas y egoístas.

Por la fuerza de las cosas, y tal vez sin saberlo, el tribuno se convierte en demagogo; en mandón el gobernante.

Esta dura ley que rige las grandes luchas de partido a partido, se reproduce fielmente en las luchas intestinas que disuelven siempre al partido del poder.

¡Ah! Yo he sufrido dos veces el destierro, y cuando reflexiono tranquilo sobre aquellos sucesos extraordinarios de mi vida, me reconozco el paladín vencido de una libertad que mis amigos eran incapaces de fundar por el camino que yo les señalaba —víctima inocente de una autoridad que mis enemigos de entonces no podían conservar sino por las medidas arbitrarias a que recurrieron sin piedad.

Hombre público que aceptas la falsa tradición de los partidos!

He ahí el porvenir que se te ofrece.

La independencia de carácter, te conducirá a la incitación de la anarquía.

La posición oficial será para ti el umbral del despotismo!

VII

He dicho que inconciliables con el principio de la nacionalidad, y esta proposición desesperante se encuentra demostrada por el estudio franco de los hechos.

Partidos inconciliables con el espíritu de las instituciones democráticas, con el desarrollo de los intereses materiales, con la subsistencia de los vínculos sociales, con la estabilidad del orden público, deben necesariamente ser inconciliables con el principio de la nacionalidad.

No basta un mismo suelo, una misma lengua, una misma religión y una misma raza para constituir la nacionalidad de un pueblo.

Ese suelo hermoso, que debiera ser el vínculo propicio de todos los intereses pacíficos, se ha convertido en fácil teatro de sanguinarias luchas.

Esa lengua sonora, destinada a trasmitir las expresiones del trato social y de las letras, es el terrible emisario de ofensas y recriminaciones eternas.

Esa religión, esa religión de paz y de clemencia que enseñaba el Cristo, ha cedido su influjo a una religión de guerra y de exterminio que los partidos se enseñan mutuamente.

Y esa raza generosa que unida como una sola familia hubiera podido crecer en ciencia y en riqueza y en poder bajo los auspicios del trabajo y de la paz, se arruina y se degrada y se extingue en heroicos sacrificios de guerras civiles criminales, como si esa raza estuviese predestinada a morir por la exageración de sus más relevantes calidades.

A más del suelo, del idioma, de la religión y de la raza, hay una suprema unidad moral, indispensable a la existencia y a la fuerza de las nacionalidades.

Unidad de sentimientos, de ideas y de glorias que recibe su consagración y su forma en el culto sublime de la patria.

Esa unidad fundamental es la que ha roto el antagonismo fatal de los partidos.

¿Cuándo los vistéis congregados por un mismo sentimiento o por una misma idea, formar una de esas muchedumbres entusiastas, en donde no palpita más que un solo corazón, donde no piensa más que una sola cabeza y cuyas decisiones parecen llevar la irresistible energía de aquel grito que acompañaba la marcha de las cruzadas cristianas: **Dios lo quiere!**?

¿Cuándo los vistéis reunidos y mezclados para solemnizar las grandes glorias de la patria en alguno de esos aniversarios sagrados que parecen decretar con la majestuosa autoridad de la razón, el armisticio para todas las disensiones, la tregua para todos los odios y el olvido para todas las venganzas?

Esos dos campamentos enemigos, atrincherados como los campamentos romanos, de donde nadie sale y adonde nadie entra; esos dos campamentos que reciben a balazos hasta los parlamentarios que por acaso los pretenden inducir a la concordia, nunca podrán formar ni nacionalidad ni patria.

Nunca una bandera —la bandera de las nueve fajas!— consigue cobijarlos para las mismas filas de una lucha.

El inflexible axioma de la jurisprudencia latina **adversus hostem eterna autoritas est**, que traducido al lenguaje vulgar quiere decir "contra el enemigo todos los medios son buenos", es en resumen el código de los partidos enconados.

—¡Antes el extranjero! dice cada cual en su interior, y el extranjero que lo sabe se hace abrir las puertas o enseñar el camino de la patria por la mitad de sus hijos contra la otra mitad armados en implacable guerra.

Así, el estandarte de Palermo se mantuvo nueve años sobre la cumbre del Cerrito.

Así el estandarte brasileño flameó en nuestras campiñas y ciudades.[3]

Así el estandarte paraguayo llegó a tocar nuestras fronteras!

Así, perdiendo cada día el pudor de la independencia nacional, las fuerzas europeas bajan a defender las propiedades de sus súbditos al primer peligro de nuestros cotidianos disturbios.

¿En dónde estamos?

¿En un pueblo libre o en una factoría del Oriente?

¡Ah! yo puedo perdonarlo todo a los partidos — la ruina, el retroceso moral, la sangre a torrentes derramada—...

Lo que no les perdonaré jamás, es el puñal clavado en el corazón de la nacionalidad oriental.

VIII

Con dolor y desconsuelo, me siento la conciencia de que he trazado un cuadro lleno de realidad y de vida, donde no hay un tinte falso, donde no hay una perspectiva

exagerada, donde faltan acaso muchas sombras todavía...

Los partidarios, al menos los partidarios que razonan, así lo comprenden y lo sienten, conservando el culto de un ídolo que consideran gastado pero no perdido.

Los conozco a fondo porque me honro de haber militado en sus filas con el ciego entusiasmo juvenil.

Ellos aspiran a la regeneración de los partidos, quieren desposarlos con las instituciones democráticas; pugnan por uncirlos al yugo del progreso; pretenden suavizarlos en las formas de la sociabilidad; intentan someterlos a los dioses tutelares de la paz y no desesperan de incrustarlos en el espíritu de la nacionalidad.

¿Pero cómo? — ¿Por qué medio? — ¿En qué camino?

¿Conservando la organización tradicional de los partidos?

¿Dejando en sus manos la bandera respectiva del pasado?

¿Poniéndolos frente a frente con la vieja divisa de la lucha?

Buscan lo irrealizable, lo imposible; fracasarán en su empresa, agobiados de desencanto y de fatiga.

La idea tiene sus utopías, como la fuerza sus insensateces. Un tirano del Oriente quería azotar al Océano como a uno de sus débiles esclavos, y no faltan soñadores que quieren gobernarlo como a una de sus teorías deslumbrantes.

Mientras conservéis la organización tradicional de los partidos, ella ha de responder a su origen y a sus fines: el avasallamiento, la subyugación absoluta de un partido por el otro.

Mientras dejéis en sus manos la bandera respectiva del pasado, ella será siempre el símbolo de represalias y venganzas que girarán alrededor de ese pasado prestigioso.

Mientras continuéis poniéndolos frente a frente con las viejas divisas de la lucha, ellas los convocarán eternamente a la guerra civil en que no han cesado nunca de lucir.

Esa organización, esa bandera, esa divisa, o significan los recuerdos y las pasiones del pasado, o no significan nada y nada valen.

El instinto de las masas lo ha comprendido mejor que la sabiduría de los tribunos.

La reforma y la regeneración de los partidos han sido impopulares porque en ellas iban encerradas su desaparición y su muerte.

En nombre de los mismos principios, las masas han podido fulminar a los tribunos, y con la lógica de los hechos desbaratar sus quiméricos propósitos.

Esos que pretenden reformar y regenerar a los partidos, los más odiados y calumniados entre las filas del partido opuesto al que defienden, son también los menos prestigiosos entre sus propios partidarios, con cuyas ideas a cada paso están en pugna; y al fin terminan por lanzarse a sabiendas en la corriente de los errores comunes, o por afrontar con hidalguía un martiro que muy pocos lloran y que a ninguno aprovecha.

Ya es tiempo de cambiar de plan.

Ya es tiempo que las nuevas generaciones viertan el sudor de la fatiga y del desvelo, depositando la semilla de la idea en tierra más fértil para la misteriosa vegetación del porvenir.

IX

Ahí están esos partidos que hoy hacen la desgracia de la patria.

¿Cuál es el deber de una conciencia honrada?

¿Acompañarlos ciegamente en su carrera de ruinas y de sangre?

¿Mezclarse a ellos para caer vencidos en la inútil tentativa de llevarlos a más alegres vías?

¡No! ¡Mil veces no!

El deber de una conciencia honrada es apartarse de ellos, y desde los resplandores de una nueva vida moral, transfigurada por la reconciliación de la libertad y de la fraternidad, invitarlos a dejar las densas tinieblas de la lucha en que se debate su existencia actual.

X

¡Y cómo!

¿Esos partidos que tú mismo has diseñado, llenos de resabios, de pasiones, de venganzas, de aspiraciones violentas y de tendencias feroces, esos partidos que tú mismo no crees posible transformar, esos partidos recalcitrantes y coléricos, son los que consideras susceptibles de desaparecer alguna vez?

¿Lo que no puedes reformar, acaso lo podrías destruir?

¡Sí! Las leyes de la naturaleza me lo enseñan.

¿No es más fácil arrancar de raíz la planta venenosa que hacerle dar óptimos frutos?

¿No es más fácil poner diques al torrente que obligarlo a correr como una mansa fuente?

¿No es más fácil apagar el incendio que despojar de su calor a las siniestras llamas?

¿No es más fácil matar la fiera que domesticarla?

Así, es más fácil que reformar a los partidos, suprimirlos, despojarlos de un principio de vida que ya es incompatible con el bienestar y con la marcha progresiva del pueblo.

Cuando una institución política o social está destinada a perecer sobre la tierra, nada puede contener su decadencia ni evitar su ruina.

Los que pretenden lo contrario, no hacen sino enterrar junto con esos elementos corrompidos, sus ilusiones sinceras y sus esperanzas honradas.

En vano se quiso reconciliar a la monarquía con los pueblos y a la razón con el papado.

Los pueblos van destruyendo tronos y la razón hace tambalear al último de los Papas.

Así se cumple la sentencia del Evangelio cuando dice que el vino nuevo debe verterse en odres nuevos.

Cada época tiene su espíritu, y cada espíritu necesita formas propias.

La ley del porvenir, que es la de la fraternidad y el amor, no puede germinar ni desarrollarse ya en la sinagoga de los antiguos partidos.

XI

¡Y cómo!

¿Intentas hacer triunfar la ley de la fraternidad y del amor, cuando la guerra pasea por toda la república su estandarte rojo; cuando en la feroz batalla el amigo ve caer al amigo, el hermano al hermano y el padre al hijo idolatrado; cuando en todas las almas parecen alzarse horribles votos de represalia y de venganza?

¿Crees que alguien apercibirá entre el choque de las lanzas y bayonetas relucientes, el apacible color de tu modesta oliva?

¡Sí!; porque el exceso del mal engendra con frecuencia la reacción del bien, como a las borrascas desencadenadas sigue la calma bonancible, como a la erupción de los volcanes sucede una vegetación fecunda y generosa...

No es la voz de Antonio la que va a conmover el corazón del pueblo; es la túnica ensangrentada de César; es la túnica ensangrentada de la patria.

Cuántas veces en el mundo, los hermanos divididos y enconados por la rivalidad y por la ofensa y por los odios, no han olvidado sus enemistades sacrílegas, junto al lecho de una madre moribunda que ha sentido revivir el cuerpo y rejuvenecerse el alma con ese bello espectáculo de expansión y de arrepentimiento!

Y yo tengo fe Dios mío...

Si los partidos orientales son todavía capaces de un movimiento de abnegación y de virtud, ellos depondrán sus divisas y sus armas ante el lecho de la patria exánime; la rodearan contritos, y cubriéndola con las caricias de la concordia y de la paz, la volverán bien pronto a la gloria de sus más hermosos días!

El porvenir

Un nouvel univers moral n'attend pour se former que de rencontrer dans le vide des cieux déserts un atome moral.

Edgard Quinet.

I

"NECESIDAD de creencias, espíritu libre de prevenciones inveteradas, corazón ajeno al odio, celo de propaganda, ardientes simpatías, desinterés, abnegación, buena fe, entusiasmo por todo lo que es bueno, bello, simple, grande, honrado, religioso", tales eran los preciosos atributos que Federico Bastiat descubría en la juventud al dedicarle la sublime obra de las **Armonías económicas**, y tales también las fuerzas vivas que yo evoco, pobre intérprete de una gran idea que ha fascinado mi alma, al dirigir a la juventud de mi patria estas humildes páginas de olvido, de reconciliación y de amor.

En presencia de una guerra cruel, sangrienta y desastrosa, donde se agitan partidos extraviados e incapaces de restablecer aisladamente ni el orden ni la libertad, hay un trabajo inmenso de pacificación y de fraternidad, que no espera consumarse con

el irresistible empuje de una ley divina, sino la vigorosa iniciación de algunas almas puras y valientes.

Las acciones heroicas han sido y serán siempre el bello ideal de toda juventud sobre la tierra.

El que le pide debilidad o cobardía sólo incurre en su desdén y su desprecio.

¡Espacio para el águila! ¡campo abierto para el león! ¡vastos cielos para el ángel!

Lo que yo le pido a la juventud de mi patria, lo que me pido a mí mismo, no es un acto de debilidad o cobardía.

Es un gran acto de heroísmo, de heroísmo igual, pero más elevado, más humano y más fecundo que el heroísmo desplegado en la guerrilla y la refriega de la lucha.

Suponed un torrente desbordado que corre a los abismos; un hombre se lanza a favor de la corriente y superior a su furia parece majestuosamente adelantarle en la vertiginosa carrera; otro hombre se lanza contra la corriente, y la domina y la vence con orgullo de los insondables precipicios.

Entre esos dos heroísmos, ¿cuál es más grandioso y envidiable?

Suponed un incendio voraz que levanta a las nubes su penacho; un hombre penetra entre las llamas, atraviesa el fuego e iluminado por resplandores siniestros, lleva la destrucción más allá que la fuerza natural del elemento; otro hombre, penetra también entre las llamas, atraviesa el fuego y pone fin a los estragos levantándose erguido y satisfecho frente a los edificios que salvó de horrible ruina.

Entre esos dos heroísmos, ¿cuál es más generoso y meritorio?

Suponed ahora —¡qué digo. suponed!— mirad ahora una guerra civil encarnizada.

Hoy nos arrojamos al torbellino de sus pasiones violentas, y nos disputamos el honor de sobrepasar el desencadenamiento de las furias.

Nos confundimos con sus llamaradas de sangre, y ardemos en deseo de iluminar con ellas nuevos teatros donde nuestra figura se destaque vencedora.

Mañana estaríamos también en ese iracundo torbellino, pero resistiendo y dominando las pasiones que a nuestro alrededor se entrechocasen.

Estaríamos también entre esas llamaradas de sangre, pero tentando un supremo esfuerzo para ahogarlas y reparar los males que hubiesen dejado a nuestro alcance.

Entre esos dos heroísmos ¿cuál es más patriótico y más noble?

Si hay en el hombre un alma, una ley moral, una chispa divina, el valor cívico es la suprema virtud de la política.

Recojamos nuestro espíritu, y tengamos la resolución de oír esa voz interior que hace mucho tiempo nos murmura entre las exageraciones ficticias del espíritu de partido, **unión, concordia y fe.**

La misión de las generaciones que nacen a la vida, no puede ser la herencia impuesta del pasado, sino las aspiraciones espontáneas del futuro.

Abandonemos el imperio de la fantástica leyenda, la santidad de los odios, la gloria de las guerras civiles.

¡Nuevos horizontes, nueva vida, **paz y fraternidad!**

II

Entre ese tumulto de armas fratricidas, que destruyen y desangran a la patria, levantemos la santa oliva de la paz, símbolo del trabajo honrado, de la tranquilidad para el hogar y de la soberanía para el pueblo, del bienestar para todos.

Libres de pasiones y de odios, imparciales con todas las virtudes y benevolentes con todos los errores, porque no son acciones individuales de los hombres, sino resultados generales de una época, intercedamos entre todos los partidos como neutrales, como parlamentarios, y como interventores.

Intercedamos para moderarlos, contenerlos, desarmarlos.

Para pedirles que den por terminadas sus querellas, que hagan una transacción honorable. que busquen a todo trance el medio de respetarse y garantirse mutuamente.

Para intimarles que se olviden, que se disuelvan, que desaparezcan, tratando de alcanzar la divisa del mérito en la práctica de las virtudes domésticas, en las gratas fatigas de la vida privada y en las grandes discusiones cuya era debe abrirse con la reconciliación de los partidos en el hogar paterno de la soberanía nacional.

Moderados y previsores, tratemos de dar satisfacción a los intereses materiales, que son los más exigentes en toda sociedad de heterogéneos elementos, y de abrir un ancho cauce al desarrollo de las aspiraciones

morales que deben completar y coronar la obra humanitaria del progreso.

Para el estado, una administración honrada, enérgica y extraña a las influencias de las facciones, que no se ocupe de partidos, ni de intrigas, ni de miserias, sino de policía, de escuelas, de caminos, de trabajos públicos, de reformas laboriosas y fecundas.

Para el pueblo, una convención constituyente, donde todos, absolutamente todos los orientales con uso de razón, puedan ser representados y representantes, donde el problema histórico del pasado quede relegado como estudio de los eruditos o como declamación de los rabiosos, y donde las instituciones, la política y la sociabilidad reciban una transformación fundamental bajo la influencia de sus majestuosas decisiones y de sus solemnísimos debates en que resonaría potente y vencedora la voz de las ideas modernas por el órgano del **nuevo partido** que después de haber dado paz a la república le daría independencia fundada en la espontánea voluntad de la nación y libertad organizada bajo los más hermosos principios del derecho y porvenir consolidado por el desarrollo virtual de la riqueza y por la práctica universal de la justicia.

Esas dos fuerzas —una de conservación y otra de impulso, una de orden y otra de progreso— operarían la regeneración de la república, y su advenimiento sería la época inicial del nuevo calendario de la patria redimida y transfigurada por la abnegación sublime de sus hijos.

¿Qué se necesita para poner en juego esas dos fuerzas salvadoras?

Que hagamos oír a los partidos el voto de los muertos, el grito que sale de las tumbas, el mandamiento que baja de los cielos:

Paz y fraternidad.

III

Esa bandera no flamea por la vez primera en las disensiones civiles de mi patria.

Tampoco tengo la primacía al enarbolarla en la contienda actual.

Aquí y fuera de aquí, otros, a quienes envío el saludo de mis ardientes simpatías, han sabido mantenerla contra el huracán violento de los odios.

Yo sólo aspiro a que sea la juventud quien haga suya esa bandera y la levante con el poderoso entusiasmo de su fe.

¿Quién más digno que la juventud de ser el portaestandarte de una gran cruzada?

El portaestandarte solamente; después vendrán los jefes.

Los partidos están muy lejos de ser todo; el **país pacífico** es superior al **país revolucionario.**

Las facciones se abultan y aparecen grandes por la algazara de los gritos, por el barullo de las armas, por lo terrible de los espectáculos que ofrecen.

La capital del terror, con 750.000 habitantes, no alcanzaba a dar 5.000 votos bajo la presión de aquellas bandas que se llamaban pueblo y nos admiran...

Multitud de elementos neutrales esperan sólo una iniciativa vigorosa para afiliarse bajo la bandera de la humanidad y la razón.

La fuerza de una idea justa es incalculable, cuando da el primer arranque en el seno de una sociedad impresionada.

Si los partidos se elevan a esa meditación tranquila donde las pasiones callan como ante la majestad de un templo, ellos verán que la fraternidad, ese noble e indestructible sentimiento de corazón bien puesto, ha sido en una u otra hora la aspiración suprema de todos los hombres que se han distinguido en la república, o por sus talentos, o por sus virtudes o por su buena fortuna.

Esa aspiración ha sido frustrada, o comprimida muchas veces, pero nunca ha dejado de existir y de manifestarse.

Sólo ha faltado abnegación, confianza, lealtad.

Ese movimiento espontáneo y generoso, es el que yo querría confiar al corazón ingenuo de gallarda juventud.

El pacto de la sinceridad sólo necesita la firma de sus miembros como garantía de cumplimiento y buena fe.

¿Quién violaría el juramento hecho ante la sangre de sus conciudadanos, ante los dolores sagrados de la patria?

Ese pacto vencería, o quedaría sin fruto en el alma de unos cuantos visionarios; pero los apóstoles de la fraternidad tendrían siempre dos asilos, donde se sentirían fuertes contra la derrota, contra la diatriba y la calumnia.

En el hogar encontrarían una voz apasionada que en nombre de las madres orientales, les diría: sois buenos porque habeis querido suprimir las lágrimas y el duelo sin fin de las familias!

En la conciencia, encontrarían otra gra-

ve y santa voz que les diría a su turno: habeis sido humanos y patriotas; queríais **la paz y la fraternidad!**

IV

Hay en las tradiciones heroicas de la Francia, una leyenda que mil veces ha preocupado mi espíritu como si presenciara un cuadro de realidad y de vida, bajo la influencia de presentimientos extraños.

En medio de malezas, dos paladines de Carlo Magno, luchan con desesperación en duelo a muerte; pasa todo un día; los caballos yacen a los pies de los combatientes; brota el fuego de las brillantes corazas; se rompen las espadas en la furia del combate.

Los paladines mandan buscar otras armas, y bastante vino para reparar las fuerzas; beben en la misma copa y recomienza el duelo.

Así pasan los días, con mil sucesos extraordinarios y diversos, mientras los paladines descargan incesantes golpes sobre sus armaduras destrozadas.

Apenas un instante de reposo; y el duelo recomienza siempre con furor.

Al fin, en lo más recio de la lucha y en lo más negro de la noche, baja del cielo una nube y envuelve a los campeones.

De esa nube sale un ángel que los saluda con dulzura y en nombre del Dios que creó cielo y rocío les manda hacer la paz y los aplaza para combatir al enemigo común en Roncesvalles.

Los caballeros obedecen; se desprenden de sus cascos y se abrazan caminando juntos a un festín!

En esos paladines de Carlo Magno, que buscan fuerza en la misma copa de vino, yo he visto a los partidos de mi pátria que reciben inspiración del mismo espíritu.

En ese duelo a muerte, que se prolonga siempre, tras ligeros instantes de reposo, arrancando en girones el escudo y la cota de los combatientes, yo he visto la guerra civil encarnizada que con breves treguas va raleando las filas de las generaciones orientales.

Y dentro de mi corazón, he visto esa nube de los cielos, he oído esa voz del ángel que aplaza a los partidos, para ensayar sus fuerzas contra el enemigo común... el enemigo común, que es la ignorancia, el desierto, la pobreza, la barbarie, la misma guerra civil....

¿Se realizará este sueño de la fantasía?

¿Obedecerán al ángel los partidos, se desprenderán de sus divisas y se abrazarán, como los paladines de Carlo Magno para sentarse juntos en el banquete de la **paz y de la fraternidad?**

Tú lo dirás, ¡oh juventud, tú lo dirás!

Montevideo, enero 4 de 1871.

POST SCRIPTUM

Llegan de la campaña noticias de nuevos triunfos conseguidos por las armas del gobierno, y la reacción del Partido Blanco aparece definitivamente perdida.

Mis ideas no se modifican por eso; creo de todos modos que la guerra ha de durar, con los desastrosos caracteres de la montonera, y que después de terminada, la paz sólo será una tregua inquieta, llena de malestar y desconfianza.

En el presente o en el porvenir, la bandera del **Partido Nuevo** es la única que puede dar a la república organización, libertad, y progreso.

Enero 14 de 1871.

---

1. Ustedes los orientales —decía el doctor Vélez Sarsfield a los desterrados de febrero, en una reunión familiar—, están tan peleados que ya no pueden ni encontrarse juntos; cuando fui a Montevideo solía visitarme mi sobrino el doctor Sienra y Carranza; un día entró el señor D. José Cándido Bustamante, y mi sobrino se escurrió de la sala calladito; entra al rato el doctor D. Cándido Juanicó, y entonces le toca al señor Bustamante el turno de escurrirse como mi sobrino, y sospecho que si no se escurrió después el señor Juanicó, es porque no entró ningún otro oriental a visitarme.

2. ¡Algunas de ellas tan gloriosas y desgraciadas!

3. 1854. 1858. 1865.

EL BANQUETE DE LA JUVENTUD

En Conmemoración de la Paz, se celebró el 13 de abril de 1872, el Banquete de la Juventud. Muchos fueron los oradores que en ese acto participaron. Damos los discursos que consideramos, por el texto o por el autor, más significativos.

DISCURSO DEL DOCTOR CARLOS MARÍA RAMÍREZ

Señores:

Voy a interrumpir la alegre y tumultuosa algazara de las primeras horas del festín, abriendo en nombre de la comisión encargada de organizar este banquete, la hora solemne de las altas expansiones del espíritu, y al hacerlo declaro ingenuamente que no siento vacilar mi ánimo ni temblar mi voz, porque en el fondo de esta débil copa he descubierto generosos y varoniles estímulos para las almas jóvenes, risueñas esperanzas para el advenimiento de las libertades democráticas, grandiosas e inspiradas profecías para el porvenir de la república, el porvenir de la patria.

No extrañaréis señores, estas singulares visiones de mi alma, cuando todo lo que estamos presenciando debe aparecernos como gigantesco sueño, con que alguna hada misteriosa —acaso la de los patrióticos consuelos— ha querido vivificar nuestras frentes agobiadas por el desencanto y la fatiga...

Un sueño, señores, un sueño.

Ayer, deshecha la tempestad de las contiendas civiles, rugiendo el huracán de los odios y bramando el mar de las ambiciones bastardas, la nave del estado zozobrando con la vida y la fortuna de una generación entera, con la gloria y la dignidad de un pueblo; por doquier ayes de muerte, estruendo de creciente ruina, atribuladores presagios de un cataclismo irreparable... y ante ese cuadro de desolación y de amargura, la juventud inerte, sin timón ni brújula, sin fe y sin esperanzas, como una agrupación de náufragos que se han refugiado en débil leño, y a cuyas torvas almas, las angustias de la desgracia común no llevan más pensamiento que el de la hora en que les tocará devorarse unos a otros.

Hoy, de la noche a la mañana —transformación sublime— alumbra el día un claro sol, parece que los vientos huyeran sin fuerza ni vigor para luchar más tiempo y que las olas buscasen lecho para un reposo eterno, mientras la fuerte nave prosigue intrépida en su ruta; se cree sentir los golpes reparadores del trabajo, el canto alegre y varonil de la maniobra, los expansivos coloquios que suscita el anhelado término del viaje; y en fin, la juventud, ayer inerte, ayer acongojada y dividida, ayer colocada entre las más tristes víctimas del naufragio, hoy sube a las más altas eminencias del bajel, y con un solo sentimiento, con una sola idea, con una sola voz exclama:

¡Tierra!, ¡tierra!, al ver realizada la paz entre los orientales y cercano el día de la reconstrucción nacional.

Si este espectáculo no es grande, solemne, majestuoso, debiéramos pensar que todo en este mundo es vacío como una ceremonia de iglesia y frívolo como una función del Alcázar; si este espectáculo no tuviera la virtud de infundirnos los más elevados pensamientos y las más delicadas emociones, forzoso fuera confesar que Dios no quiso colocar en nuestras almas la llama eterna del ideal, ni nuestras madres supieron infiltrar en nuestras venas el fuego inmortal del patriotismo; más como a la verdad, tras las creencias y aspiraciones fugitivas que suscita el día en cada uno, en todos nosotros resplandece esa eterna llama del ideal y como a la verdad, más intenso y poderoso que nuestras dulces atenciones del hogar, que nuestros bellos desvaríos juveniles, hay en todos nosotros un latido que responde al culto sagrado de la patria, debemos esperar que en este sitio, momentáneamente convertido en templo de una religión desconocida, no llegará a pronunciarse una palabra que deje de ser un himno puro a lo que hay más grande, más universal y luminoso en el dogma de la democracia moderna.

Débiles pasiones del pasado, vagas intuiciones del futuro, tradicionales recuerdos, embriagadoras utopías, estremecimientos nerviosos que dejó la lucha, sentimentales impulsos que la reconciliación inspira, pequeños recelos, expansiones magnánimas, variedad indestructible del espíritu, síntomas geniales de una época, todo se mueve y palpita en nuestras almas sin romper la santa unidad del pensamiento que congrega a la juventud de todos los puntos del horizonte político, a solemnizar las mismas alegrías patrióticas en este gran banquete fraternal. Al fin, señores, al fin, lo digo con orgullo, somos *una* juventud... Esperemos... mañana hemos de ser *un* pueblo.

Qué importan entonces las divergencias y las discusiones que nos esperan quizás al separarnos de esta fiesta! Cuando los hombres se escuchan, se acercan y se mezclan cordialmente unos con otros, dos ideas opuestas que se encuentran, son como dos copas que se rompen al chocarse con el brindis de la amistad o del amor... Con el estallido, ¿alguno sintió en su mano leve herida? Será el adversario quien acuda solícito a estancar la sangre involuntaria e inofensivamente vertida!

Mientras tanto, aprovechando la divina tregua entre la nueva lucha fraticida y la fecunda lucha democrática, gocemos de algunas horas de acuerdo elevando al cielo santos votos que recogemos todos en las dolorosas lecciones de la historia, en el progreso y virtud de las ideas, en las irresistibles exigencias de una nueva era que se inicia con fuerza providencial para la patria.

No más nuestras discordias civiles lleguen a punto de cavar entre los orientales sangrientas fosas y odios irreconciliables, que hacen de los hijos de una misma tierra agrupaciones hostiles y enconadas como aquellas clases que destruyeron en un día la revolución francesa, como aquellas castas impías del Oriente, como aquellos terribles hermanos enemigos que la musa antigua inmortalizara con horror en la tragedia.

No más los supuestos partidos orientales, en el ciego e incesante furor de la contienda, osen arrojar de los altares patriotas esa sacrosanta y bien amada libertad, deidad sublime que ampara y dignifica a todos los partidos orientales con su manto.

No más en el viejo calabozo de estado, en nuestras exóticas Bastillas, la mano del esbirro pueda impunemente aherrojar las manos de algún soldado de la idea, ni en el tablado repugnante del cadalso aparezcan otras frentes que las marcadas por la justicia social con el estigma de un crimen vulgar abominable.

No más entre los orientales, un solo desterrado pasee en extranjeras playas, su melancolía mortífera, ni de este bello y rico suelo, próspero hasta en medio de sus revoluciones perpetuas, volcán eternamente cubierto de vegetación florida, edén en donde se dan cita los extraños para respirar un aire puro y cultivar una tierra pródigamente generosa... nunca de este bello y rico suelo, se vean los orientales obligados a huir con paso triste, para vivir en las miserias de la emigración, con los ojos puestos en la patria, mientras no llega el día de poner en ella el incendio de una guerra civil inevitable.

No más en la cabeza de un oriental extraviado por el vértigo fatal de las pasiones, asome el pensamiento de inmiscuir al extranjero en nuestras divisiones intestinas, ni de nuestras filas se alcen nunca manos bastante criminales para abrir al enemigo antiguo la frontera que un día se vio obligado a trasponer con nuestras lanzas y bayonetas en su espalda.

Ahora bien, como primera realización de estos grandes votos del alma, vemos este nobilísimo banquete a que concurren todos, salvando sus opiniones sobre el pasado y reservando sus aspiraciones para el porvenir; vemos los primeros albores de una libertad tanto más fecunda, cuanto mayor templanza sepamos tener para ejercitarla; vemos romperse la tabla

de las proscripciones y cesar en el curso de los procesos políticos; vemos a los orientales dispersos como los israelitas volver alegremente al hogar patrio, y debemos esforzarnos porque no quede uno solo de los alejados en nuestros cuarenta años de guerra, sin concurrir al día de la reparación, al gran día de la patria, viniendo a compartir nuestros trabajos, nuestras fatigas, nuestras luchas, ya que al fin ha llegado la hora de ser libres; de ser grandes, de que valgamos por nosotros mismos en la vida activa de las virtudes y de los sacrificios, para que así no nos asemejemos con nuestra infatuación de tradiciones y recuerdos, a esas pobres ciudades musulmanas que no presentan al viajero otro vestigio de su esplendor y su grandeza, que suntuosos y dilatados cementerios.

Con la mente fija en esos votos y libando en este vino la santa fe del porvenir, os invito, señores, a brindar por la paz, por la libertad, por la concordia, por la reconstrucción y la regeneración de la patria!

DISCURSO DEL SEÑOR DON DANIEL MUÑOZ

Señores:

En vano la conciencia a veces se esfuerza en convencernos de nuestra insuficiencia intelectual, en vano el labio se resiste a verter las pobres ideas que se agitan en la mente; el corazón quiere hablar, y ante el poderoso impulso de sus violentos latidos, la conciencia calla, obedece el labio, y da más expansión a las tiernas expresiones del sentimiento.

La idea que a todos nos nivela, la idea de la regeneración de la patria querida, se sobrepone a todas las susceptibilidades humanas.

A su realización se encaminan todos nuestros esfuerzos con el corazón henchido de alegría, pero si desgraciadamente alguno, descarriándose del verdadero camino, nos atacase en el goce de nuestras libertades, entonces, en vez de confiar la defensa de nuestros legítitos derechos, a la sangrienta lanza de un caudillo oscuro e ignorante, nos defenderemos con el escudo de la razón, atacaremos con la invencible lanza de la justicia, y al impulso de estas dos grandes fuerzas triunfaremos indudablemente, no haciendo rodar las ensangrentadas cabezas de nuestros adversarios por las faldas de nuestras cuchillas, sino derribando como quiméricos castillos, todo lo que se oponga a la realización del programa político que nos hemos dictado, sintetizado en la más bella comprensión de la democracia:

Libertad, igualdad, fraternidad.

DISCURSO DEL DOCTOR DON JULIO HERRERA Y OBES

Señores:

La poesía nos habla de aquellas arpas eólicas que los griegos colgaban de las ramas de los sauces, y de cuyas débiles cuerdas el suave aliento de las brisas arrancaba sonidos tan dulces y conmovedores que hacían llorar de ternura a cuantos los escuchaban al pasar. El humano corazón es como aquellas arpas poéticas suspendido al árbol de la vida, en medio de la tenebrosa selva de las pasiones y de los intereses personales, hasta que el soplo de un sentimiento noble y generoso roce sus delicadas fibras para que exhale como en este instante sentidas y melodiosas armonías.

Pero no es sólo un efímero sentimiento el que aquí nos reúne: no son únicamente los corazones los que vibran al unísono en un rapto de generoso entusiasmo; éste es el resultado de un propósito reflexivo; son las ideas que no han podido sustraerse a la ley inmutable de adelanto y de perfeccionamiento que rige al universo moral lo mismo que al universo físico.

¡Ah! Retémplese la fe de los descreídos. Levántese el espíritu de los que se dejaron abatir por la tenacidad y las contrariedades de la lucha. Sólo el bien es eterno. Sólo el mal es perecedero y transitorio.

Las ruinas, los sepulcros de que los cataclismos sociales cubren la superficie de la tierra, obligan al incansable peregrino del progreso a detener el paso para llorar tristemente, sobre aquellos fúnebres monumentos de la insensatez humana; pero su viaje remoto de justicia y libertad no se detiene jamás definitivamente. Desde el Asia hasta la América, su paso está marcado en la región política por las usurpaciones que derrumba y las instituciones liberales que levanta. Él es quien al pasar invisible por nuestro lado va dejando flotantes en el aire en sutiles efluvios todos esos sentimientos generosos, todas esas aspiraciones elevadas que el espíritu respira insensiblemente, absorbiendo en ellos el principio de vida y de grandeza que trasmitirá después a la sociedad en esa respiración del alma que se llama el pensamiento.

Dulce y consoladora verdad, señores, en momentos en que Europa pretende convertir en religión de estado la razón de los grandes ejércitos y de los mejores cañones.

Dulce y consoladora verdad, señores, para nosotros donde la política del éxito ha escarnecido y vilipendiado a los que no tenían más fuerza para defenderse que su derecho ni más

protección que invocar, que las severas prescripciones de la ley.

No es cierto, no, no es cierto que los más débiles y los más indefensos sean los que en el combate diario de la vida no ciñen más casco que sus ideas, ni esgrimen más armas que su razón, ni agitan más pendón que el de la libertad.

¡Las ideas!, sobre ese casco fulgente se han quebrado en pedazos las seculares espadas del despotismo.

¡La razón!, espada flamígera que convierte en arcángel a quien la esgrime contra el mal.

¡La libertad!, pendón sacrosanto que la humanidad se viene trasmitiendo triunfante de generación en generación, desde las llanuras de Maratón, hasta las cumbres del Calvario y desde la cumbre del Calvario hasta las almenas de la Bastilla y desde las almenas de la Bastilla hasta los campos inmortales de Maipú y de Ayacucho, de Sarandí y de Ituzaingó.

Las ideas tienen en sí mismas una fuerza tal de proyección, que una vez disparadas por la ballesta humana de la palabra, van a herir necesariamente en el corazón a la iniquidad o al error que les sirve de blanco.

Su triunfo es cuestión de tiempo, y el tiempo sólo destruye la materia, sólo amenaza las creaciones de la fuerza, sólo aterra a los usurpadores y a los malvados.

El hombre se impacienta en la vida porque en ella sólo tiene un momento fugaz para realizar sus obras, la vejez le persigue en el presente, su porvenir está surcado por el rayo inevitable de la muerte.

Pero para las ideas no corre el tiempo; las ideas no envejecen; las ideas no pueden morir; ellas cuentan para hacer su obra con la juventud eterna de la esperanza, con el porvenir sin límites de la inmortalidad. Su triunfo es seguro e imperecedero, pues los triunfos gloriosos y durables no son los que se imponen por la fuerza, sino los que se realizan por el convencimiento y la razón; no son los que se conquistan matando sino los que se consiguen muriendo.

La prueba de ese poder misterioso e incansable de las ideas, la tenemos patente e innegable ante los ojos.

Esta fiesta expansiva y cordial entre francos y declarados adversarios políticos que hasta ahora sólo se habían mezclado en los sangrientos entreveros de las guerras civiles, es la sublime manifestación externa de la revolución interior que se ha operado en los espíritus, aquí está marcado con signos inequívocos el largo camino que en medio del choque tumultuoso de las pasiones han hecho en la conciencia las ideas elevadas y los sentimientos generosos.

La luz artificial de estas bujías representa la primera aurora del día de justicia, que viene a disipar las heladas tinieblas de esa larguísima noche de cuarenta años de dolores y congojas por que la patria en delirio ha atravesado.

Este banuete en que toman asiento confundidos los hombres de todos los partidos, cubierta todavía la frente con el polvo del combate y sin que ninguno haya tenido que abdicar las ideas y las creencias que defendiera ayer y que sostendrá mañana, es el símbolo de ese otro grande, espléndido banquete nacional, en que tendrán también su asiento y su cubierto todas las ideas, todas las aspiraciones, todos los intereses que se agiten y trabajen dentro del terreno inviolable de la ley.

En este momento nosotros cerramos el período estéril de las luchas armadas de partido y abrimos el período fecundo de las luchas incruentas de la democracia, que en vez de tener por árbitro la suerte variable de las armas, tiene por juez supremo la opinión del país, manifestada libremente en las urnas electorales.

La república al arrojar las melladas armas y descender del fatigado corcel en que tuvo que montar un día para conquistar su independencia nacional primero, y su libertad política después, nos pone de manifiesto sus sangrientas heridas y nos pide a todos que apliquemos sobre ellas la venda piadosa de la justicia, ungida en el bálsamo suave y reparador de la concordia y de la fraternidad.

En vez de caudillos ignorantes y viciosos, nos pide ciudadanos austeros e ilustrados; en vez de sangrientas victorias, nos pide instituciones sabias; en vez de ejércitos aguerridos, nos pide cámaras populares.

Hoy como en tiempo del orador romano debemos exclamar: "*¡Cedant arma togoe!*" Inclínese el valor ante la inteligencia y la virtud; inclínese la fuerza ante el derecho.

No más persecuciones; no más proscriptos; no más mártires políticos sobre cuyos sepulcros hayan de despedazarse los vivos en holocausto sangriento a los irritados manes de los muertos.

Levantemos dentro del templo de nuestro corazón junto a los recuerdos y las afecciones, que constituyen el culto externo del partidario; levantemos un altar a la nueva deidad que va a presidir en adelante los destinos políticos del país: la tolerancia.

Nosotros estamos probando prácticamente que no es necesario recurrir a las utopías generosas de las fusiones; que no es necesario

que los ciudadanos oculten como un padrón de ignominia los colores que simbolizan sus tradiciones en el pasado y sus aspiraciones en el porvenir, para que puedan aún en medio de la lucha, chocar las copas y hacer un brindis entusiasta por la felicidad y el engrandecimiento de la patria.

Yo sé bien que los partidos actuales, deleznables, como todo lo que es humano están llamados a modificarse y desaparecer en un día más o menos remoto. Yo digo más; yo anhelo porque eso suceda cuanto antes. Pero para que eso suceda justamente es necesario abrir el campo franco de la lucha en vez de amurallarlo despóticamente.

Es en el trabajo, es en el combate que se reconocerán los hermanos de la idea, y se buscarán y se estrecharán para marchar unidos a la conquista del ideal común.

Es en el variado y armónico desarrollo de la actividad individual solicitada por la atracción magnética de los intereses y de los sentimientos en armonía con la naturaleza moral de cada uno, que se formarán esos nuevos y futuros partidos que han de llamarse al combate en nombre de la ciencia, en vez de en nombre de un color; y se han de combatir con la palabra y la razón en vez de emplear la espada y el fusil, y se han de agrupar en fin a la sombra de una de esas banderas de principios bajo cuyo lema de guerra brillan siempre puras las nueve fajas bicolores del pabellón nacional.

La causa de todos nuestros males ha estado en haber llevado la intransigencia y el fanatismo político hasta convertir en crimen lo que era un derecho sagrado de cada uno, creyendo sinceramente los más que un *blanco* y un *colorado* no se podrían saludar so pena de traición, sino a la manera que los terroristas franceses del 93, hacían saludar a los nobles en la plaza de la guillotina, con cabeza y todo.

Tolerancia recíproca de uno para con otro, respeto escrupuloso del gobierno a las opiniones de todos: tal es el remedio que nuestros males necesitan, y el objeto a que deben concurrir todos nuestros esfuerzos y aspiraciones.

Me he extendido demasiado y voy a concluir aprovechando este momento de expansión para exigir de todos los presentes una promesa que no por ser hecha con las copas en la mano será menos solemne y obligatoria.

El período que se abre es de labor y de lucha. Todas las pasiones, todos los intereses encontrados que los partidos encierran en su seno y que la reciente guerra ha removido violentamente, van a ponerse en movimiento y a chocar impetuosos en las próximas elecciones. Si el choque es demasiado violento, la lucha electoral puede convertirse en batalla y la batalla en nueva guerra civil.

Hagamos todos la promesa, pues, de hacer lo posible por calmar en vez de irritar esas pasiones; contraigamos el compromiso de trabajar en la prensa, en los clubes, en las relaciones particulares, porque todos los ciudadanos vayan a las urnas llevando una idea patriótica en la cabeza y un sentimiento generoso en el corazón, en vez de llevar una divisa en el sombrero y un puñal o un revólver en la mano.

Que el nuevo grito de ¡a las urnas! que va a remplazar al viejo grito de ¡a las armas! sea un grito de paz en vez de ser un grito de guerra.

DISCURSO DE DON PABLO DE MARÍA

Señores:

La paz de la república y la significación política de este banquete, son los temas casi obligados de todos los discursos. A la paz, la he defendido antes de firmarse, la he saludado después de realizada, y en cuanto a la fiesta simpática que nos reúne, creo que he dicho lo bastante con las palabras que he consignado en las páginas de *El Siglo.*

Sin embargo, en este acto solemne, no debe haber un solo labio que permanezca mudo. Sobre todos los hombres jóvenes pesa el deber indeclinable de decir dos palabras, y yo voy a cumplir ese deber porque tengo miedo de ser delincuente.

No es por satisfacer un deseo sino por llenar una sagrada obligación, que mi palabra, como desafinada y discordante nota, viene a romper la mística armonía del himno de concordia que en alas de la inspiración y del talento se eleva hasta el trono del Señor.

El banquete es la única fiesta que podía expresar con su elocuencia el sentimiento unánime de la juventud montevideana. Los banquetes populares son el símbolo más acabado de la unión, porque la unión reina siempre entre los que comparten un mismo alimento en una misma mesa.

Hemos nacido bajo un mismo cielo; hemos orado en los mismos altares; hemos crecido en las mismas costumbres y vivido al amparo de las mismas leyes. La misma luz coloró nuestra frente; el mismo aire hinchó nuestros pulmones, dando calor e impulso a nuestra sangre; una sola bandera nos cobija, y la tierra en que grabamos nuestra planta es la que sostuvo nuestra cuna y que guarda las cenizas veneradas de nuestros progenitores. Pero sin este

cúmulo de circunstancias ya podemos exclamar alborozados —hemos estado bajo el mismo techo y alrededor de la misma mesa— somos hermanos!

Fraternicemos hoy en el banquete de la juventud. Mañana yo os emplazo para sentarnos juntos en el banquete de la patria.

La fiesta que en este instante celebramos importa un aplauso a la paz de la república, y aun significa más: significa, señores una protesta tremenda y elocuente no sólo contra la guerra civil del presente, sino contra todas las guerras civiles de los tiempos futuros.

Los orientales acaban de estampar la palabra paz en el libro de los hechos consumados. Aun falta otra palabra para formar el lema que se ostenta en el escudo paraguayo: *paz y justicia.*

La paz señores, que festejamos, no es la última sino la primera piedra del edificio nacional regenerado. El tiempo de descanso no ha llegado aún. Bendigamos, sí, con fervor y entusiasmo el iris de la paz que luce en los espacios, pero no abandonemos el yunque del trabajo cruzados de brazos como el sectario de Mahoma ante el fastasma de la fatalidad.

El grito que ha llevado la noticia feliz de la paz, desde la casa del poderoso hasta el humilde rancho del paisano, es la voz que convoca al taller a los obreros. Manos a la obra. La juventud, verdadero Jesucristo de los pueblos, tiene una misión santa que llenar; debe dar ejemplo. Trabajemos, señores, levantemos la enseña del progreso moral y material, radiquemos en la república la libertad en el orden y el orden en la libertad, y probemos que la sórdida voz del egoísmo no encuentra eco en el alma purísima del joven. Emprendamos la expedición de los modernos argonautas buscando con ahinco el vellocino de oro de la libertad.

¿Qué importa que una, diez y cien veces sea vana nuestra empresa? La juventud es como el gigante de la mitología que en cada caída redoblaba sus fuerzas. Luchemos aunque seamos vencidos. Dadme los despojos de todas las derrotas y yo alzaré con ellos un espléndido templo y haré nos sea propicio el Dios de las victorias.

Cuando la generación que ahora se encuentra en la naciente aurora de la vida, con la conciencia de su poder y de su fuerza, reclame el puesto honroso que le corresponde en la república, el genio del futuro mostrará en su faz una sonrisa, porque entonces los ciudadanos orientales confundidos bajo los anchos pliegues de una misma bandera, preferirán al humo de la pólvora el humo del carbón, y al silbido de las balas el ruido del taller, y el plácido rumor de la locomotora.

Las primeras razas humanas, decía un escritor, veían con terror pasar ante sus ojos a la *hidra* que resoplaba sobre la superficie de las aguas, al *dragón* que lanzaba fuego y al *grifo* que era el monstruo de los aires y que volaba con las alas del águila y las garras del tigre. El hombre, sin embargo, ha tendido sus lazos, los lazos sagrados de la inteligencia, y ha aprisionado en ellos a los monstruos. Ha dominado a la hidra y se llama *steamer;* ha dominado al "*dragón*" y se llama locomotora; y en medio de la guerra colosal que ha hecho temblar al suelo de Europa, el genio francés ha dominado al *grifo* hallando el modo de dar dirección a los globos aerostáticos.

Pero hay otro monstruo, que ha roído las entrañas del humano linaje, en todas las épocas del tiempo y en todas las zonas de la tierra, y ese monstruo, señores, es la guerra, vampiro abominable que con la sangre humana se sustenta.

La inteligencia, obedeciendo a la ley de la perfectibilidad, ha transformado a los horrendos seres en agentes de prosperidad y de grandeza. Sólo la fiera de la guerra civil vive en el salvajismo. Sepamos, señores, domesticarla, unciéndola al gran carro de la libertad y del progreso.

Este banquete, gran paso dado en tal sentido, llena nuestro corazón de alagadoras esperanzas, que ojalá no se disipen como las brumas del Río de la Plata al asomar el luminar del día.

Pero si la juventud logra que en el futuro esas esperanzas se traduzcan en hechos; cuando el país se halle regenerado al calor de las nuevas ideas; cuando reine el consorcio sublime de la libertad, de la justicia y del derecho; cuando se convierta en elemento de trabajo la lanza ensangrentada de la guerra civil, entonces, señores, las madres dirán a sus hijos mostrándoles a alguno de los soldados del pacífico ejército que formamos: aquél es uno de los jóvenes patriotas que el 13 de abril de 1872 dieron el primer golpe al edifico de las desgracias públicas.

Ha habido señores, una oración ferviente para cada una de las divinidades y sin embargo, ni la ofrenda de una simple palabra se ha depositado en el primer altar de los pueblos.

Antes que brindar por la patria; antes que brindar por la paz de la república; antes que brindar por la fraternidad y la unión de sus hijos, quiero decir señores: ¡viva la libertad!

DISCURSO DEL SEÑOR DON JOSÉ PEDRO VARELA

Señores:

Invitado a usar de la palabra, voy a hacerlo con gusto, aun cuando no estoy seguro de disponer por completo del pleno goce de mis facultades intelectuales. Por la misma razón de que no puede ponerse en duda la austeridad de mi vida, estoy muy lejos de avergonzarme porque en una fiesta de esta naturaleza, los vapores del champagne, pueden oscurecer mi razón.

En los grandes días y en las grandes fiestas de la patria yo me hago un honor en dejar a un lado el reposo y la austeridad del resto de mi existencia.

Señores:

Venidos si no de todas las extremidades de la república, de todas las extremidades del mundo político en que vivimos, nos encontramos reunidos en el banquete de la fraternidad y la concordia, todos los hombres jóvenes de Montevideo. La juventud de Montevideo, el cerebro de la república, que se desarrolla ante mis ojos, y en cuya cuenca voy a hacer que resuenen mis palabras.

Nacidos entre el tumulto de las pasiones enconadas, crecidos entre los motines, entre las asonadas, entre las revueltas.

¿De dónde venimos, a dónde vamos los hombres jóvenes de la república que llevamos sobre nuestros hombros el porvenir y la felicidad de la patria?

Después de habernos entregado sin reservas a las alegrías del entusiasmo, de haber vivido durante algunos días la grata vida del sentimiento, necesitamos detenernos y mirar dentro de nosotros mismos, para saber el camino que hemos de seguir al continuar la comenzada y hasta hoy dolorosa vía.

Débiles acaso por el número, somos fuertes por la conciencia de nuestras convicciones, por el culto que profesamos a los principios democráticos, por la aspiración a radicar la libertad y el bien.

Cuarenta años hace que nuestros partidos se agitan inconscientes en el torbellino de las pasiones políticas, presentando cada uno de ellos una entidad diforme en la que se encuentran los elementos progresistas unidos a los elementos retrógrados, y los representantes de la ilustración y del progreso, aunando sus esfuerzos con los representantes de la barbarie.

En esos cuarenta años de vida independiente, apenas habrá uno que otro documento público del que no debiéramos avergonzarnos; apenas si en el áspero terreno de los hechos, en el duro campo de la realidad, habrá un solo año que no marque una fatalidad y una vergüenza para la república. Ésa es la historia, el dualismo de los partidos políticos, la conmixtión de los elementos más encontrados, para la realización de pequeñas aspiraciones. Los caudillos, entregando a los hombres inteligentes e ilustrados, la redacción de los documentos públicos, la mentira de las palabras oficiales, la falsedad de las doctrinas que jamás se ponen en práctica; los hombres inteligentes e ilustrados, auxiliándolos con su esfuerzo, y entregándoles el dominio de la realidad.

De ese camino que hemos recorrido siempre, arrastrados por el extravío de las pasiones, necesitamos separarnos al fin, entrando de frente en la senda que conduce al establecimiento de la libertad, a la radicación de la justicia y del derecho.

Abrigando las mismas ideas, profesando los mismos principios, alentando las mismas aspiraciones, debemos sentirnos unidos y serenos, fuertes para vencer al caudillaje, que hasta ahora ha gobernado a su antojo la república.

Todo nos une: sólo el extravío de la pasión política nos separa.

Por eso yo me siento feliz y orgulloso de haber contribuido en algo a la realización de la paz, que nos permite contemplar esta primera manifestación colectiva de la más grande, de la más fecunda de las revoluciones que ha habido hasta ahora en la república: de la revolución de ideas.

Días de agitación y de lucha se nos preparan para salir del caos en que hemos vivido, entrando de nuevo a la vida regular de la nación.

Mi voto, el más decidido y más sincero, es que al día siguiente de las elecciones generales, tras de todos los afanes y las agitaciones de la lucha, podamos encontrarnos reunidos, como hoy, en el banquete de la fraternidad y la concordia.

CONCLUSIÓN

Para completar la colección de los discursos y brindis pronunciados en el banquete que tuvo lugar en la noche del 13 de abril, faltan los que pronunciaron los señores José María Muñoz, Ernesto Velazco, Aureliano Rodríguez, Leoncio Correa, Antonio Carbalho, Jorge Ibarra, José Pedro Ramírez, Pablo Goyena y Segundo Flores.

Respondiendo al pedido que nos permitimos hacerles, estos señores nos han contestado

que habiendo improvisado las breves palabras que allí pronunciaron, les sería imposible recordarlas, no creyendo además que debieran publicarse como discursos los brindis inspirados por el acto mismo a que asistían.

En consecuencia de esto nos hemos visto forzados a cerrar este pequeño libro con los discursos que en él se encuentran.

Vaciados en formas más o menos elegantes, todos ellos responden a las mismas ideas fundamentales, todos acusan haber sido pronunciados por sectarios de una misma religión.

Y sin embargo, en las tristes horas de la guerra civil que acaba de terminar se hallaban en filas opuestas, muchos de los que proclaman hoy las mismas ideas; y lo que es más extraño aun, entonces, como ahora, profesaban esas mismas ideas y rendían culto a esos mismos principios.

No fue necesario pues, para que concurrieran todos al banquete de la juventud, que dejaran en jirones su conciencia, en pedazos sus convicciones. Sólo tuvieron que dejar, en la noble expansión de la fraternidad, la pasión enconada de los partidos tradicionales.

¡Ah! si dejáramos todos para siempre ese maldito extravío de los partidos tradicionales, como lo dejamos por un momento para entregarnos a la indecible alegría producida en todos por la determinación de la guerra civil! ¡Como nos encontramos reunidos en el banquete de la juventud, reunidos nos encontraríamos en los clubes populares, en la prensa, en las asambleas, en el gobierno de la república!

Unidos seríamos invencibles; lo que nos debilita y nos pierde es el que nos despedazamos entre nosotros mismos, sirviendo de ese modo de pedestal y de escala a las ambiciones bastardas, que han gobernado a su antojo la república, y han convertido la patria en taller de inicuas violencias y de más inicuas explotaciones!

Los jóvenes de hoy, son los hombres de mañana; el porvenir entero les pertenece. Les pertenecerá también la culpa si el pueblo continúa como hasta ahora en el embrutecimiento de la ignorancia, en la pobreza del atraso, en el dolor intenso de la guerra civil! Suya será la gloria si arranca a los viejos partidos su tradicional rencor, a los malos gobiernos su tradicional injusticia, al pueblo flagelado su tradicional extravío, y a los ciudadanos todos de la patria su tradicional intolerancia. Suya será la gloria si llega pronto el día en que los hijos de la República Oriental puedan repetir con verdadera y legítima satisfacción las grandes palabras de Beaumarchais: *Soy ciudadano.*

Por nuestra parte, hemos recogido en un libro los discursos pronunciados en el banquete de la juventud, como la mejor ofrenda que podemos depositar en el altar de la patria. La corona de la fraternidad y de la esperanza, formada con los votos sinceros de toda la juventud de Montevideo.

José Pedro Varela

LOS PROGRAMAS DE LOS PARTIDOS

Manifiesto del Club Radical

[Montevideo, mayo 30 de 1872.]

MANIFIESTO

Las grandes crisis de los pueblos, cuando el despotismo o la anarquía los conduce al borde del abismo de la disolución social. suelen providencialmente terminar en una época inquieta de renovación moral y de revolución política, aunque el germen de las nuevas ideas brota sobre las ruinas de las ideas caducas, y nuevas fuerzas de reorganización y de vida surgen a recoger la herencia esterilizada y perdida por los decrépitos elementos del pasado.

Somos los contemporáneos poco capaces de juzgar con verdadero espíritu de justicia los signos geniales del tiempo que vivimos; pero si hemos de interpretar el inmenso júbilo con que de uno a otro confín de la república ha saludado el pueblo la incruenta terminación de la lucha fratricida, debemos firmemente creer que nos toca asistir a una gran era de patrióticas y regeneradoras esperanzas.

Falta saber ahora si esas generosas esperanzas llegarán a ser frustradas por la ciega reincidencia en el culto de los antiguos ídolos, por la servil repetición de los errores, que a título de consecuencia política vienen imponiendo al país una cadena de calamidades públicas.

Falta saber si todos los que piensan y sienten por la patria desoirán la gran voz del tiempo, serán sordos a las salvadoras exigencias de la época y en vez de levantar una bandera nueva, una bandera pura, a cuya sombra, con absoluta independencia del pasado, puedan agruparse todos los elementos liberales y progresistas que indudablemente existen en los dos partidos que han dividido y arruinado la república, recojan ufanos del fango y de la sangre en que se han revolcado durante los últimos veinte años, todas las tradiciones que fueron, con sus estandartes de rencores y venganzas para convocar en ambos campamentos enemigos a los viejos combatientes de estériles y degradantes lides.

Una propaganda constante y ardorosa, deslumbrando los espíritus con el espejo mágico de los recuerdos y despertando los dormidos odios con la evocación sangrienta de los crímenes históricos, ha abierto muchas inteligencias despejadas al sofisma deleznable de la necesidad de los viejos partidos, y ha cerrado muchos nobles corazones al sentimiento generoso de la reconciliación...

La unión entre los ciudadanos que profesan iguales principios, aunque en la lucha de los bandos hayan militado, ellos o sus padres, en filas opuestas, ha llegado a ser considerada, al amparo del extravío producido por el sofisma y el miedo de aparecer apóstatas, como un verda-

dero crimen político aun por aquellos mismos ciudadanos que en horas de meditación tranquila la proclamaron y practicaron como un acto digno de elogio; mientras se ha enaltecido como el cumplimiento del más austero de los deberes del ciudadano, el más servil sometimiento a las tradiciones, la unión estrecha e indisoluble con los antiguos compañeros de armas, aunque no se trate ya de luchas armadas y sean cuales fueren por otra parte sus principios y sus aspiraciones políticas.

Se ha conseguido inmovilizar así a los viejos partidos en un antagonismo insensato que no tiene razón alguna de ser en la actualidad, esterilizando por largos años sus mejores elementos en una rivalidad absurda, en una lucha dolorosa en que, si el triunfo ha sido alternativamente para cada uno de los partidos, el desastre ha sido siempre para el país.

Predestinada por el más feliz concurso de circunstancias favorables a elevarse en poco tiempo a las altas cumbres del progreso en todo sentido, nuestras infortunada patria ha sido convertida, por el choque infecundo y perpetuo de sus partidos personales, en un pueblo estacionario, si no retrógrado. En cuarenta años de vida independiente, ¡cuán pocos esfuerzos hechos en el sentido de la reforma y el mejoramiento de sus instituciones! Mientras otros pueblos cultos, en cuyo seno se agitan verdaderos partidos de principios, van consignando en sus leyes fundamentales todas las grandes verdades morales y políticas puestas en evidencia por la civilización del siglo en que vivimos, nuestros partidos de guerra nos mantienen estacionados en el año de 1830, con una constitución que fue adelantada en su tiempo, pero que reclama en nuestra época serias reformas para ser puesta en armonía con los progresos a que, en las ideas como en las costumbres públicas, ha llegado felizmente nuestra patria por el simple transcurso del tiempo y por la sola fuerza de las cosas a pesar de la letra de sus leyes y de la inacción de sus partidos.

Si poco han hecho los partidos por el adelanto de las leyes; si nada han hecho por la reforma de la Constitución del estado, bien poco también hicieron por el progreso material. La campaña es un desierto. Nuestros desgraciados pueblos del interior ostentan ruinas hasta en sus plazas públicas. El campo asolado, los hogares en escombros, la orfandad y la miseria enlutando y entristeciendo a la nación del uno al otro extremo del territorio, están en todas partes maldiciendo el furor de los antiguos partidos.

Incapaces de hacer el bien, las últimas luchas están ahí para atestiguar cuanta energía, de cuán pródiga vitalidad son capaces los partidos orientales cuando se trata de destruirse mutuamente.

Mientras nuestros conciudadanos de ambos partidos más dignos por su ilustración notoria, por su honradez intachable, por su espíritu progresista y liberal y su amor a las instituciones democráticas, han sentido escrúpulos insalvables en su conciencia política para reunir sus esfuerzos durante la paz en la obra común de hacer a nuestra patria próspera y libre, háseles visto durante la guerra estrecharse sin rubor en monstruosa comunidad política con los elementos más corrompidos y más retrógrados que cada uno de los partidos encierra en su seno; háseles visto ir a golpear la puerta de los ranchos donde el caudillaje más despreciable y más sangriento se anulaba por la acción del tiempo y de la paz, para volver a levantarlo a las más altas categorías militares y a los más encumbrados puestos de la administración pública; háseles visto por último, secar con mano firme, sin hesitación y sin lástima, las más abundantes fuentes de la prosperidad pública para apagar la sed del monstruo insaciable de la guerra, sacrificando el presente y vendiendo a precio vil el futuro, en holocausto al éxito material en una lucha suicida sin porvenir y sin gloria.

Para mantener su dominio imposible de afirmar por la razón y por la fuerza de la opinión del país, ambos partidos han esgrimido las armas de la arbitrariedad y del asesinato político, prohibiendo reuniones públicas, cerrando diarios, encarcelando y desterrando sin más delito que el ejercicio de sus derechos políticos y suprimiendo en fin las más esenciales y humanitarias garantías de la seguridad individual.

Para ensanchar sus filas clareadas por el desengaño o la fatiga, todos los medios han sido buenos. Ambos partidos han deshonrado sus armas confiándolas a presidiarios. Las cárceles se han abierto para dar soldados a los dos partidos. La promesa de matar blancos o de matar colorados, ha equivalido a la absolución de los jueces. Para alistarse en cualquiera de los dos partidos no ha sido necesario manifestar opiniones sino rencores. El odio tradicional, el sentimiento de la venganza hereditaria, han suplido a la convicción política. A nadie se ha preguntado lo que piensa; a todos lo que detestan. El santo amor de los principios ha hecho lugar en los corazones a la abominación de las personas; y quien ha podido presentar por todo título una espada, una lanza, y muchas veces un puñal alevoso de más antigua fecha enrojecido en la sangre de sus conciuda-

danos del partido opuesto, ese ha sido saludado en ambos ejércitos como más leal y consecuente partidario.

Eso han sido los partidos, a tal estado de degradación les hemos visto todos descender.

Mientras tanto, una nueva era de reparación se abre para la república.

Bajadas por mutua impotencia las armas fratricidas, y sometida a la decisión del pueblo soberano la cuestión de predominio, las pacíficas y saludables agitaciones de la democracia van a suceder al tumulto y al estrago de los combates. El sufragio desatará el nudo que no ha podido ser roto por la espada. La voluntad popular ungirá a los más dignos con el óleo de la victoria, y el país podrá entrar de nuevo en la ancha senda de la legalidad y marchar por ella libre y rápidamente a la conquista de sus grandes destinos.

En tan solemnes circunstancias, teniendo presente lo que han sido hasta ayer mismo los partidos; en presencia de los resultados negativos o desastrosos de sus perpetuas rivalidades sin fundamento y ante la consideración de los peligros que para la paz pública y para las instituciones pueden resultar de la lucha electoral que se aproxima, si a ella vienen los partidos con su viciosa organización tradicional y sus divisas de guerra, ¿cuál es la actitud que el patriotismo bien entendido impone a los ciudadanos?

Dos caminos se presentan desde luego a nuestra elección.

Fusionar con todos los elementos gastados, corrompidos y retrógrados de los partidos en que respectivamente hemos militado, formar en ellos cuerpos políticos rivales, estimular su antagonismo ya demasiado amenazador y violento, halagando a cada uno con la idea de su respectiva superioridad, fundada en sus pasadas glorias y en los crímenes del contrario; y llevarlos y acompañarlos así a una competencia perjudicial y a un triunfo de resultados mezquinos, en que los elementos progresistas del partido vencido quedarán esterilizados para el bien público, mientras los estacionarios y retrógrados del partido que triunfe se levantarán como una rémora al progreso del país.

O bien, unirse por las ideas, prescindiendo de la tradición, los hombres que profesen el culto de unos mismos principios, constituirse en asociación política al servicio exclusivo de los intereses progresistas y liberales del país, procurar por todos los medios legítimos la exaltación a las más altas magistraturas nacionales, de los hombres de ambos partidos más capaces de servir aquellos intereses y aquellos principios, y esforzarse así por conseguir uno de esos triunfos verdaderamente fecundos, duraderos y gloriosos, los únicos capaces de regocijar al país entero en que la victoria no pertenezca ni a los colorados ni a los blancos sino a los más ilustres hijos de la república.

Nuestra elección está hecha.

El primer camino ha sido trillado por todos los partidos desde que nos constituimos en nación independiente. Los triunfos por ese medio adquiridos han sido fatales. Ellos han conducido a la república al lastimoso estado en que se encuentra.

Nosotros creemos que es acto de patriotismo ensayar el segundo convencidos de que él conduce a la paz reparadora y fecunda, a la libertad benéfica asegurada para todos, al imperio de la justicia imparcial, al reinado de las leyes soberanas y al empleo de todas las fuerzas vivas del país en la obra de su civilización y de su engrandecimiento.

Profundamente penetrados de estas ideas los ciudadanos que suscribimos estas líneas estamos de acuerdo en declarar:

Que en nuestro concepto los denominados partido blanco y colorado, no tienen razón de ser en la actualidad, habiendo sólo sobrevivido a su época y a los sucesos que le dieron causa por un evidente anacronismo;

Que no estando la actual división de los orientales determinada por cuestión alguna de principios, y sólo por antipatías, rivalidades y odios tradicionales heredados de las pasadas contiendas, no tienen otro carácter esos partidos que el de bandos o partidos personales;

Que en tal concepto y sin envolver en la misma condenación a los partidos de principios que pueden formarse y cuya aparición anhelamos y promovemos, reputamos la perpetuación de los actuales partidos personales como un peligro inminente para la conservación del orden social y una amenaza constante al reinado de las instituciones, al bienestar y al progreso de la república.

Que no podemos continuar formando asociación política con esas agrupaciones ciegas en que, bajo el nombre de Partido Blanco y Partido Colorado, se reunen bajo una misma bandera, por el sólo vínculo del compañerismo de las armas en las pasadas luchas, o bajo el imperio de esos recuerdos, ciudadanos entre quienes la experiencia de todos los días nos está mostrando existir diferencias radicales en materia de opiniones y de principios políticos.

Que encontrándonos animados de idénticas aspiraciones y profesando el culto de aquellos grandes principios de la libertad moderna, que

hacen la felicidad y la honra de los pueblos más civilizados de nuestro siglo, nos asociamos para trabajar unidos por su triunfo por los medios legítimos de la propaganda y el sufragio.

Que reconociendo en los Partidos Colorado y Blanco la existencia de ciudadanos ilustrados, rectos, sinceros entusiastas amigos del progreso y de las libertades públicas, en todos los casos en que el pueblo sea llamado a manifestar su voluntad por el sufragio, buscaremos indistintamente nuestros candidatos para las magistraturas populares tanto como en nuestras propias filas, en las filas de ambos partidos, prefiriendo siempre a los ciudadanos por su competencia, por sus talentos y por sus virtudes personales, y jamás por los colores de sus divisas de guerra.

Que convencidos de que los dogmas fundamentales de la igualdad y de la libertad, consagrados en principio en la Constitución del estado, han sido sin embargo desconocidos y atacados en disposiciones especiales de la misma constitución, contrarias a la igualdad y a las leyes vigentes restrictivas del ejercicio de la libertad en algunas de sus más útiles, más necesarias y más grandiosas manifestaciones, daremos nuestro sufragio para legisladores en los próximos comicios a aquellos de nuestros ciudadanos que, sean cuales fueren sus opiniones sobre la tradición de los partidos, estén dispuestos a emprender la reforma de la constitución en el sentido de restablecer el imperio absoluto de la igualdad y asegurar el más amplio goce de las libertades sociales a todos los habitantes del estado.

Respetando el derecho con que muchos de nuestros conciudadanos —a quienes nos liga el vínculo de las mismas creencias políticas— han de continuar afiliados en los mismos partidos por no compartir nuestras opiniones sobre la inconveniencia de su perpetuación, invitamos a los que participan de nuestras ideas a reunirse a nuestros trabajos, a fin de poder formar una asociación que, fuerte por el núcleo de sus afiliados, simpática con su carácter conciliador y tolerante, y útil por sus tendencias progresistas y sus aspiraciones liberales, pueda ejercer influencia saludable en los destinos de la república.

José María Castellanos, Manuel Acevedo, Miguel Herrera y Obes, Aureliano Rodríguez Larreta, José Pedro Varela, Alejandro Zumarán, Carlos María Ramírez, Ruperto Butler, José Vicente Villalba, Gonzalo Ramírez, Emilio Romero, Eduardo Hamilton, Cristóbal A Salvañach (hijo), Juan S. Risso, Fernando Menck, Carlos María de Pena, Cornelio Villagrán, Máximo Nin, Eduardo E. Gómez, Carlos Gradín, Eduardo Castellanos, Francisco R. Gómez, Rufino Gurméndez (hijo), Juan A. Artagaveitia, Miguel I. Méndez, Eduardo Brito del Pino, Juan Victorica, Jacobo A. Varela, Joaquín Baena, Juan Viana Giró, Horacio Areco, Juan J. Álvarez, Anselmo Dupont, Ricardo Romero, José Luis Baena, Luis M. Surraco, Juan Villalengua, Ricardo Pettis, Julio Gómez, Felipe de Santiago, Herman Thode (siguen las firmas)

Diario La Paz, Montevideo, 2 de junio de 1872.

PROGRAMA DEL CLUB RADICAL

[Montevideo, mayo 30 de 1872]

Artículo 1º — El Club Radical es una asociación nueva e independiente que no reconoce solidaridad con ninguno de los partidos del pasado.

Artículo 2º — El Club Radical condena y rechaza la fusión o amalgama que partidos o elementos personales de ideas y aspiraciones distintas de las suyas propias, fundando su fuerza moral en el presente y sus esperanzas de fuerza material para el futuro en la estrecha uniformidad de los principios y propósitos que forman el vínculo inquebrantable de la asociación.

Artículo 3º — El Club Radical piensa que la discusión del pasado, provocando recriminaciones ardientes y antagonismos brutales que no tienen razón de ser en nuestro tiempo, encierra un peligro para la conservación del orden público y el afianzamiento de las instituciones libres; pero desligándose de los antiguos partidos y considerándose exento de pasiones para juzgarlos, se ocupará de ellos con dignidad y con altura siempre que lo considere necesario, para la defensa de sus doctrinas.

Artículo 4º — El Club Radical aplaude que todos los ciudadanos concurran a la reconstrucción del país; y verá el triunfo de sus aspiraciones en la formación de nuevos partidos de principios, propendiendo a que ese movimiento regenerador de la vida democrática, no se esterilice por la intolerancia de los viejos bandos.

Artículo 5º — El Club Radical anhela ver a todos los elementos sanos, liberales y progresistas sin distinción de colores, convocados al trabajo reparador de la administración pública, y condena como la más abominable de las fórmulas políticas aquella que por boca de los magistrados ose decir al pueblo: gobernaré por mi partido y para mi partido.

Artículo 6º — El Club Radical anatemiza

toda intervención extranjera en los asuntos internos del país, y mirará como fin primordial de sus esfuerzos la conservación de todos los derechos inherentes a la independencia y a la soberanía nacional.

Artículo 7º — El Club Radical anatemiza las ejecuciones ordenadas sin forma de proceso ni sentencia legal y propenderá a la abolición de la pena de muerte en materia de delitos políticos.

Artículo 8º — El Club Radical quiere el reinado de la libertad política en sus más amplias manifestaciones. Libertad de prensa bajo la exclusiva e inviolable jurisdicción del jurado. Libertad de reunión y asociación sin más límite que el respeto a la tranquilidad pública. Libertad de sufragio, eficazmente garantizada por la imparcialidad y la abstención de las autoridades civiles y militares en el acto de los comicios públicos.

Libertad o seguridad individual a cubierto de las interpretaciones fraudulentas que se han dado al artículo 81 de la constitución.

Artículo 9º — El Club Radical quiere el reinado imparcial de la igualdad, ya en las relaciones del ciudadano con el estado, ya en la de los ciudadanos entre sí, y pugnará por el más estricto cumplimiento de las leyes que regulan aquel sagrado principio.

Artículo 10º — El Club Radical viendo en la fraternidad el lazo que da vida y fuerza a las naciones, combatirá las aberraciones del fanatismo político, la perpetuación de los odios, la glorificación de las venganzas, y demostrará prácticamente que la diversidad de ideas y de aspiraciones no debe nunca dividir en ejércitos enemigos y feroces a los hijos de una misma tierra.

Artículo 11º — El Club Radical considera la arbitrariedad cometida contra un solo ciudadano, sea cual sea su opinión y sus antecedentes, como un ataque a la sociedad entera y declara uno de sus más sagrados deberes, el de defender por todos los medios posibles el derecho agredido en la persona de sus adversarios políticos.

Artículo 12º — El Club Radical no admite otro principio de autoridad que el emanado de la soberanía del pueblo, bajo la custodia de las instituciones patrias; pero, dentro de ese límite, reconoce como una necesidad suprema del país, el respeto al poder público y la sucesión pacífica de los que sean llamados a ocuparlo.

Artículo 13º — El Club Radical en el orden de los intereses materiales promoverá incansablemente [sic] el desarrollo de la industria, de la agricultura y del comercio, la inmigración extranjera, de las vías de comunicación y de las instituciones de crédito; trabajando también por la formación de la estadística general, por el arreglo de la deuda pública y la reforma de nuestro sistema rentístico.

Artículo 14º — El Club Radical se esforzará por conseguir que se haga inmediatamente práctica la organización dada al Poder Judicial, por la Constitución del Estado, creándose la Alta Corte de Justicia, y estableciéndose jueces letrados en los departamentos por lo cual el país, en sus diversas comunidades políticas, cuenta con el necesario competente personal.

Artículo 15º — El Club Radical propenderá a que el país inicie la reforma de la constitución y con este objeto defenderá y propagará los siguientes principios constitucionales.

Consagración expresa de todos los derechos individuales declarándose nula toda ley que suprima o restrinja preventivamente en su ejercicio.

Apropiación a nuestro estado social y a nuestra organización política de las garantías del habeas corpus inglés y establecimiento preceptivo del juicio por jurado en materia criminal.

Imposición de la responsabilidad a todos los funcionarios públicos por los actos ilegales en que dañen derechos o intereses de cualquier habitante del país.

Prohibición absoluta, bajo severas responsabilidades de que los tribunales apliquen leyes derogatorias de la Constitución del estado.

Extensión del plazo de residencia fijado a los miembros del Poder Ejecutivo. Elección de presidente por intermedio del colegio de electores nombrados al efecto y con ese exclusivo mandato.

Extensión del derecho de sufragio a todas las clases de la sociedad, con un sistema electoral capaz de asegurar la representación de las minorías.

Derogación de algunas de las incompatibilidades parlamentarias establecidas por el artículo de la constitución.

Planteamiento del municipio administrativo, judicial y militar sobre la base de una descentralización prudentemente combinada con la ingerencia política del poder central.

Organización de la Guardia Nacional o las milicias sobre la base de la elección popular con arreglo a los principios uniformemente adoptados en toda la unión americana y en otros pueblos libres.

Asignación de un fondo y rentas fijas, expresa e inviolablemente afectas a la obra de la edu-

cación, puesta al alcance de todos los habitantes del estado.

Y en general todas las reformas que tiendan a garantizar la libertad, y a consolidar el gobierno del pueblo por el pueblo.

Artículo 16º — Siendo muchas de las reformas indicadas, susceptibles de realizarse en leyes orgánicas, de acuerdo con el artículo 17º de la constitución, el Club Radical trabajará en el sentido de conseguir que esas reformas sean implantadas por la asamblea que el país elegirá próximamente.

Montevideo, mayo 30 de 1872.

Diario **La Paz**, Montevideo, junio 2 de 1872.

Circular del Club Radical a los compatriotas de los departamentos

[16 de julio de 1872]

El Club Radical aspira a disolver a los antiguos partidos... mostrándoles el antagonismo interior en que se agitan y la verdadera solidaridad que envuelve a muchos de los que aparecen como intransigentes adversarios...

El Club Radical señala a cada partido sus errores y sus crímenes; reconoce a cada partido sus servicios y sus méritos, y combinando en una religión sublime la más rígida severidad de convicciones con la más humana fraternidad de sentimientos, quiere sellar la alianza moral de todos los hombres de principios contra todos los elementos de violencia y de desorden...

No nos alucina, sin embargo, ni la verdad, ni la santidad de nuestra causa. Grande es el temperamento nervioso de nuestra raza, la influencia de los recuerdos y de los sentimientos del pasado. Grande es en las almas inexpertas el atractivo del número, del ruido, y de la falsa gloria. El odio anda ligero su camino y la idea hace a paso lento su jornada. Las pasiones brotan en un segundo como el rayo y como él también destruyen; las convicciones se elaboran con el andar del tiempo como las corrientes subterráneas de agua, y como ellas forman una fuente inagotable de vida... Ardua empresa es formar un partido de principios, pero de la realización de ese trabajo todo lo espera nuestra patria...

El Club Radical no busca... adhesiones precipitadas e inconscientes. Emancipación deliberada de las tradiciones impuestas es lo primero que pide a sus adeptos, adhesión razonada a sus principios, es lo que exige a los que quieren llamarse correligionarios... Por el momento lo que importa es tener alzada la bandera, dar representación a la idea, ser un ejemplo vivo de que es posible romper toda solidaridad con los antiguos bandos, aunque se haya en mala hora pertenecido a ellos... Lo demás ha de venir traído por el desarrollo lógico de los sucesos y de la conciencia pública. El extravío de los viejos partidos nos arrojará en su marea creciente a los ilusos. Las nuevas generaciones apartadas de la influencia que deslumbrará a la generación actual no acertarán siquiera a descifrar el enigma de las divisas del pasado y descubrirán en el nuevo símbolo la encarnación moral de las aspiraciones de las necesidades de la época.

No procedemos con la febril agitación, con la precipitada impaciencia de los partidos que se afanan y se apuran porque conocen que se va su tiempo. Somos un partido de porvenir y nos basta obrar con perseverancia, con seguridad, con calma. Aliente y fortifiquemos a todos inquebrantable fe de que si alguna vez el país ve desaparecer esas facciones, será porque habrá predominado al fin el dogma fundamental de nuestro Club: **formación de partidos de principios con absoluta y categórica independencia de los partidos personales en que se divide actualmente la república.**

Diario **La** Paz, Montevideo, 17 de julio de 1872.

Manifestación de principios y propósitos del Club Nacional

[7 de julio de 1872]

COLOCADO el país desde 1865 en una situación irregular y violenta, creada por el régimen dictatorial inaugurado en aquella época, y agravada esa situación bajo la administración del general don Lorenzo Batlle, que *gobernando con su partido y para su partido,* llegó a hacerse intolerable aun para sus correligionarios políticos, el Partido Nacional se vio forzado a tomar las armas con el designio de llegar cuanto antes a la reconstrucción de los poderes públicos, bajo el imperio de la constitución y de las leyes.

En las diversas tentativas que se hicieron a fin de poner término a la guerra civil que fue necesario mantener para alcanzar ese propósito, el Partido Nacional ha comprobado por sus declaraciones y por sus actos que colocaba sobre toda otra aspiración, la noble y patriótica de buscar el restablecimiento del orden constitucional en la franca y leal apelación a la soberanía popular.

Desgraciadamente, el tardío reconocimiento por parte del gobierno del general Batlle del propósito funesto que encerraba su programa político, los intereses ilegítimos vinculados a su administración y las antiguas pasiones de partidos avivadas durante la lucha, hicieron imposible la alta solución de principios que todos los buenos ciudadanos anhelaban.

Después de grandes dificultades en que se puso a prueba el patriotismo y el desprendimiento de los ciudadanos en armas del Partido Nacional, cúpole por fin al gobierno actual la suerte de firmar el Convenio de Paz, aunque mutilado en una de sus clásulas más esenciales.

El Convenio de Paz no ha podido satisfacer completamente las más altas aspiraciones del patriotismo; pero el Partido Nacional ha salvado su responsabilidad pugnando por la más amplia y legítima solución, hasta donde era conciliable con los sufrimientos del país y con la seguridad del estado.

Con todo, si la Convención de Paz, en los términos en que ha sido ajustada, no es el mayor bien que pudo hacérsele al país, ella le ha evitado la gran calamidad de la prolongación indefinida de la guerra civil y ha abierto a todos los partidos el terreno de las luchas pacíficas y legales.

Decidido por su parte el Partido Nacional a ejercitar sus derechos y a cumplir los deberes que la convención le impone, confiando en que los depositarios del poder público llenarán el compromiso especial y solemne que han contraído, de garantir a todos los ciudadanos el libre ejercicio de sus derechos políticos, persiguiendo y evitando todo fraude y toda coacción, el Club Nacional de Montevideo levanta como bandera electoral para los próximos comicios y como vínculo de unión entre sus correligionarios políticos, la siguiente declaración de principios y propósitos, a cuyo triunfo consagrará sus esfuerzos:

"El Club Nacional admite como un principio fundamental de libertad y de justicia la coexistencia de los partidos que, buscando su influencia y preponderancia por los medios legales, aspiren a dirigir los destinos de la república.

"Como consecuencia de esta declaración, sostendrá para sí y para los demás, a la par de las garantías individuales que la constitución consagra, la libertad de la prensa, la libertad de asociación y de reunión, la libertad de sufragio.

"Considera que sólo el respeto recíproco de estos derechos primordiales puede desarmar a los partidos, convirtiéndose definitivamente en elementos solidarios del progreso y felicidad de la república.

"El Club Nacional obedece a una aspiración del patriotismo oriental que ha tenido sus manifestaciones gloriosas, sin que los grandes principios en que se funda hayan llegado a realizarse aun en toda su amplitud; no condena ni glorifica los partidos del pasado; no se considera ligado en su marcha futura a los hechos en que aquella aspiración haya sido contrariada o desconocida, y condena todo esfuerzo que tienda a la organización o perpetuación de partidos o bandos personales, de partidos exclusivistas y tiránicos que renovarían las calamidades de otras épocas, poniendo en peligro las conquistas, a caro precio alcanzadas, en favor de la libertad y del orden.

"El Club Nacional admite en su seno a todos los ciudadanos, cualesquiera que hayan sido anteriormente sus opiniones políticas y siempre que acepten las ideas fundamentales consignadas en este programa.

"El Club Nacional, consecuente con sus declaraciones y con el espíritu elevado que lo anima, propenderá a llevar a la representación nacional y a la presidencia de la república a los ciudadanos más capaces de realizarlas, por sus virtudes y por sus talentos, y no vacilará en escogerlos fuera del seno de su comunidad política, siempre que estén de acuerdo con las ideas y propósitos fundamentales que ella profesa.

"Siendo los representantes del pueblo legisladores y a la vez electores de presidente de la república, vicio de que adolece la constitución actual, el Club Nacional no hará depender la designación de sus candidatos de la adhesión a determinada candidatura presidencial, sino que se fijará principalmente en las aptitudes o condiciones que reúnan para desempeñar dignamente el cargo de legisladores, en la seguridad de encontrar así también buenos electores.

"El Club Nacional propenderá a que sus candidatos respondan por sus ideas e ilustración a las necesidades más vitales de la actualidad, y considera que son de las primeras:

"—El mantenimiento de la paz como bien supremo para la nación y base de toda mejora y de todo progreso.

"—El restablecimiento del orden y de la moral administrativa.

"—El afianzamiento del crédito público.

"—El respeto escrupuloso de los compromisos legalmente contraídos por el estado.

"—La reducción en cuanto sea posible de los gastos de la administración pública, a fin de disminuir los impuestos y de alejar la combinación económica o financiera que pudiese esterilizar las fuerzas productivas del país, cuyo desenvolvimiento reclama la mayor solicitud de parte del estado.

"—La reforma de la ley de elecciones, con arreglo a la mayor subdivisión de los distritos o circunscripciones electorales y al sistema que mejor consulte la representación de las minorías.

"—La creación de la Alta Corte, y reorganización de la administración de justicia en la capital, como en los demás departamentos, depositándola en magistrados de ciencia y de probidad intachables, y dándole todo el ensanche y descentralización necesarios, a fin de que todo el país goce de sus beneficios.

—"La consagración de la responsabilidad civil de todos los funcionarios públicos por el quebrantamiento de los derechos, libertades y garantías establecidas en la constitución y las leyes.

"—El mejoramiento de las cárceles y fundación de la penitenciaría.

"—La abolición de la pena de muerte por delitos políticos.

"—El establecimiento del gobierno municipal, confiando a los pueblos y distritos rurales el manejo de sus propios intereses abandonados hasta hoy, cuando no absorbidos por una centralización administrativa que no responde a las exigencias de la época.

"—La seguridad y garantías más eficaces en favor de la propiedad rural, único medio de subsanar los quebrantos que ha sufrido y de que no permanezcan incultos e improductivos nuestros campos.

"—El fomento y la mayor difusión de la educación e instrucción del pueblo, única base firme de las instituciones democráticas.

"—La difusión de la enseñanza agrícola e industrial, prestándole la atención que hasta hoy le ha faltado, y en que se cifra en gran parte la riqueza y el porvenir del país.

"El Club Nacional propenderá, en una palabra, a que se realicen todas aquellas reformas que pueden contribuir a elevar las condiciones morales de la población y al desenvolvimiento de la riqueza y prosperidad de la república.

"El Club Nacional, por último, reconoce la conveniencia de que la Constitución de la República sea reformada, adaptándola a las exigencias de la époc: y a la marcha progresiva de la sociedad.

"Con un gobierno regular, que los orientales tienen la esperanza de alcanzar en los próximos comicios, emanado del pueblo, que descanse en el sólido pedestal de la opinión pública y reciba de ella su única fuerza; serán realizables todas las aspiraciones patrióticas y se alejarán las causas de perturbación interior y las complicaciones extrañas que han llegado a poner en conflicto la autonomía de la nación. No será posible temer entonces ni las aberraciones del fanatismo político, ni las venganzas sangrientas, ni la perpetuación de los odios del pasado."

Diario La Democracia, 9 de julio de 1872.

Programa del Club Libertad

[30 de mayo de 1872]

"El Club Libertad es la asociación espontánea de todos los ciudadanos que por sus antecedentes o sus simpatías adhieren al partido político que en las grandes crisis por que atravesó la república, procuró identificarse con las instituciones del país, y que obligado a la lucha armada se distinguió desde su origen con el nombre de Partido Colorado.

Como antes se asoció para las luchas armadas, cediendo a la necesidad imprescindible, ora fuese de reivindicar derechos desconocidos o de restablecer el imperio de las instituciones holladas, ora fuese para defenderse contra restauraciones funestas, se asocia hoy para una lucha pacífica, constituyéndose en Centro electoral.

Hoy como entonces, se propone, ante todo, consolidar una situación de instituciones, de garantías y de libertad, obstando por todos los medios que sugiere el patriotismo y que fortalecen la perseverancia y la unión, a que el combate pacífico pueda dar al partido blanco la restauración que en vano buscó en la lucha armada.

Pero como ese solo propósito sería un propósito negativo, declara que propenderá a dar al país una representación digna en las cámaras legislativas, empeñándose en llevar a ellas lo que en el seno de su propio partido exista de más honorable, de más inteligente y de más ilustrado, a fin de cumplir las promesas que el partido colorado viene haciendo al país desde largos años atrás.

En cuanto a la lucha misma, procurará dignificarla, no sólo ejerciendo resueltamente todos los derechos inherentes al sufragio popular, sino concurriendo con su esfuerzo colectivo en todas las esferas legítimas de acción y de influencia, a que esos derechos sean respetados en todos los ciudadanos de la república, cualesquiera que sean las opiniones que profesen.

El programa del centro electoral que acaba de tomar la denominación de "Club Libertad", puede reducirse a pocas palabras.

Entrará a la lucha electoral con su organización de partido político; sostendrá candidaturas del seno de su comunidad, sin aceptar en ningún caso y por ninguna consideración, pactos o fusiones con el partido blanco, cuyos resultados han sido siempre contraproducentes y funestos; y, por fin, en ésta como en todas las crisis políticas, desplegará a todos vientos la bandera de los grandes principios que constituyeron la gran epopeya que inmortalizó la Defensa de Montevideo."

HABLEMOS CLARO

Entre los diversos reproches que se dirigen al programa sancionado anteayer por el Club Libertad, hay uno que descuella por su originalidad y que a primera vista es el más serio, pero que verdaderamente es el que menos fundamento tiene.

Se dice que el programa aclamado no consigna un solo principio, que habla de hombres pero no de ideas, de las pasiones del corazón pero no de los dogmas de la inteligencia, y se agrega que si todos los círculos en que un día estuvo dividido el Partido Colorado aceptan sin esfuerzo ese programa, es porque su vaguedad en materia de principios deja libre campo a las más divergentes doctrinas y a las más opuestas interpretaciones.

¿Pero son verdaderos estos cargos? ¿Es cierto que en el hermoso programa del Club Libertad caben igualmente el bien y el mal, la libertad y el atentado, los propósitos patrióticos y honrados y las bastardas y mezquinas ambiciones?

Vamos a verlo.

El programa que sostenemos encierra estas textuales e inequívocas frases: "**Se propone ANTE TODO, el Partido Colorado, consolidar una situación de instituciones, de garantías y de libertad, obstando por todos los medios que** sugiere el patriotismo y que fortalecen la perseverancia y la unión, a que el combate pacífico pueda dar al partido blanco la restauración que buscó en vano en la lucha armada".

¿Y en estas terminantes palabras no se proclaman elevados principios, no se consagran aspiraciones honradas, no se encierran patrióticos propósitos?

Desafiamos a los que nos combaten a que formulen más justos y más puros principios.

Lo que es claro y terminante no necesita de interpretaciones para ser comprendido, como la luz del sol no necesita vidrios para lucir en el espacio.

El programa del Club Libertad no admite mistificaciones.

¿Proponerse "consolidar una situación de instituciones" es lo mismo que proponerse consolidar una situación de arbitrariedad?

¿Proponerse "consolidar una situación de garantías" es lo mismo que proponerse fundar una situación de atentado y de escándalo?

¿Proponerse, en fin, "consolidar una situación de libertad" es lo mismo que proponerse establecer una situación de despotismo y de violencia?

Y todo esto se propone realizar el Club Libertad. Todo esto ha consignado expresamente en su programa.

Las torcidas interpretaciones son imposibles.

El que haya aceptado el programa del Club Libertad y en vez de trabajar por las garantías tutelares trabaje por el imperio vergonzoso del atentado, habrá mentido.

El que haya, en fin, aceptado ese mismo programa, y en vez de ser soldado de la libertad, sea satélite del despotismo, será un violador de ese programa. ¡Instituciones, libertad, garantías!, dice la bandera que se acusa, y ante un programa que consagra tan hermosos principios, no son iguales todas las doctrinas, como no son iguales todas las acciones ante el rígido fiel de la justicia.

En la ley fundamental del Estado que establece la forma representativa-republicana, no caben todas las formas de gobierno, no cabe la autocracia. Cuando lo contrario se nos pruebe, entonces creeremos que la doctrina del despotismo puede deducirse de un programa que levanta bien alta la bandera gloriosa de la libertad.

Para desmentir todas las acusaciones ahí está el programa del Partido Colorado, lacónico pero terminante, conciso pero claro.

¡Feliz de la república cuando ese programa se haya cumplido!

¡Feliz de la república, cuando se haya **"consolidado en ella una situación de instituciones, de garantías y de libertad!"**

El programa del Club Libertad encierra los propósitos que la asociación se prepara a cumplir en la lucha electoral y después de ella. En la lucha electoral: impedir la restauración del partido blanco; llevar a la Asamblea lo que en el seno del partido liberal haya de más honorable e ilustrado, y concurrir con su esfuerzo colectivo a que los derechos de todos los ciudadanos, sin excepción alguna, sean respetados y garantidos. Después de la victoria: consolidar una situación de instituciones, de garantías y de libertad. Y, en fin, antes de la lucha y en la lucha y después de la lucha, el Partido Colorado desplegará a los vientos la bandera inmortal de la Defensa.

El Club Libertad hace uso de un sagrado derecho al tratar de llevar a la Asamblea a los ciudadanos que merecen su confianza; cumple con su deber al trabajar por que no se coarte la libertad de un solo ciudadano, y responde dignamente a la voz del patriotismo al identificar su causa con la de las instituciones nacionales.

Un programa de un club exclusivamente electoral, no puede ser un curso completo de política, ni una disertación filosófica sobre derecho constitucional, como una proclama de un general, antes de la batalla, no puede encerrar un sistema entero de estrategia. La concisión debe conciliarse con la claridad y la energía en todo programa de combate. Y el que venimos defendiendo responde perfectamente a estas necesidades.

Comprendemos que el Club Radical como partido que nace recién, tenga que formular un extenso programa, para expresar los móviles que han impulsado a sus miembros a separarse de los viejos partidos y para desarrollar sus recientes doctrinas y sus nuevos propósitos; pero no vemos tal necesidad en el programa de un partido político que hace cuarenta años existe y lucha en la república, y que se ha distinguido en todas las épocas por su constante aspiración a la libertad y a la justicia.

Para el Partido Colorado basta y sobra con consignar sus propósitos fundamentales.

Creemos dejar probado, que en los pliegues de nuestra bandera hay principios inscriptos y que el programa que nos hemos dado y que nos enaltece y dignifica, es digno de ir al frente de los diarios que jamás han lamido la mano de los déspotas y que han tenido siempre para el derecho un himno, para la arbitrariedad una protesta.

Levántese un verdadero liberal y diga que tiene vergüenza de prohijar nuestro honrado programa.

El problema político que el país va a resolver es terminante.

La república está dividida en dos campos. En el uno está el Partido Blanco que representa el elemento reaccionario y la fuerza retrógrada. En el otro, el Partido Colorado, que significa el elemento liberal y la fuerza progresista. Al Partido Radical no lo contamos como potencia verdadera en esta lucha, porque, como dicen sus miembros, es un partido del porvenir, no del presente.

La derrota de un partido importa el triunfo del otro. Si el partido liberal cae vencido, la restauración blanca se levantará vencedora. Éste es el dilema que se nos presenta: ésta es la verdadera cuestión que hay que resolver.

El peligro más inminente es el que primero debe dominarse. Cuando la llama del incendio asoma, es preciso ante todo sofocarla. Y la restauración es el peligro que más de cerca nos amenaza, la restauración es el incendio. Acudamos a él y apaguémoslo.

El problema político actual no da espera. Es del presente y debe resolverse en el presente.

Si dejamos que el edificio arda; si permitimos que la restauración temida se consume, cuando tratemos de reparar el mal ya será tarde.

Venzamos al tradicional y funesto adversario y fundemos en la república la libertad en el orden y el orden en la libertad.

Si comprometemos nuestro triunfo, esperando las brisas del futuro, sin fijarnos en el viento del presente que azota nuestro rostro, ¿cuál será la suerte de la patria?

El Partido Blanco, dueño exclusivo del presente, habrá operado su restauración preñada de odio y de venganza; la bandera de los principios que quiere salvarse estará por el suelo y entonces a los colorados y aun a los radicales sólo les quedará la esperanza...

¡Esperar! Triste consuelo, que si puede aliviar a las almas doloridas, no puede halagar al ciudadano.

Los pueblos no viven sólo de la esperanza, y la política no es como la poesía que sólo gira como mariposa alrededor de falaces ilusiones.

LA UNIÓN ES LA FUERZA

Nuestros lectores nos harán la justicia de creer que al escribir el aforismo que precede

no tenemos la pretensión de decir nada nuevo. Pocas sentencias habrá en efecto más repetidas, por más que en muchas ocasiones la conducta de los hombres y de los partidos políticos pueda hacer creer que no siempre se tiene presente.

Iniciados los trabajos preparatorios para la próxima lucha electoral, han surgido en el partido político de que son órganos **El Siglo, La Tribuna** y **Los Debates** dos agrupaciones políticas. La una ha tomado el nombre de Club Libertad; la otra, que empezó por llamarse Club Liberal, ha cambiado su denominación por la de Club Colorado.

¿Qué son, qué representan, que significan estas dos agrupaciones?

Una y otra son ramas de un mismo tronco. Una y otra enarbolan la bandera de aquel partido, que desde el recinto de la capital de la república, cercada por las tropas de Rosas y Oribe, proclamaba los principios inmortales de la libertad y del derecho, y que en la borrascosa historia de la república ha pugnado por hacer efectivas las instituciones y establecer prácticamente el régimen democrático.

¿Qué razones hay entonces para que esas dos agrupaciones continúen separadas, en vez de unirse en un esfuerzo común?

Por nuestra parte no encontramos ninguna: y nos felicitamos de que en uno y otro club haya surgido la idea de la unión.

La idea de que en uno de los clubes dominase la influencia de los pelucones y en el otro el brioso empuje de la juventud independiente, nos parece falsa.

Es contrario a la índole de los partidos liberales el levantar ídolos de barro. No es conforme a su naturaleza el someterse ciegamente al impulso que quieran comunicarle determinadas personalidades, por encumbradas que sean. La juventud tiene siempre en ellos ancho campo para hacer sentir sus generosas aspiraciones y sus levantados propósitos; y si los hombres aleccionados por una larga experiencia y encanecidos en el servicio de la patria hacen oír su voz y aventuran su consejo, eso no quiere decir que pretendan ejercer dominio ni tutela sobre sus conciudadanos.

La voz de la razón y los estímulos del patriotismo son los dioses a quienes rinden culto los partidos liberales; y éstos no están encarnados en determinadas individualidades: son patrimonio del pueblo.

Naturalmente no hay diferencia sustancial entre los programas de los dos clubes mencionados: no podía haberla.

Y ya que tocamos este punto, permítasenos extrañar que nuestro colega **La Paz** no haya encontrado en el programa del Club Libertad otra idea, otro pensamiento ni otro propósito que el de hostilizar al Partido Blanco.

Nos parece, sin embargo, que bien clara y terminantemente, sin reticencias ni ambages se dice en aquel documento que el partido que ha formado dicho club "se propone ante todo consolidar una situación de instituciones, de garantías y de libertad".

No sabemos que esto pueda ser equívoco y dejar duda alguna. La comisión directiva al firmar este documento, y el club al aprobarlo, han afirmado una vez más la conocida bandera que aquel partido ha enarbolado constantemente.

Por centésima vez repite nuestro colega que la conducta del Partido Colorado en el gobierno no ha sido la realización práctica de los principios que proclama.

Nosotros quisiéramos que en la historia de los partidos y de los gobiernos nos señalase **La Paz** un ejemplo de esa perfecta consecuencia.

Apresurémonos a añadir que no por eso estamos satisfechos de lo pasado, ni renunciamos a nuestro propósito de continuar combatiendo las infracciones de principios que en adelante puedan cometerse; pero tenemos la firme convicción de que estamos en el buen camino, y que difundiendo la educación política, combatiendo los abusos y perseverando en las sanas doctrinas hemos de llegar al fin, a la realización perfecta del ideal, siempre superior a lo que consiente la humana naturaleza, a la práctica ordenada de las instituciones democráticas.

Confiadamente esperamos que una vez iniciado el pensamiento de refundir en una sola agrupación las dos del mismo partido que hoy existen, el patriotismo ha de vencer cualesquiera dificultades que ocurran para su realización, que serán siempre de poca monta en comparación con la importancia del objeto.

Diario El Siglo - 1º de junio de 1872

JUAN A. ODDONE

DEL AUGE DEL PRINCIPISMO A SU CAIDA (1872-1875)

El profesor Oddone ha rehecho especialmente para CUADERNOS DE MARCHA *este ensayo, que analiza específicamente el período comprendido entre la Paz de Abril y el Motín de Enero de 1875.*

EL 1º de marzo de 1872, al término de su período legal, el general Lorenzo Batlle —aún no concluida la paz definitiva— resigna en el presidente del Senado la primera magistratura que asumiera en 1868.

Por entonces, el anhelo pacifista era unánime clamor en los partidos y la opinión. Las zozobras económico-financieras del 68 y su penosa proyección sobre la administración Batlle habían doblegado el erario, luego de dos años de devastaciones y apremios bélicos, al último límite de su estabilidad. Arruinadas las cosechas, diezmadas las haciendas, vigente la inconversión, retraído el comercio, la situación amenazaba desembocar en el desquicio total de nuestra economía.

En los bandos en pugna el agotamiento mutuo y la indecisión de las acciones militares volvía impostergable el cese de las hostilidades al cabo de una campaña que languidecía en guerrillas y escaramuzas.

Las gestiones pacifistas, que sufrían un *impasse* desde el malogrado acuerdo gestado por Lamas y Herrera y Obes, logran cuajar en definitivo entendimiento bajo la presidencia provisoria de Tomás Gomensoro.

Las fórmulas aceptadas por los contendientes jalonan un nuevo capítulo en la evolución de nuestros partidos políticos. Así lo percibía por entonces el doctor José María Castellanos reflexionando sobre las consecuencias de la Paz de Abril. "Indudablemente —decía Castellanos— la solución que han tenido los sucesos no es la más ajustada a los principios ni satisface las aspiraciones de los que creen que los derechos acordados por las leyes pueden ser materia de pacto esencial para poder ejercerlos el ciudadano, pues esos derechos nacen desde el momento de la promulgación de la ley, no necesitan declaraciones o pactos posteriores para poder ejercerlos; pero es preciso convenir, no obstante, en que después de tantos años en que el desconocimiento de todos los derechos políticos del partido caído era el principio sostenido por el partido que estaba en el poder, el reconocimiento de esos derechos, aun cuando pactados y sólo puestos en práctica en parte, importa una gran conquista." [1]

En el clima optimista que auguraba la pacificación, la juventud montevideana ilustrada reacciona frente a las prácticas de los partidos tradicionales y, por encima de las divisas, se aviene a procurar nuevas fórmulas de coexistencia. "Creo que lo que nos separa no son los principios opuestos de nuestra profesión política —observaba Eduardo Brito del Pino— sino

los intereses y sobre todo las pasiones nacidas a la sombra de las primeras luchas de nuestros grandes caudillos, acrecida, enconada, y perpetuada hasta nuestros días por los excesos de la guerra civil perdurable en que vivimos envueltos". [2]

El Siglo, viviendo "la revolución interior que se ha operado en los espíritus", barajaba las conclusiones que el balance de la situación arrojaba: "Nos hemos dejado llevar en estos días por la muchedumbre; envueltos en las oleadas del pueblo, hemos podido sentir sus latidos, escuchar su voz, penetrarnos de sus aspiraciones, y se ha fortalecido nuestra fe y se ha robustecido nuestra esperanza en la próxima regeneración de esta república. Entiéndase bien: al hablar de próxima regeneración no entendemos, no queremos significar que en un abrir y cerrar de ojos, como por ensalmo se vaya a transformar la faz del país, a desaparecer los odios, a moralizar los partidos, a crearse una administración regular y ordenada, a educarse el pueblo, a garantirse completamente la propiedad y a desarrollarse la agricultura. Por mucha que sea nuestra fe en la virtud de los principios democráticos leal y rectamente aplicados, no pertenecemos a la escuela de los dulcamaras políticos, no conocemos el famoso específico que de la noche a la mañana puede verificar el milagro de regenerar a un pueblo, sabemos que el pueblo es uno de los indispensables elementos para toda elaboración social y que no está en manos del hombre precipitar la madurez de los pueblos al calor artificial de sistemas que no tienen consonancia con las costumbres. Pero sí creemos que las circunstancias permiten ya marchar con paso más seguro a la realización de ese ideal que consiste en asegurar al mayor número posible de los individuos que componen una sociedad la mayor felicidad posible en la tierra, a garantirle a todos el libre ejercicio de su libertad y de sus derechos individuales. Creemos que la república toca a un período de su historia en que, muerto el caudillaje y encendido en el corazón del pueblo el anhelo por conservar la paz, cabe dar amplio desarrollo a los abundantes gérmenes de riqueza que atesora este suelo que han de ser poderosísimos elementos para ambientar el reposo público..." [3]

Aquel consenso doctrinario que proclamaba bajo nueva luz la coexistencia de los partidos vino a formularse como primera manifestación teórica en la oratoria del Banquete de la Juventud, que sucedió a la Paz de Abril. [4]

Las ideas y los principios que se proclaman entonces traducen los reclamos de un calificado núcleo de opinión frente al comportamiento histórico de los partidos orientales. La coyuntura de la paz marca el decurso inicial de una reconstrucción política, ahora viable gracias a las garantías que otorgan la paz, la libertad y la concordia. Fe en el porvenir, que anticipa nuevas formas de convivencia partidaria bajo la égida de los principios y la más amplia tolerancia para todas las opiniones; abjuración de la guerra civil y la promesa de una regeneración cívica que relegue a la historia los juicios sobre el pasado, compendian el programa de los comensales del 13 de abril.

Aún no extinguidos los ecos de los discursos fraternos del 13 de abril, cuando vuelve a promoverse desde la prensa el debate que, abierto un año antes con la escisión de Carlos María Ramírez del Partido Colorado y con la fundación de *La Bandera Radical*, venía a replantear el discutido ensayo de la fusión de nuestros partidos, predicado por Andrés Lamas y condenado por Juan Carlos Gómez. Sus primeros antecedentes se remontaban a la época de Giró cuando el efímero intento de abolir los bandos tradicionales. Lamas había sido su profeta ortodoxo y el gobierno de Pereira la más palmaria demostración de su divorcio con nuestros hábitos políticos. Ante el emblema radical que ahora enarbola el nuevo guía de una nueva fusión —no de partidos sino de hombres— se levanta desde filas coloradas la oposición de quienes ordenan en nombre de los muertos de Quinteros y de la libre coexistencia de los partidos, todo intento que rememore la tradición fusionista de Giró, Lamas y Pereira.

El Siglo, ya en guardia frente a los trabajos radicales prevenía, en la víspera del Banquete, acerca de las intenciones que soslayaba en su colega de principios *La Paz*: "...Entre nosotros la causa de la fusión está vencida quizá para no volver a levantarse; la razón en la historia asocia su anatema para hundirla, imposible es refundir en uno solo todos los sistemas... La fusión no sólo es inmoral sino que es imposible, porque no pueden resumirse en uno todos los pensamientos, todas las aspiraciones, todas las pasiones y todas las ambiciones, que siendo legítimas son sentimientos respetables del corazón humano." [5]

La fracción principista que se aglutinaba en torno al diario *El Siglo,* dirigido entonces por José Pedro Ramírez, insistía en proclamar su adhesión al partido colorado de la Defensa. Desde esa postura, rechaza pues todo programa político que condenara a los partidos tradicionales: "La fusión iniciada en 1851 y terminada en la revolución de julio del 52; la fusión practicada en 1855 y terminada en la re-

volución de Quinteros de 1857, la fusión desprestigiada, la fusión antipática, la fusión maldecida, la fusión inmoral como la llamaba el doctor Juan Carlos Gómez, es la solución que con nuevo ropaje se nos ofrece en 1871 para nuestras cuestiones políticas. El mayor defecto que puede tener toda idea política que aspira a los honores de una solución práctica es no ser practicable y el menor de los defectos que tiene la idea de fusión es no ser practicable... Todo partido con signos más o menos aparentes y visibles, responde a una necesidad social, a una tendencia más o menos instintiva, a una aspiración más o menos inconsciente. Por eso mueren, lo mismo que nacen espontáneamente por su propia virtud ajenos a la voluntad y a los cálculos de los hombres. Ningún partido nace fuera de tiempo, ni muere sino cuando debe morir, ni vive sino cuando tiene razón de ser; son la obra del tiempo y de los acontecimientos y es necesario dejar que el tiempo y los acontecimientos realicen su obra providencial de transformación incesante." [6]

En realidad no era la fusión de los partidos en sentido estricto el norte político de los redactores de *La Paz*. "Se propende a la regeneración de los partidos —dice el órgano radical— levantando sobre ellos la propaganda independiente de las ideas y no encerrándoles en el círculo abrumador de la tradición que sólo sirve para mantener una agrupación disciplinada y personalísima." [7] O, más precisamente, "la unión de los ciudadanos que profesan iguales principios, aunque en la lucha de los bandos hayan militado ellos o sus padres en filas opuestas". [8] Los redactores de *La Paz* ante la ofensiva que emprendía José Pedro Ramírez desde *El Siglo,* aclaraban el alcance de sus opiniones: "No se pretende... lo que sería utópico y contrario al espíritu de las sociedades modernas, destruir la diversidad de opiniones; lo que se busca y se quiere es reunir en un esfuerzo común a todos los que piensan de un mismo modo, a todos los que buscan el triunfo de unos mismos principios". [9]. Para ello, entienden imprescindible abandonar "los partidos tradicionales en su camino de errores y de extravíos" [10] en el entendido de que esos partidos son ya "incapaces de responder a las exigencias del presente y a las necesidades del porvenir... Tal vez el presente les pertenezca todavía, pero el porvenir se les escapa y viene a mano de los que abandonan los errores y las preocupaciones del pasado." [11]

En otra actitud —en cuanto ajuste de ideales y realidades— los conservadores y los futuros nacionalistas propendían a la transformación de los partidos —mediante la propaganda principista— sin abandonar su bandera ni condenar su pasado.

De ese modo, se definían en dos planos divergentes sendas actitudes del principismo: por un lado, quienes sin renegar de su divisa adoptan la prédica doctrinaria como programa de su partido; por otro, quienes renunciando a las viejas banderas —fuera de las agrupaciones blancas y coloradas— un nuevo partido destinado a obrar la transformación política que aguarda la república.

A la luz de la polémica que con ese motivo mantienen *El Siglo* y *La Paz,* José Pedro Ramírez deslinda posiciones de modo categórico: "El Siglo formará en las filas del partido político que desde 1843 viene manifestando en medio de las luchas más bastardas, de los errores más lamentables y de los extravíos más dolorosos, una tendencia constante hacia el establecimiento de gobiernos legítimos que hagan una verdad las instituciones liberales que nos rigen, o en otros términos, *El Siglo,* servirá la causa de la comunidad política que ha sido llamada por razón de su distintivo de guerra el Partido Colorado." [12]

En verdad, tal actitud no parece ajena al temor de una victoria electoral del Partido Blanco, para cuyo conjuro no se escatimarán las concesiones y los acuerdos dentro de filas coloradas. Veladas insinuaciones primero, directas negociaciones luego, moverán a los elementos de El Siglo a estrechar posiciones junto a los hombres de *La Tribuna* y *Los Debates* para enfrentar al adversario tradicional.

Con miras, pues, a presentar un frente único en las elecciones de noviembre de 1872, se produce el acuerdo entre los elementos *netos* y principistas. Dicho acuerdo cristaliza en la fundación de un club colorado que, conciliando las miras de José Cándido Bustamante y de José Pedro Ramírez, se denominará *Club Libertad.* [13]

En verdad, la pregonada unión no llega a concretarse sino parcialmente. No todos los principistas colorados seguirán el gesto de José Pedro Ramírez y Julio Herrera y Obes tendiendo la mano en el seno del *Club Libertad* a quienes apuntalaban el gobierno de Lorenzo Batlle. El doctor José María Muñoz —uno de sus más enconados adversarios— en una declaración enviada a *El Siglo* niega su adhesión al *Club Libertad.* [14] Por otra parte, tampoco es unánime el consenso de los colorados netos para un buen avenimiento con el grupo electoral. Francisco Bauzá, que representa desde *Los Debates* la fracción personalista más recalcitrante del Partido, aglutina a sus partidarios en otro círculo, en principio llamado

Club Liberal y definitivamente proclamado como *Club Colorado.* [15]

No obstante transitorias connivencias, y pese a la vaguedad expresa de su programa, el *Club Libertad* tipifica en verdad la línea doctrinaria del principismo colorado, a cuya prédica parece obedecer su programa: ..."se propone ante todo consolidar una situación de instituciones, de garantías y de libertad... en esta como en todas las crisis políticas desplegará a todos los vientos la bandera de los grandes principios que constituyeron la gran epopeya que inmortalizó la defensa de Montevideo." [16]

Una semana después que la reunión popular del Teatro Nacional sancionara la fundación del *Club Libertad*, el *Club Radical* se definía a su vez como entidad política mediante su propio programa de principios.

Los antecedentes ideológicos de la nueva agrupación proceden del mismo cuño liberal que nutrió a los redactores principistas de *El Siglo.* Sus figuras rectoras, Carlos María Ramírez y José Pedro Varela, procedían de la llamada fracción "conservadora" del Partido Colorado y estaban unidos a sus colegas de *El Siglo* por una común tradición ideológica. Como se consignara, la prédica radical comienza en plena revolución de Aparicio con el alejamiento de Carlos María Ramírez de la redacción de *El Siglo* y la fundación de *La Bandera Radical.* José Pedro Varela, hasta entonces ferviente colorado, abandona igualmente el periódico conservador para emprender, en la tesitura de Carlos María Ramírez, y desde el diario *La Paz,* su campaña por la pacificación de la república y la conmixtión de los partidos.

Al concluir la guerra civil, los elementos principistas que se agrupan en torno a la redacción de *La Paz* confían en la voluntad popular del sufragio para iniciar una era de recuperación. [17]

Cuando ve la luz el programa del *Club Radical,* su desvinculación con los partidos tradicionales es ya un hecho consumado. "El Club Radical es una asociación nueva e independiente que no reconoce solidaridad con ninguno de los partidos del pasado." [18] Esa ruptura se hace más explícita luego: "El Club Radical —reza el programa— condena y rechaza la fusión o amalgama con partidos o elementos personales de ideas y aspiraciones de las suyas propias, fundando su fuerza moral en el presente y sus esperanzas de fuerza material para el futuro en la estrecha uniformidad de los principios y propósitos que forman el vínculo inquebrantable de la asociación." [19] La novel agrupación preconiza, bajo su bandera, la más amplia tolerancia como base primaria de la convivencia cívica, abjurando de los gobiernos unilaterales y de su fórmula "gobernaré con mi partido y para mi partido".

En el aspecto doctrinario, el programa de principios del *Club Radical* supera sin duda, por su concisión y rigor, al del *Club Libertad.* Establece la teoría de los derechos individuales bajo la forma de libertad de prensa, libertad de reunión y asociación, libertad de sufragio y seguridad individual como premisas ineludibles para el ejercicio pleno de la vida política; proclama el principio de la igualdad ante la ley, ya del individuo o bien del ciudadano, en sus respectivas vinculaciones con el Estado.

Para el logro práctico de estos propósitos prevé la reforma constitucional que permitirá "restablecer el imperio absoluto de la igualdad y de asegurar el más amplio goce de las libertades sociales a todos los habitantes del estado". Consigna asimismo, en el orden de las realizaciones materiales, una serie de aspiraciones que vienen a concretar las necesidades más urgentes por que atraviesa el país luego de la devastadora guerra civil y el consiguiente quebranto de la hacienda.

En filas del partido del Cerrito iba a operarse asimismo, luego de la Paz de Abril, un movimiento de opinión tendiente a encauzar al Partido Blanco en la senda de los principios. No obstante, antes de la pacificación, menudearon las tentativas de trocar la divisa tradicional por una bandera doctrinaria. [20]

Durante la contienda del 70, desde la imprenta volante del ejército rebelde, el periódico *La Revolución* anticipa el surgir del nacionalismo. Con el cese de las hostilidades esa expresión principista es asumida por el diario *La Democracia,* a partir del 1º de junio de 1872. En su primer número se inscribe la profesión de fe política de la nueva fracción blanca, que funda el *Club Nacionalista.* Bajo su proposición "paz y libertad electoral" esboza los principios de la futura organización institucional. En tal entendido condena a los partidos exclusivistas, reclama la reforma de la Constitución y de la ley electoral y preconiza la descentralización administrativa.

"En la lucha electoral en que vamos a entrar —advertía *La Democracia*— los partidos deben buscar su bandera fuera de las terribles peripecias revolucionarias que dejamos muy atrás, para ofrecer a la nación, otras perspectivas que sus agitaciones y su continua inseguridad, que es la única que representaría en el presente una tradición más o menos gloriosa pero ligada siempre a los hombres y a antiguas divisiones. El pasado debe ser relegado al jui-

cio tranquilo de la historia... El Partido Nacional, congregándose bajo la invocación del espíritu democrático, fiel a su lema, ha aceptado la paz como una condición de vida para la nacionalidad y se propone aunar y combinar los esfuerzos para salir de la crisis que atravesamos... El Partido Nacional ha reconocido y reconoce que el hecho accidental de la paz sería sólo una tregua si se hiciese esperar la solución radical de los problemas que esterilizan y conmueven nuestra existencia. Iluminado por esa verdad se propone pugnar por todos los medios legítimos, por las conquistas liberales que han de dignificar a los hombres y a los partidos abriéndose otro campo de acción... Nuestros extravíos y desórdenes no son exclusivamente la obra de los hombres. Emanan en mucha parte de los profundos vicios de la organización social y política. Trabajar por suprimirla, por levantar a la república de su postración en el interior y exterior es el programa de *La Democracia*." [21]

La exposición de principios que encierra el manifiesto del 7 de julio de 1872, patentiza las divergencias entre la fracción popular y la minoría doctrinaria: "El Club Nacional de Montevideo levanta como bandera electoral para los próximos comicios y como nimbo de unión entre sus correligionarios políticos la siguiente declaración de principios y propósitos a cuyo triunfo consagrará sus esfuerzos. El Club Nacional admite como un principio fundamental de libertad y de justicia la coexistencia de los partidos... no condena ni glorifica los partidos del pasado... y condena todo esfuerzo que tienda a la organización o perpetuación de partidos o bandos personales, de partidos exclusivistas y tiránicos que renovarán las calamidades de otras épocas poniendo en peligro las conquistas a caro precio alcanzadas, en favor de la libertad y del orden." [22]

Tal el espíritu contemporizador con que el nacionalismo enfrenta a los demás partidos, "sin odios ni exclusiones", al punto de proclamar la prescindencia de todo color político en la elección de los candidatos a los cargos de gobierno, inclusive la primera magistratura del país.

A mitad de camino entre la Paz de Abril y las elecciones de noviembre del 72, los partidos orientales, librados al impulso vivificante del combate cívico se empeñan en una fecunda obra de regeneración.

Aludiendo a ese proceso de cambio, y midiendo sus perspectivas, *El Siglo* observaba: "...este país se encuentra a nuestro juicio al principio de la evolución histórica verificada ya en Chile y en la República Argentina. Se ha iniciado la transición del período de las guerras civiles, con su séquito obligado de caudillos, partidos personales, y divisas, al período de reconstrucción política y administrativa. En tal situación nos explicamos perfectamente el trabajo de descomposición y transformación que se está elaborando en las entrañas de los partidos. Éstos han estado hasta ahora organizados para la lucha armada, porque la guerra civil constituía la trama de la vida política. La intransigencia, no en los principios, que esa intransigencia no es más que probidad política, la intransigencia con las *personas* que militaban en opuestas filas era la primera virtud del partidario porque los partidos eran legiones armadas, porque los correligionarios eran camaradas de campamento; porque los adversarios eran los *enemigos;* porque el lazo de la unión entre los partidarios no era el programa de sus ideas sino el color de su divisa." [23]

La pregonada renovación ideológica se cumplió desde los clubes principistas eludiendo expresamente el lema filiatorio que los confundiese con las antiguas divisas. El contenido de los tres programas no presenta diferencias capitales. No obstante, y más allá de las proposiciones teóricas, la fuerza de los hechos otorgó a cada agrupación, un contorno peculiar que resultaba de las fórmulas efectivas que las distintas fracciones adoptaban para llevar a la práctica sus supuestos doctrinarios.

Sin duda, el partido radical se resentirá en mayor grado en su encaje con la realidad. Su programa principista, concebido con arreglo a un penetrante análisis histórico de nuestros partidos, es incompatible sin embargo con nuestra idiosincrasia política. Al margen de las *elites* ilustradas, las masas populares de la ciudad o la campaña no conocen otra alternativa que las divisas tradicionales cediendo así a arraigadas convicciones o a la coacción del más fuerte.

El *Club Radical* se traza una meta utópica al proponer la regeneración de la vida política al margen de los partidos existentes.

Julio Herrera y Obes, enfrentando a José Pedro Varela, correligionario de principios, le reprocha su despego de la realidad denunciando la esterilidad de aquellos esfuerzos: "Y ese es justamente el cargo que yo hago a los radicales, que profesando unos mismos principios y persiguiendo unos mismos fines, hayan raleado sus filas por la desercion, debilitando nuestras fuerzas sin aprovechar las suyas, robusteciendo así indirectamente el partido personal y retardando la obra patriótica de reconstrucción política y social que elaborábamos juntos y que juntos habríamos apresurado y tal

vez si no consumado estaba ya a punto de consumarse. Si es necesario transformar y disolver los partidos, es necesario que esa transformación se opere dentro de los partidos mismos por el roce silencioso del tiempo y de las ideas. Empezar por segregarse de los partidos para dirigirlos; empezar por declararse sus enemigos para exigir después obediencia y respeto es una pretensión insensata. Esta es la gran diferencia que hay entre los radicales y los conservadores. Los unos están en las nubes, mientras que los otros están en el camino práctico." [24]

Anotando el mismo vicio de inadecuación que señalara Julio Herrera, Agustín de Vedia salía al paso del idealismo radical con prudente advertencia: "La bandera que nosotros hemos enarbolado en la prensa es precisamente la condenación del tradicionalismo histórico que se ha pretendido imponer a los partidos; a su sombra han podido y pueden agruparse, con absoluta prescindencia del pasado, todos los elementos liberales y progresistas... no les exigimos ni tenemos derecho a exigir a los ciudadanos una retractación de sus antiguas opiniones, o una condenación del pasado en que han militado tal vez con un propósito sano y patriótico. Deseamos simplemente que se asocien a nosotros en la obra del bien presente y en el trabajo fecundo del porvenir y es aquí solamente donde diferimos con el Club Radical.... No podemos aceptar ese juicio severo y fulminante de los partidos orientales que se desata en el manifiesto del Club Radical..." [25]

Por tales razones, y mejor avenido con la realidad del país, el *Club Nacional* no condenaba los partidos tradicionales sino "que relegaba el pasado al juicio sereno de la historia". Dentro de las filas de su propio partido el nacionalismo se propone llevar a cabo su obra constructiva, tomando del pasado el caudal de experiencia necesario para la obra del porvenir.

La fracción colorada principista, dirigida por José Pedro Ramírez, se avino a integrar el *Club Radical* aceptando, en principio, una alianza de hecho con el elemento personalista. Se entiende así propender a la evolución del partido, y, ante todo, cerrar el paso a los blancos en las elecciones de noviembre. Definiendo sus puntos de vista, decía *El Siglo*: "Nuestra tarea no es sólo de propaganda, sino de acción. Mientras predicamos lo que entendemos por la verdad y el bien, luchamos en los clubes y en las urnas para *triunfar de los blancos* y para someter los elementos reaccionarios y disolventes de nuestro partido al culto sincero de nuestros grandes principios políticos." [26]

Cabe consignar que el núcleo "conservador" del *Club Libertad* mantiene, sin proclamar un lema tradicionalista, un marcado apego a las tradiciones de su partido, pues en ellas encarna el origen y la esencia de los principios liberales que sustenta. "Nos llamamos liberales —manifestaba *El Siglo*— sin tener inconveniente en declarar que somos los antiguos colorados." [27] En la línea del partido de la Defensa, y confiando en su auspiciosa gestión futura, promueven los conservadores una política exclusivista, proponiéndose elegir a sus candidatos dentro del coloradismo, en marcado contraste con los restantes grupos principistas que, a esos fines, postulan prescindencia de banderas.

El manifiesto del presidente Tomás Gomensoro prologa el 19 de julio de 1872 la intensa campaña electoral. El gobierno provisorio prometía ser garantía de orden y legalidad y parecía encaminado a observar una estricta neutralidad en los comicios: "...mi gobierno —declaraba Gomensoro— garantirá a todos la libre emisión del pensamiento, la libertad de reunión y todos los trabajos lícitos que tiendan al convencimiento y no a la violencia y al fraude. Cuanto más difícil es una situación, tanto más eficaces son los principios para salvarla... tengamos fe en la eficacia de la verdad de las instituciones, en los principios liberales con que se han salvado otros pueblos y en la tolerancia por las opiniones de todos." [28]

No obstante, luego del cierre del Registro Cívico en el curso de cuya confección *La Democracia* había denunciado algunas irregularidades, comienzan a sucederse, junto con las tachas, las protestas de la prensa nacionalista sobre la inscripción fraudulenta que se cumplía ante la indiferencia o el amparo oficial.

Frente a las primeras denuncias, el principismo colorado, sopesando los reclamos de *La República* y *La Democracia*, admitía la irregularidad del proceso pre-electoral. "Demasiado sabemos —confesaba *El Siglo*— que hoy es absolutamente imposible la realización de un ideal perfecto de verdad y legalidad a que aspiramos... por qué milagro habría de convertirse repentinamente la lucha armada de que apenas hemos salido en escuela de vida democrática? No pidamos a los hombres y a las cosas más de lo posible... Trabajemos sin descanso para aproximarnos cuanto sea posible... Pero si descubrimos en la obra que hemos emprendido defectos que de antemano nos decía la sana razón que no podían dejar de aparecer en el crítico período que atravesamos, no cometamos la insensatez de retroceder y empezar de nuevo la obra... en el pueril empeño de llevar a cabo una obra perfecta... no sembre-

mos de nuevo la ola de la guerra civil, arrancando de cuajo la semilla de la paz que a costa de tantas fatigas estamos sembrando..." [29]

Pero el malestar acrece con la proliferación de denuncias sobre ilegalidades cometidas en el interior del país, sin que a ello obste el celo desplegado por el diligente ministro de Relaciones Exteriores doctor Julio Herrera y Obes. A fines de setiembre hace crisis el enrarecido clima preelectoral: desoídas las protestas de los dirigentes radicales y nacionalistas, la Comisión Directiva del *Club Nacional* de Montevideo convoca a una reunión en la Barraca de Irigaray para encarar la actitud a asumir frente a los abusos en tachas e inscripciones del Registro Cívico.

El Manifiesto del *Club Nacional* del 6 de octubre definía así la situación: "...el Partido Nacional ve defraudadas en estos momentos sus esperanzas, y retardada la realización de los grandes propósitos con que emprendió la lucha electoral. En momentos tan supremos como los presentes, cúmplenos conservar inalterable el depósito de nuestras creencias y estrecharnos en torno a la bandera de los principios que hemos proclamado y sostenido... Cúmplenos dar un alto ejemplo de abnegación y de civismo conservando la templanza y moderación que son el más fuerte escudo de los partidos de principios... Es ésa la más noble ofrenda que podemos deponer en los altares de la patria.' [30]

De ese modo se anticipaba la abstención electoral decretada oficialmente por la comisión directiva del *Club Nacional* el 9 de noviembre. La propaganda de *La Democracia* en los días subsiguientes se centra en torno a este epígrafe: "La abstención es un deber porque es un deber dejar solos a los que cometen un acto oprobioso, cuando no se tienen los medios para impedir su realización." [31]

Como resultado de este accidente político, se rompe el equilibrio —en cierto modo precario— que mantenía en aparente cohesión a las dispares figuras del *Club Libertad*. La eliminación virtual de un sector del tradicional adversario venía a abreviar una etapa en función de la cual se habían gestado los acuerdos colorados. La fracción colorada neta decide entonces desprenderse del lastre principista para copar las urnas con sus propios elementos.

José Pedro Varela —ex-colorado y, en razón de la abstención también decretada por su partido, mero observador de los hechos— previó la inevitable crisis del *Club Libertad*:

"Resuelta la completa abstención del partido blanco, alejados temporal y definitivamente del campo electoral todos los elementos neutrales... dueño absoluto el Partido Colorado del terreno de la acción, estamos bajo el imperio de la más violenta anarquía. Fracciones antagónicas e inconciliables son las que constituyen ese partido, pero como resultado natural de la situación insostenible en que se encuentra desde que empezó la lucha electoral, hoy esas mismas fracciones se dividen y subdividen hasta lo infinito. No hay dos opiniones conformes: no hay un solo centro político que tenga alguna constancia y que sea capaz de dominar el desborde de la anarquía. Desde los más austeros principistas hasta los más reaccionarios y más personales, todos los elementos constitutivos de lo que se llama el Partido Colorado levantaron por única bandera al iniciarse la lucha electoral la de «guerra al partido blanco». Todos sus esfuerzos, todas sus aspiraciones, se reducen a vencer al tradicional adversario. Vencido éste, alejado del campo electoral, el vínculo de unión del Partido Colorado desaparece... Vuelven a formar entonces en campos opuestos las facciones antagónicas que realizaron la fusión inmoral... Pero no en balde en la prensa, en los clubes, en los cafés, en las reuniones privadas, en todas partes, se ha sostenido a capa y espada que no había tales disidencias... no en balde se ha tenido como bandera el programa del Club Libertad que, vago e indeciso, dejaba a cada uno la facultad de interpretarlo a su antojo... Se unieron para vencer a los blancos, sin preocuparse de los medios... [Obtenido el triunfo con la abstención del partido nacionalista]... Llega ahora el momento de cumplir la parte secundaria del programa del Club Libertad, llevar a la representación nacional a los hombres más inteligentes y más honorables... Pero ahí muere la decantada unión y empieza la anarquía... ¿Cuáles son los hombres más inteligentes y más honorables del Partido Colorado? No se entienden siquiera el doctor José Pedro Ramírez y Pedro Bustamante, y eso solo muestra a la evidencia hasta dónde es profunda la anarquía..." [32]

El cisma era ya inevitable cuando nuevos hechos fundamentaron los temores de Varela. El coronel Pagola, jefe político de la capital, procedía a incautarse de unas mil balotas de sus subordinados, poniendo así en tela de juicio las garantías ofrecidas por el presidente de la república. Las renovadas promesas de Gomensoro, deslucidas ante su indecisa actitud frente a Pagola, motivan la enérgica renuncia del doctor Julio Herrera y Obes, quien, al abandonar la cartera de Relaciones Exteriores, denunciaba el dirigismo electoral desembozado del gobierno. [33]

Pese al malestar que anunciaba la inminente ruptura, ambas fracciones prosiguen discutiendo en torno a la confección de las listas, en cuya instancia sobrevendrá la escisión definitiva. En aquellas febriles jornadas de noviembre, la baraja de nombres y candidatos fue dispuesta en toda la gama de sus posibles combinaciones.

Algunos elementos colorados, ante el desconocimiento de los principios del programa del *Club Libertad* que involucraban esos malabarismos de última hora, se apartaron de la agrupación ante la evidencia del desacuerdo. Uno de ellos, el doctor Pedro Bustamante, principista de nota, decía en su carta renuncia a la comisión directiva del *Club Libertad*: "La unión del partido real y positivamente no existe ni existirá jamás... al separarme del Club Libertad no es mi propósito abstenerme sino antes que nada llevar mi pobre concurso individual a otro centro electoral, si es que todavía quedan entre nosotros una docena de ciudadanos dispuestos a luchar por el bien y a no dejarse imponer o dominar por los que en realidad no son los más sino los más audaces y gritones." [34] Bonifacio Martínez, asimismo desafecto a la lista que aceptara José Pedro Ramírez, adopta idéntica actitud que el doctor Pedro Bustamante.

La carta contestación de Ramírez a Martínez es un valioso documento que sienta —frente al problema electoral— la tesitura del grupo más pujante de las filas principistas coloradas. En rigor, Ramírez entiende que el único modo de cerrar el paso a los elementos personalistas es concurrir a las urnas con listas mixtas, dadas las concesiones que la necesidad impone. "Creo tener —declara Ramírez— tanto o más culto a los principios que usted y que el doctor Bustamante, y no he creído prevaricar aceptando... [las listas mixtas] en todas partes los ciudadanos más austeros y más intransigentes llegado el momento de la acción, sea ella militar o pacífica, pero acción al fin, han aceptado elementos que no representaban la más completa austeridad y la más alta ilustración a condición de asegurar el éxito de la lucha y de no desnaturalizar en su esencia los propósitos del centro político a que pertenecen. Con más razón estaban obligados a proceder así los que habían definido nuestra actitud por el hecho de organizar el *Club Libertad* en las condiciones que arrancaron una seria protesta del doctor José María Muñoz y que usted y Bustamante no aprobaron sin duda cuando continuaron perteneciendo al club y formaron parte de su comisión directiva... Cuando aceptábamos formar parte de una comisión directiva en la que usted y yo y los hombres de nuestras afinidades y propósitos están en una insignificante minoría, podría aspirar a otra cosa que a constituir en la cámara una mayoría ilustrada, inteligente y honorable?... Los partidos que luchan con su organización de partido y aspiran a presentarse unidos en la lucha, tienen necesariamente que hacer concesiones a las exigencias de círculo y a la veleidad de opiniones. En los movimientos populares y en la acción política no se puede proceder con el perfecto criterio con que una academia de sabios juzga las aptitudes y los méritos de los diversos candidatos que se le proponen para ingresar en su seno"... [35]

En víspera de la reunión del *Club Libertad* en el Teatro San Felipe, José Pedro Ramírez insistía en su prédica principista tratando de acallar recelos y evitar nuevas deserciones. "Hemos sostenido siempre —decía— que el Partido Colorado y el Partido Liberal eran sinónimos.. La calificación de liberal significaba la bandera política, el programa y los principios del partido... el color de la divisa no constituye doctrina, no puede ser el único lazo de una asociación política..." El diario exhortaba a la calma en medio de aquella confusión de opiniones e intereses y ahora, a su turno, también se aferraba a un precario equilibrio de fuerzas que se deshacía ante el reclamo de las ambiciones personales.

En la reunión del Teatro San Felipe, José Pedro Ramírez juega, aún a triunfo, su última carta electoral. Tiene la convicción de que el único medio de obtener la consagración del principismo dentro del Partido Colorado reside en la confección de una lista mixta; ésa fue, por otra parte, la línea de conducta que se trazó desde el primer momento, como única solución viable: "En política —decía— los hechos se toman como son, no como deberían ser; se busca el bien posible, no el bien absoluto... con una lista de candidatos todos intachables, todos ilustrados, era una utopía el triunfo decisivo sobre los elementos personales, obtenido en un día, desde que ese triunfo tan completo sólo puede ser fruto de algunos años de lucha, de la marcha progresiva de las ideas, del trabajo pausado de la propaganda." [36] Consecuentemente, la asamblea del *Club Libertad*, compuesta por setecientos ciudadanos, sancionó una lista integrada por una mayoría principista, aunque presidida por José Cándido Bustamante, colorado neto. [37]

Pese a su encabezamiento, la lista implicaba un triunfo principista por cuya razón los netos, que contaban con holgada superioridad

en la masa colorada, no podían aceptarlo. José Cándido Bustamante es el primero en renunciar. Le siguen Paullier y Magariños Cervantes, mientras que en las reuniones de los cafés y en las tertulias partidarias se comentaba que la pretendida lista mixta respondía a una combinación de signo principista.[38] El 22 de noviembre el cisma del *Club Libertad* estaba, de hecho, consumado. Los elementos netos disidentes habían resuelto la confección de una nueva lista, con arreglo a sus privativos intereses. "La división de los círculos se dibuja más que nunca pronunciada... El cisma provocado tiende a acentuar más y más la división del Partido Colorado"... escribe José Pedro Ramírez en *El Siglo* del día 23,[39] reiterando en última instancia su llamado a la unión colorada: "Es tiempo ya que de una vez por todas se declare pública y solemnemente si el Partido Colorado es una colectividad política con principios, tradiciones y propósitos comunes, o si el programa por todos aceptado es una bandera bajo la cual se abrigan adversarios irreconciliables... El tiempo apremia y cada hora que pasa agrava la situación."[40] Pero ya era demasiado tarde. El periódico conservador hace pública la renuncia de José Cándido Bustamante al *Club Libertad*, fundamentada en que "la lista de diputados aprobada en el San Felipe era el resultado de la combinación de un círculo". Con la renuncia circula una proclama dirigida por los netos disidentes del *Club Libertad*: José Cándido Bustamante, Pedro J. Varela, Juan J. Costa, Federico Paullier, Francisco Laviña y otros [..] en la que después de exaltar las tradiciones y glorias militares del Partido Colorado, invitaban para una reunión en la Cancha de Valentín a efectuarse el propio día 23 a las 3 de la tarde. El resultado fue la confección de una nueva lista de candidatos encabezada por José Cándido Bustamante y Pedro Varela, que en su gran mayoría respondía a los reclamos de la fracción neta.

Para la comisión directiva del *Club Libertad*, parcialmente desintegrada por las sucesivas renuncias de principistas y netos, a escasas horas del acto eleccionario, era imposible reestructurar la lista aprobada el 20, lo cual venía a significar que los elementos principistas al concurrir solos a las urnas, sufrirían una aplastante derrota electoral. Frente a semejante eventualidad, dicha comisión publicó un manifiesto, aparecido en la mañana del domingo 24 de noviembre, en el que aconsejaba la abstención. "La coalición que a última hora se realizó entre fracciones diversas del Partido Colorado no puede resistirse con trabajos improvisados en 24 horas... y la comisión directiva inspirándose en los sentimientos más elevados... ha resuelto suspender los trabajos emprendidos y aconseja a sus correligionarios que se abstengan de concurrir a las urnas con la lista que el Club Libertad había proclamado..."[41]

Con acentuada frialdad se cumplió el acto electoral en la capital de la república. *El Siglo* anotaba que habían sido muy considerables las abstenciones y que sólo un reducido número de ciudadanos acudieron a emitir su voto: "Se abstuvieron de votar en Montevideo los principistas, los blancos y los radicales, sólo votaron, pues, los colorados netos y los partidarios del gobierno".[42] Censuraba, por otra parte, "la influencia directriz del gobierno, que se ha hecho sentir en la formación de la lista que ha obtenido la mayoría confeccionada en virtud de una transacción de última hora entre los elementos oficiales y los colorados netos."[43] Algunos elementos principistas de la comisión directiva del *Club Libertad* se prestaron a la transacción con los netos y, en consecuencia, fueron incluidos a última hora en la lista triunfante, entre otros, los nombres de Julio Herrera y Obes, Pedro Bustamante y Juan Carlos Blanco.

Al cabo de los tres días que mediaban entre la reunión del Teatro San Felipe y la de la Cancha de Valentín, los términos de la ecuación electoral se habían invertido: el núcleo principista –mayoría en la lista del día 20– pasaba a ser minoría en la del 23. En verdad, pese a los denodados esfuerzos de José Pedro Ramírez, la disparidad de fuerzas entre ambas fracciones venía a imponer esa solución de último momento. Los guarismos electorales, a despecho de los trabajos del doctor Ramírez, denunciaban la derrota –al menos en la capital– del último baluarte del principismo. Consecuentemente, el doctor Ramírez, amargamente aleccionado, decide retirarse de la vida política y renuncia a la dirección de *El Siglo*, admitiendo expresamente los cargos que se le habían venido imputando: "El resultado de la lucha electoral con sus episodios que son del dominio público, me imponen el deber de retirarme de la escena política, empezando por separarme de la prensa periódica. Reconozco que son justas la mayor parte de los cargos que se me hacen y renuncio a levantar aun los que no lo sean. Mis amigos políticos y sobre todo la noble juventud de Montevideo, necesitan de otro publicista en la prensa y de otro ciudadano en los trabajos de la política militante para realizar sus altos y patrióticos propósitos. Yo me he gastado y me he quebra-

do en la lucha y no puedo ya responder a sus generosos esfuerzos en bien de la patria. Por fin, en medio de la derrota vergonzosa que hemos sufrido, y en la cual me asigno la peor parte, sólo aspiro a que se reconozca la sinceridad de mis intenciones: única cosa que estoy dispuesto a defender." [44]

Al aceptar la renuncia del doctor Ramírez, *El Siglo* reafirmaba su tesitura principista: "El doctor Ramírez reconoce lisa y llanamente, sin ambajes ni subterfugios, que se ha equivocado. En consecuencia, se siente quebrado y gastado para continuar la lucha en que ha perseverado por diez años... En cuanto a *El Siglo,* seguirá siendo lo que ha sido; seguirá defendiendo los principios que ha defendido. Afirmará la bandera que las últimas oscilaciones de estos días empezaban a hacer vacilar y será siempre un instrumento de propaganda puesto al servicio de la libertad y de las instituciones." [45] La dirección del diario fue entonces asumida por Julio Herrera y Obes y Jacinto Albistur, incorporándose a la redacción política el joven Pablo De María, flamante egresado de las aulas universitarias. [46]

En verdad, el fracaso que pregonaba Ramírez —magnificando sin duda su propia derrota personal— no privó al principismo de una indiscutible victoria. Si bien los comicios no otorgaban una mayoría absoluta a las fracciones principistas, la lista colorada mixta de Montevideo, los nutridos votos del nacionalismo, (que, desoyendo la abstención, gana ventajas en San José, Canelones, Florida y Cerro Largo) y los triunfos parciales del Partido Conservador en otros departamentos, permitieron el acceso de la *elite* doctrinaria a la legislatura de 1873.

Paralelamente a la campaña electoral de noviembre, ya se barajaban en el año 1872 nombres y posibilidades para la futura presidencia de la república.

El doctor José María Muñoz era en rigor —por su filiación política, sus condiciones personales y su limpia ejecutoria cívica— unánime candidato de los partidos de principios. Ausente quince años del país al que se reincorpora luego de la paz de abril, al promediar el año 72, el doctor Muñoz descolla en la nómina de posibles aspirantes presidenciales. Su sonada renuncia a la comisión directiva del *Club Libertad* y su rígida intransigencia con el personalismo contribuyeron a acrecentar su prestigio en filas principistas. [47]

Don Tomás Gomensoro, por su parte, según la opinión pública aspiraba a la primera magistratura. Sin embargo, su actitud frente a los grupos colorados y su plataforma electoral, eran aún indefinidas al promediar el mes de octubre. No se sabía a ciencia cierta si sería sostenido por los colorados netos o por los principistas conservadores, pero aunque Gomensoro carecía en el consenso general del arraigo del doctor Muñoz, su candidatura, en razón de la jerarquía oficial del cargo que desempeñaba disponía de posibilidades de triunfo. [48]

Alternativamente, en el coloradismo neto se insinuaban asimismo los nombres de Pedro Varela, Fernando Torres y José Claudio Bustamante, que sin duda aguardaban la decisión de Gomensoro para concretar o deponer sus pretensiones.

El partido blanco no presentaba candidato propio. Obviamente sus posibilidades eran menores y en la hora de las definiciones sus representantes eligirían entre los nombres en juego.

El principismo conservador, si bien no oculta desde *El Siglo* su preferencia por el doctor Muñoz, demora ostensiblemente la proclamación de su candidato presidencial. Es factible suponer que su deliberada dilación obedecía a una hábil estrategia: al no pronunciarse en forma expresa por el doctor Muñoz, o bien, no excluyendo de plano a Gomensoro, podía atenuarse la influencia de la máquina oficial en favor del coloradismo tradicional.

A comienzos de noviembre Gomensoro, cerrando expectativas, toma partido por la fracción neta y con él se vuelca la decisiva gravitación del oficialismo. "Candidatura de fraude, de coacción y de violencia", como la calificará el órgano radical, ella despierta y enciende los encontrados intereses que se agrupan en torno al debatido problema presidencial.

Desde el diario *La Paz*, el radicalismo levanta frente a la candidatura *candombera* la bandera principista que simboliza el doctor José María Muñoz. [49]

"La candidatura nacional del doctor Muñoz" —tal la había proclamado el diario de Varela— venía a sancionar la tácita elección de las otras fracciones doctrinarias. El pronunciamiento de Gomensoro aumentó los recelos que inspiraba a los nacionalistas e hizo, de hecho, innecesaria la cautelosa expectativa que hasta entonces observara el principismo colorado. Así, pues, desde *La Democracia* se clamaba por un candidato nacional que gobernase fuera de los partidos, en momentos en que sólo el doctor Muñoz podía ofrecer esas garantías. En el mes de febrero de 1873 el *Club* Nacional se pronuncia por Muñoz. [50] El Partido Conservador, por su parte, reclama "un

hombre de principios, honorable y enérgico para ocupar la primera magistratura y pulveriza la candidatura de Gomensoro y las eventuales de Pedro Varela, José Cándido Bustamante y Francisco A. Vidal.

La interrogante que margina el problema presidencial durante el período que antecede a la elección de marzo permite barajar las respectivas posibilidades. Por encima de todos los candidatos el doctor Muñoz es quien se sindica con mayores cartas de triunfo. Fuera de su influencia oficial, la candidatura Gomensoro parece el producto de una heterogénea combinación de fuerzas, montada por los elementos netos de ambos partidos para cerrar el paso al candidato principista.

La popularidad de Muñoz es sometida a prueba en una manifestación programada en su homenaje y como adhesión a su "candidatura nacional" para el 27 de febrero en la Plaza Constitución. El caluroso apoyo que en la ocasión se le tributó vino a consolidar la esperanza en las crecidas posibilidades que se ofrecían de su triunfo inmediato. [51]

Entre la nómina de candidatos accesorios —Andrés Lamas, Manuel Herrera y Obes— también figuraba el doctor José E. Ellauri, quien por su moderación representaba —dentro del Partido Colorado— un temperamento equidistante entre Gomensoro y Muñoz. A cierta altura había sido bandera de los *candomberos* (netos), antes que se pronunciasen por Gomensoro; ahora, sus fluctuantes posibilidades contaban con un corto número de electores adictos y con la propaganda de *El Siglo*, que prohijaba alternativamente su nombre junto al de José María Muñoz en una hábil especulación que sin duda le favorecía. "Muñoz o Ellauri. Ellauri o Muñoz" era la proclama de *El Siglo*, con lo que, sin abandonar a su candidato favorito —Muñoz— se atraía al grupo de Ellauri y a los representantes indecisos, a quienes se ofrecía así una doble posibilidad de votar contra los netos.

La víspera de la elección presidencial la situación parecía ser la siguiente: la candidatura Gomensoro, auspiciada por las fracciones netas coloradas y blancas, también, por imperio de circunstancias, representaba la oposición al principismo y a su ostensible candidato. El doctor Muñoz, unánimemente apoyado por los conservadores (mera estrategia es la proclamación de Ellauri por *El Siglo*) y los nacionalistas es, en apariencia, el inminente triunfador. El doctor Ellauri, que resistía su proclamación y no aspiraba a gobernar, era sostenido por siete electores adictos subsidiariamente —como último recurso frente a Gomensoro— por los elementos del principismo colorado.

No obstante, en el momento de proceder a la primera votación en la asamblea, Gomensoro contó con veintitrés electores, diecinueve Muñoz y siete Ellauri. Los *candomberos*, seguros de no conseguir el triunfo de Gomensoro, deciden consumar la derrota de Muñoz trocando su candidato por Ellauri; así alcanza éste la mayoría necesaria y resulta electo, inopinadamente, por treinta votos contra diecinueve. [52]

El primer sorprendido parece haber sido el propio Ellauri, que no deseaba ni esperaba semejante derivación. En consecuencia, convencido de que su elección no provenía de una voluntad mayoritaria expresa, sino de la imposibilidad de elegir a otro candidato, previendo falta de apoyo en la Asamblea y en la opinión, presenta su renuncia espontánea el 1º de marzo. [53] Luego, ante el asedio insistente de una comisión delegada por la Asamblea, acepta el retiro de la renuncia a cambio de su confianza.

Pero el panorama seguía siendo confuso. Los conservadores aceptaban a Ellauri a regañadientes y veían, con decepción mal disimulada, la derrota de Muñoz consumada por los *candomberos*. Los nacionalistas, fieles a su candidato, desde *La Democracia* repudian en Ellauri a su tradición de partido y al elemento colorado neto que lo consagraba. Por su parte, los radicales, con idénticos motivos, lanzaban desde *La Paz* su fogoso anatema contra el nuevo gobernante.

Ante la situación insistentemente adversa, eleva Ellauri por segunda vez su renuncia al sentir que a su alrededor se formaba —según su propia expresión— "un peligroso vacío". Suceden entonces el desconcierto y el malestar, y ante el grave riesgo que vuelve a plantear dicha renuncia se reiteran desde diversos sectores las exhortaciones para que el presidente se reciba en su cargo. En estas circunstancias se produce en la Plaza Constitución un despliegue de fuerzas armadas con la evidente pretensión de impedir la renuncia presentada por el doctor Ellauri. Un nuevo rechazo recibe la negativa de Ellauri por parte de la Asamblea y el indeciso senador, compelido a gobernar, emite un manifiesto refiriendo las condiciones en que aceptó —en esta segunda instancia— la presidencia.

"Elevé pues, por segunda vez mi renuncia —declara Ellauri— y ella ha producido una nueva crisis política que ha alarmado a todos los ciudadanos bien intencionados por los peligros que deja entrever, y así como antes pude

comprender que me faltaba concurso de opinión, ahora tengo la franqueza de confesar que siento reaccionar la opinión en el sentido de mi permanencia en el puesto para el que fui elegido y que vuelvo a verme rodeado de la mayoría de los ciudadanos cuyo consejo y apoyo necesito. La gran mayoría de todos los ciudadanos, de todos los círculos políticos me rodea y me exige que retire la renuncia que había elevado y como me apercibo que en efecto podrían producirse sucesos graves de insistir en ella, he resuelto retirarla porque no me siento con bastante coraje para afrontar la responsabilidad de los males que pueden sobrevenir al país." [54]

Aquel insólito despliegue militar en la Plaza Constitución revestía, por su inequívoca intención coactiva, la gravedad de un hecho sin precedentes. "Desgraciadamente —observaba *El Siglo* en un balance de los acontecimientos— la intervención de la fuerza armada vino a agravar la situación. Los batallones, que deben estar sumisos siempre a la autoridad legal, exigieron que el presidente retirase su renuncia." Y agregaba: "Exigir con las armas en la mano un acto político del presidente de la república, es sublevarse contra la autoridad del mismo, es infringir la Constitución del Estado, que es ley suprema, y la ordenanza militar que es ley de ejército". [55] La Asamblea, lesionada en sus fueros, condena desde la bancada principista la asonada militar y pide la interpelación del ministro de Gobierno. [56] Por primera vez, el ejército de línea como expresión de la fuerza armada, surgía en actitud amenazadora en el escenario de la vida cívica.

Las censuras vertidas en la prensa y en la cámara revelaban los alcances del insólito suceso. El militarismo, que alcanzaría primacía a la vuelta del motín del 75, había asomado por primera vez el 2 de marzo de 1873. "El fin no justifica los medios —manifestaba *El Siglo*— y lo que hoy se hace con propósitos sanos, mañana puede emplearse con planes atentatorios y criminales. Aceptar el hecho producido el domingo, sería dejar sentado un precedente funestísimo." [57] Y el órgano principista, columbrando las posibles proyecciones del hecho, envolvía en su observación una profética advertencia: "Ayer iban los batallones para obligar al presidente de la república a que continúe en su puesto. Mañana podrían ir a exigirle que renunciase a él. Emplear la fuerza armada en determinar soluciones políticas que comprenden a los poderes públicos es siempre peligroso." [58]

El flamante presidente de la república venía a resultar de tal modo el híbrido saldo de la puja entre las fracciones doctrinarias y netas. Si se miden las consecuencias de la elección, el panorama no podía ser más desalentador para el nuevo jefe del Ejecutivo. Ante los elementos netos el triunfo de Ellauri sólo venía a significar en verdad, la derrota de Muñoz; para los hombres de principios, Ellauri constituía el elevado precio pagado por la derrota de Gomensoro. Su tortuosa elección resulta, por ende, de la imposibilidad material de dirimir por sí —principistas y *candomberos*— el problema presidencial. En este vicio de origen reside su forzosa inoperancia futura. Poco podía prometer el nuevo presidente —investido bajo semejantes circunstancias— en una época en que aun primaba un cerrado exclusivismo de partido. Ellauri, al fin de cuentas, no representaba genuinamente ni al sector *candombero*, defraudado por la derrota de Gomensoro, ni al principismo en pleno, pese a la tibia adhesión que le tributara la fracción conservadora colorada.

Por fuerza de los hechos, los netos de ambas divisas saludaban desde su prensa el advenimiento de Ellauri como un triunfo de su causa, aunque cabe suponer que más bien festejaban la derrota de Muñoz. En filas principistas divergen las opiniones sobre el nuevo presidente. El grupo conservador de *El Siglo*, pese a su reticente frialdad inicial, saluda bien pronto en Ellauri el triunfo de los principios liberales sobre el personalismo y propone el apoyo incondicional al Ejecutivo como única garantía de las instituciones. [59]

El nacionalismo, sin embargo, defraudado en su candidato el doctor Muñoz, condena al presidente Ellauri por la fracción que representa y por el elemento que lo elevara a su cargo. Traduciendo la opinión nacionalista, Agustín de Vedia, años después y luego del destierro a La Habana, evocaría con estas palabras la elección de Ellauri: "Hay triunfos que abochornan como hay derrotas que dignifican".

Igualmente la menguada pero combativa fracción radical expresaba su desafección al presidente, en quien encarnaba la tradición de las divisas: "Hemos perdido una gran ocasión —decía el editorial de *La Paz* del 2 de marzo—, ha sufrido el país una inmensa derrota".

No obstante, eran dispares las apreciaciones sobre la situación y sobre la personalidad de Ellauri dentro de la comunidad radical, en cuyo seno las divergencias personales venían enturbiando su hora crepuscular. [60] Las discrepancias habían comenzado en el fragor de la campaña electoral del 72, con las disidencias

entre Carlos María Ramírez y José Pedro Varela. Ahora, dividido el partido luego de su abstención electoral, recibe su golpe de gracia con la derrota del candidato principista. Los agresivos editoriales de *La Paz* arreciaron en sus últimos días de existencia, contra el gobierno de Ellauri. "Puedo asegurarle desde ya —decía el director del periódico a José María Castellanos— que *La Paz*, cuyo título me pertenece exclusivamente y cuya dirección no estoy dispuesto a abandonar, no sostendrá el gobierno del doctor Ellauri pasando bajo las horcas caudinas de las farsas indignas que venimos presenciando hace tres días... trataré de demostrarle que las conveniencias verdaderas del país aconsejan combatir a los gobiernos que se elevan por medios ilícitos; que no es una cuestión de personas sino de principios fundamentales la que entraña la elección del 1º de marzo; que el doctor Ellauri simboliza la más absurda intransigencia, el más refinado egoísmo político y las ideas más estrechas." [61]

El 15 de marzo, *La Paz* se despedía de la prensa montevideana, epilogando su segunda y postrera época. Paladín del radicalismo que con un depurado programa doctrinario pretendió extinguir los partidos tradicionales que eran exacto reflejo de nuestra azarosa vida democrática, no logra sobrevivir a sus contradicciones y a una actitud de aislamiento intransigente que le impidió adecuar su militancia a las dimensiones de la realidad.

La escisión de los grupos principistas del tronco de los partidos tradicionales, había recorrido ya un largo camino entre la Paz de Abril y la elección de Ellauri. La prédica doctrinaria, fustigando sin descanso la acción de las fracciones personales, y la reestructuración de los partidos en 1872, puntualizaban ya las diferencias, que separaban a los nuevos antagonistas. Las ocasionales concesiones del principismo conservador dentro de filas coloradas no pasaron de combinaciones electorales de circunstancias. A comienzos de 1873, de regreso de su experiencia del *Club Libertad*, el diario doctrinario confesaba: "*El Siglo*, que en setiembre se esforzaba por mantener al Partido Colorado unido bajo la bandera de la libertad, convencido hoy por la experiencia de la imposibilidad de la empresa, rompe todo vínculo con las fracciones personales y tremola su bandera con profunda fe en que a la larga ha de vencer todas las resistencias y triunfar de todos los obstáculos:"

Ahondadas las diferencias luego de la elección de Ellauri, que en cierto modo consignaba la mutua derrota de principistas y netos en cuanto al fracaso de sus respectivos candidatos, se opera una definitiva ruptura entre ambas fracciones. La prensa principista, que tanto había contribuido a operar esa escisión, saludaba el hecho como índice auspicioso de nuestra evolución política: "No es cierto que en esta república la división de partidos sea entre blancos y colorados. Hoy se dividen los partidos en principistas y *candomberos* o en principistas y netos... La transformación de los partidos está consumada. Inútil es negarlo." [62]

El principismo, en efecto, había inculcado un renovado aliento de civismo en nuestra azarosa convivencia partidaria. Su filosofía política, rezumada del liberalismo constitucional y dinamizada por el ejemplo norteamericano, ha cuajado en un amplio programa de regeneración institucional, cuya temprana aplicación se ensaya bajo el gobierno de Ellauri, desde un régimen de amplia coexistencia partidaria. "Han cesado las estériles luchas de bandos y los combates que en nombre de intereses raquíticos veníamos presenciando desde hace cuarenta años —anota *El Siglo*— con mengua de la dignidad nacional y perjuicio de los intereses de la patria. Es otra lucha más civilizadora, es otro combate más noble y generoso el que se inicia: la lucha de la democracia —el combate en la tribuna parlamentaria...—. Hemos llegado felizmente a un resultado que hace algunos años nos hubiera parecido un sueño: a la constitución de una Asamblea verdaderamente nacional, porque es aceptada por el país entero, porque en ella todos los partidos están representados." [63]

En la Cámara de Representantes el principismo promoverá con el ejemplo la pregonada revolución espiritual. Allí se confundirán conservadores y nacionalistas en propósitos y aspiraciones comunes, así como más de una vez estrecharán filas blancos y colorados netos para enfrentar la coalición principista. "La fuerza de las ideas, la realización de sus aspiraciones llevadas a la práctica tenían necesariamente que operar esa descomposición química que hoy se verifica en el cuerpo legislativo separando en nuevas y distintas capas los elementos homogéneos de uno y otro partido". [64]

La experiencia legislativa deslumbró sin duda a los principistas del 73, empeñados en transformar las bases de nuestro comportamiento político. En el debate parlamentario se cifraba el alcance de las incipientes conquistas alcanzadas: "Comprobamos pues, con lo que sucede en el cuerpo legislativo, la era de transformación y de progreso en que han entrado los partidos políticos de nuestro país.

A las luchas armadas suceden las luchas de principios, a la razón brutal de la fuerza, la fuerza irresistible de la razón, a la prepotencia del sable, la omnipotencia de la palabra..." [65]

Al promediar el año 73 vuelven a movilizarse las fuerzas políticas que ahora concurrirán a las elecciones de senadores de noviembre. La lucha que se anuncia promete asumir, desde la prensa doctrinaria, el carácter de una ejemplar contienda cívica. En su transcurso, el principismo vuelve a saludar con optimismo renovado los síntomas del advenimiento de una nueva época: "Derrame la opinión por todas partes sus manifestaciones, sean la prensa, la tribuna, los comicios, las grandes válvulas que sirvan a expandir el espíritu público y entonces las aspiraciones encontradas de los centros públicos, no estando comprimidas, no estallarán como antes con estrépito. La lucha en el terreno tranquilo de la democracia, marca evidentemente para nuestro país el advenimiento de una nueva época. Son los viejos errores que se derrumban. Son las prácticas que han hecho su tiempo, cediendo su lugar a ideas más patrióticas, y a principios más nobles... Y ya nos parece oír a nuestros *hombres prácticos* llamarnos ilusos y tachando de paradojales nuestros juicios. Pero ¡cuidado! Los hechos han de demostrar, tarde o temprano, quiénes son los que sostienen la verdad y quiénes los que pagan tributo a vanas ilusiones." [66]

El acercamiento entre las fracciones principistas que realizan obra conjunta en la cámara se estrechó acentuadamente durante el período electoral. En verdad, luego que el partido conservador hubo acallado sus entusiasmos por la causa colorada y ante la identidad de miras con que junto a los nacionalistas apreciaban los problemas del país desde la prensa y la cámara, venía a consumarse —de hecho— un entendimiento tácito que mancomunaba a ambas tendencias doctrinarias bajo una amplia bandera principista. [67]

"Entre dos años"; éste es el título del editorial con que *El Siglo* saluda al año 1874 el 1º de enero. "El año que expira deja en los límites de la tumba como patrióticas ofrendas todos los abusos corregidos, todas las conquistas del progreso realizadas o consumadas en su transcurso. La arbitrariedad sustituida por el imperio de las instituciones, los gobiernos personales, producto de la violencia y de la fuerza, cediendo el puesto a los gobiernos de principios emanados de la voluntad nacional manifestada en el ejercicio del derecho de sufragio; el caudillaje prepotente abatido y derrotado en ambas orillas del Plata; las ideas de exclusivismo y de persecución que han sido la semilla de todas nuestras revoluciones y guerras civiles, dominadas por las ideas de tolerancia a todas las opiniones y de respeto a todos los derechos, y bajo su influencia los partidos enemigos coexistiendo al amparo de las instituciones y desarrollando armónicamente su actividad dentro de la esfera de su derecho sin choques violentos ni cataclismos políticos. El orden sustituyendo a la anarquía; la libertad al despotismo; la paz a la guerra civil. La libertad de la prensa, la libertad de reunión, la libertad de sufragic proscritas y perseguidas largo tiempo por los gobiernos despóticos, coronando el edificio de nuestras instituciones políticas y sociales." [68]

Una incipiente conciencia civilista se ha gestado al amparo e influjo de esa bandera cuya acción fecunda, más allá de la capital, ha prendido en el interior de la república, donde hasta ayer no existían más que blancos y colorados. "La idea ha formado una escuela: la escuela ha engendrado el partido. La idea que le dio vida continúa animándole y atrayendo a él nuevos prosélitos."

Así se operaba, paulatinamente, sin los renunciamientos utópicos que proponía el radicalismo, la transformación natural de los partidos tradicionales por aquel "roce silencioso del tiempo y las ideas" que anticipara Julio Herrera y Obes. "Los hombres escépticos y recalcitrantes al progreso de las ideas... nos decían cuando empezábamos a predicar estas ideas: «Ustedes se hacen ilusiones, no ven las cosas como son en sí; los hechos han de desvanecer ese castillo de naipes que están ustedes levantando. La transformación de los partidos tradicionales no existe sino en la fantasía de algunos visionarios de la capital. Vayan ustedes a la campaña y verán que allí no hay principistas, nacionalistas, ni conservadores; hay blancos y colorados como los ha habido toda la vida, nada más.» Callamos entonces y esperamos... Lo único que dijimos fue: «Estamos persuadidos de que las elecciones no se van a reñir como ustedes creen entre blancos y colorados; sino entre principistas, y llamen ustedes como mejor les cuadre a los adversarios de principios»... Han venido las elecciones y los hechos han confirmado plenamente... nuestras previsiones. No han sido las divisas de la guerra la bandera de la lucha. Ésta se ha empeñado en un nuevo terreno... Hoy han sido las luchas entre las tradiciones y los hábitos del pasado y la necesidad y aspiraciones del presente. No se han presentado aún los candidatos —como se presentarán un día— llevando en la mano su pro-

grama político, claro y definido. Acabamos de salir de la guerra civil. Han aparecido ya los elementos del nuevo período que se inicia, pero aún la situación está en embrión... el resultado de las elecciones ha demostrado que no es sólo en la comunidad de principios y de doctrinas. Ése es el verdadero lazo, el único vínculo, lo que forma y mantiene homogéneos y compactos los partidos. Fuera de ahí no hay más que intereses personales..." [69]

El ejemplo de los comicios de noviembre del 73 era evidente, y el triunfo ideológico que el principismo se atribuía resultaba incuestionable. Se estaba en el camino más recto hacia los gobiernos emanados de la voluntad nacional mediante el ejercicio del derecho de sufragio.

Si bien la pregonada evolución no había jalonado todo el camino que le asignaba el vehemente entusiasmo del órgano principista, el año 73 marcaba una etapa de fecundo aprendizaje civilista: "Las elecciones que eran no hace mucho la acción de guerra o un simple movimiento militar dirigido por la voluntad omnipotente de tal o cual caudillo, son hoy un acto pacífico de la vida democrática en que todos los ciudadanos y todos los partidos se disponen a ejercer un derecho con arreglo a su conciencia libre... Prensa libre que ilustra la opinión discutiendo todos los candidatos; coexistencia pacífica de todos los partidos y participación de todos ellos en los trabajos electorales... todo ello es un triunfo, un gran triunfo de nuestras ideas... Son las doctrinas liberales las que triunfan..." [70]

No obstante el paulatino afincamiento de la prédica principista, el gobierno de Ellauri estaba amenazado en su base económica por la estrechez de recursos que heredara de las administraciones precedentes.

La situación financiera venía acusando un alarmante desequilibrio. "Si el crédito del estado se halla hoy debilitado —declaraba el ministro de Hacienda a comienzos de 1874— débese en primer lugar a la deuda pública que absorbe la mitad o más de las rentas, gracias a administraciones despilfarradoras y derrochadoras, a las locuras de muchos y a las luchas frecuentes en que hemos vivido. Un país de 400.000 habitantes que deduce la mitad de sus rentas, o sea cinco millones de pesos para el servicio de deudas viejas, no puede menos de sufrir las consecuencias deplorables que estamos sufriendo hoy; agréguese el atraso de la riqueza y de la producción nacional, la falta de una confianza perfecta en la estabilidad de la paz, la crisis comercial y monetaria, la misma oposición que se hace al gobierno y se completará el cuadro de abatimiento." [71]

Las dificultades financieras acentúan la depresión a que aludía el ministro en su mensaje de enero de 1874.

El Poder Ejecutivo, apremiado por el déficit y por las erogaciones del presupuesto, e imposibilitado de lograr nuevos empréstitos honrosos, propone soluciones de emergencia (venta del Mercado Viejo y de los cuarteles, economías en el presupuesto, venta de la deuda pública afecta a la conversión de los billetes bancarios) bajo forma de proyectos que las cámaras remisas no sancionan con la premura que la situación reclama. Un hálito de desconfianza entorpecía desde 1874 las gestiones del gobierno de Ellauri, cuyas peripecias económicas anunciaban un desenlace incierto.

El mensaje del Poder Ejecutivo del 15 de febrero consignaba: "La situación creada por el progreso sucesivo del déficit... cuya influencia sobre la marcha general de los negocios de la industria y el comercio, no es hoy dudosa para nadie, se hace ya insoportable; y si ella pudiera prolongarse hasta fin de año, difícil será prever toda la gravedad de los peligros con que amenazaría al país, y los conflictos que produciría". [72]

Culminaba así la funesta incidencia del año anterior en las rentas nacionales. En 1873 se debió hacer frente a las consecuencias de la guerra civil, soportar una calamitosa crisis monetaria y padecer una epidemia que complementó el descalabro con la consiguiente restricción comercial. [73]

La ficticia prosperidad que había inmediatamente sucedido a la Paz de Abril con confiadas inversiones de valores y auge general de los negocios, al amparo de una confianza ilimitada en la paz y la coparticipación de los partidos, se detiene bruscamente a mediados de 1873. La aguda crisis comercial de ese año acusó con creces, las ruinosas consecuencias de aquella inflación que en el graficismo de Eduardo Acevedo se traducía como "fiebre de los negocios en un organismo profundamente debilitado". [74] Los precios ahora bajan, disminuyen las importaciones y se extrema la reticencia del mercado". [75] El pánico sucede al optimismo, la retracción a la expansión, y desde allí el malestar se proyecta hacia el gobierno. "Languidece el comercio —decía *El Siglo* al esbozar las líneas generales de la situación—, escasea el metálico; los bancos no prestan; decaen los negocios y se siente paralización y malestar. Y como consecuencia de este estado de cosas se alza un clamor de

queja y descontento, y en vez de buscar las causas de la penosa situación que atravesamos, se acusa a los poderes públicos y con especialidad al Ejecutivo porque no pone remedio con unos cuantos decretos que hagan afluir el numerario, renacer la confianza y el crédito." [76] Las calamidades agropecuarias, en fin, con mortandad de haciendas y pérdida de cosechas, complementan el cuadro sombrío con que se inicia el *año terrible* de 1875. [77]

Fracasado el empréstito que se había intentado negociar en Londres, por sus desventajosas condiciones (Misión Pérez Gomar-Bustamante), malogrados los proyectos discutidos en la cámara durante el período anterior y menguadas las rentas nacionales por los efectos de la crisis comercial, el Ejecutivo se ve abocado a una inminente bancarrota.

Ellauri encomienda la cartera de Hacienda al doctor Pedro Bustamante, que ya la desempeñara en los albores de la crisis del 68. El flamante ministro asumía en setiembre sin fondos en la tesorería ni recursos para arbitrarlos, a fin de cubrir los gastos del presupuesto de los dos meses anteriores (julio y agosto). Venciendo dificultades de toda índole pudo abonarse el remanente. Pero continuaba en pie el problema de los meses subsiguientes. Ímprobos esfuerzos cumplió el ministro Bustamante con miras a la salvación económica del gobierno de Ellauri; empero, todas sus gestiones, más o menos viables en principio, epilogaron en el fracaso.

El Ejecutivo convoca a la Asamblea General para un período extraordinario, haciendo presente en el mensaje la impostergable necesidad de procurar recursos para cubrir el déficit y establecer un cierto equilibrio entre los egresos e ingresos en los últimos meses del año en curso. No obstante se cierra el año 1874 con un déficit de $ 3:632.000.

Para los enemigos del principismo la coyuntura era por demás propicia al inculpamiento del gobierno doctrinario. A la sombra de la crisis, especulando con la opinión desconcertada y con la inercia de Ellauri, se armaba entretanto el brazo de la reacción.

A principios de 1875 el asesinato del Teniente Romualdo Castillo —de filiación principista— configuraba un cercano anticipo de la conspiración que se cernía sobre el país. La prensa opositora, desde *La Tribuna*, *El Uruguay*, *La Patria* y también —aunque con otras miras— desde *La Democracia* y *La Idea*, vapuleaba sistemáticamente al gobierno subrayando su inercia, su inadecuación a la realidad y su ineptitud frente a la crisis económica. A la campaña periodística se sumaba la cerrada oposición que cumplía en la cámara la bancada neta, condenando de plano las soluciones que frente al angustioso problema económico arbitraba el Poder Ejecutivo. Ellauri, en efecto, presenta al parlamento dos proyectos de emisión menor por los bancos en un plazo de once años, mediante el adelanto al estado de dos millones de pesos en oro sellado a cambio de títulos de deuda pública. La mayoría *candombera* desecha este criterio y vuelve a insistir en la emisión por la Junta de Crédito Público tampoco viable como solución inmediata.

En el clima de violencia que margina aquellos últimos días del régimen, el doctor Pedro Bustamante asume, la defensa del proyecto del Poder Ejecutivo frente a la indiferencia hostil o la intransigencia agresiva de la oposición neta. [78] En su incisivo discurso denuncia las maniobras de la mayoría personalista de la cámara contra el Poder Ejecutivo, y el ímpetu avasallante de esa facción, que a esa altura ya no trepida en "imponer los ministros al Poder Ejecutivo". Escéptico en cuanto al principio de la emisión menor —al que se opone en teoría— Bustamante le sostiene ahora a todo trance cual obligada transacción con la realidad. Luego de demostrar la necesidad del proyecto como imposición de circunstancias, mide, con alcance de profecía, el destino que aguarda al tambaleante gobierno: "Quiero suponer, señor presidente, que esta hipótesis va a realizarse; que el proyecto del Poder Ejecutivo va a ser desechado y que el proyecto de la minoría de la comisión va a ser sancionado. ¿Qué suerte le queda a este proyecto? Y me intereso, señor presidente, doblemente por ello porque podría también preguntar: ¿qué suerte le queda al Poder Ejecutivo?... ¿Cuál va a ser la situación del gobierno? Desechado el proyecto del Poder Ejecutivo (sancionado por el senado) por la Cámara de Representantes, desechado el proyecto de la Cámara de Representantes por el honorable senado, ¿qué queda?... Nada. Y si queda nada, ¿qué viene?... Creo que vale la pena pensar en eso un poco. Esta situación es ya sin nombre; será una situación sin remedio constitucional..." [79]

La diagnosis del estado político y financiero de la república que traza Pedro Bustamante, envuelve el último alegato del principismo, aferrado al gobierno de Ellauri.

El comentario de *El Siglo*, insistía en las consecuencias del vacío que se abría ante el gobierno: "Rechazando en general la Cámara de Representantes el proyecto del senado, ha declarado que no quiere ocuparse del asunto, es decir, ha declarado que no quiere dar recur-

sos al Poder Ejecutivo. ¿Qué vendrá de esta situación?"[80] La agonía económica del régimen se proyecta sobre la armazón vital de las instituciones. Ante la indigencia total de recursos, se desquiciaban los resortes de la administración, cuestionándose de nuevo las conquistas que el civilismo había empeñosamente consagrado.

Con los sucesos que cubren la primera quincena de enero de 1875 se abrevia el colapso principista. Los incidentes electorales del 1º de enero y la sangrienta jornada del 10, no hacen sino precipitar –como concurrentes violentos– el desenlace que había previsto Pedro Bustamante.

En los prolegómenos del motín, el principismo, vuelve a presentar un frente único de lucha a los grupos netos que se disponen a avasallarlo. *El Siglo*, *La Democracia* y *La Idea* aglutinan una vez más a conservadores, nacionalistas y radicales.[81]

Montevideo vive en un clima de zozobra cuya atmósfera tiñe de subida violencia la simple elección de Alcalde ordinario y Defensor de menores. En ocasión del acto va a librarse el último enfrentamiento entre las fracciones personalistas y los grupos doctrinarios. Está en juego la vigencia del sistema que ha postulado el principismo, así como el ensayo de convivencia política. de garantías individuales y de libertad electoral planteado a partir de la Paz de Abril. "No es cuestión de blancos y colorados, subraya *El Siglo* no es cuestión de partidos lo que va a debatirse, los que proclaman lo contrario falsean a sabiendas la verdad... Se trata de una cuestión puramente social."[82]

Después de los sucesos del 10 de enero en la Plaza Matriz, el vacío de poder es ya definitivo La intransigencia que a última hora demuestran algunos sectores del principismo ensañados contra la autoridad de Ellauri contribuye aun a apurar el derrumbe del gobierno, facilitando la alternativa del golpe militar.

Con el motín del 15 de enero, el civilismo sufría una de sus más sonadas derrotas Los partidos personalistas definían a su favor la crisis política de 1875; pero a cambio de su efímera imposición surgía –encarnado en el ejército de línea– un nuevo centro de poder que durante una larga década imprimirá su deprimente sello a la evolución institucional del país.

NOTAS

1. Cfr.: Juan E. Pivel Devoto, *La hora del principismo*, en *Marcha*, Montevideo, 9 de setiembre de 1949.

2. *Discurso de Eduardo Brito del Pino*, 13 de abril de 1872, en *El banquete de la juventud, Colección de los discursos pronunciados en el Banquete que tuvo lugar en la noche del 13 de abril de 1872*, Montevideo, 1872, p. 47.

3. *No hay que alarmarse*, en *El Siglo*, Montevideo, 11 de abril de 1872, nº 2220.

4. El Banquete de la Juventud se llevó a cabo en la noche del 13 de abril de 1872 en el gran salón de la Confitería Oriental. Según el testimonio de *La Paz*, "concurrieron doscientas personas jóvenes y algunas que no lo eran y fueron invitadas igual". La comida se sirvió luego de las seis de la tarde y a las siete Carlos María Ramírez pronunció el primero de los discursos que se prolongaron durante cuatro horas. Hicieron uso de la palabra: Carlos María Ramírez, Carlos Ambrosio Lerena, Alejandro S. de Zumarán, Daniel Muñoz, el coronel Emilio Vidal, Emilio Romero, Julio Herrera y Obes, Pablo De María, Gonzalo Ramírez, Juan A. Ramírez, Florencio Escardó, Francisco Estrázulas, Eduardo Brito del Pino, Miguel Herrera y Obes, Eduardo De Macchino [*sic*], Manuel Berdier, A. García Lagos, Jaime Estrázulas, José María Castellanos, Alfredo Castellanos, Ildefonso García Lagos, José Pedro Varela, Jacobo A. Varela, José María Muñoz, Ernesto Velazco, Aureliano Rodríguez, Leoncio Correa, Antonio Carvalho, Jorge Ibarra, José Pedro Ramírez, Pablo Goyena y Segundo Flores. (Cfr. *El banquete de la juventud, etc., cit.*; *La Paz*, Montevideo, 16 de abril de 1872, nº 355.)

5. *El Siglo*, Montevideo, 12 de abril de 1872, nº 2221.

6. *Las consecuencias de las ideas*, en *El Siglo*, Montevideo, 15 de mayo de 1872, nº 2244.

7. *La Paz*, Montevideo, 9 de mayo de 1872, nº 331.

8. *Manifiesto del Club Radical*, Montevideo, 30 de mayo de 1872, en *La Paz*, Montevideo, 2 de junio de 1872, nº 349.

9. *La Paz*, Montevideo, 9 de mayo de 1872, nº 331.

10. *Ibid.*

11. *Ibid.*

12. *El Siglo en el período de lucha*, en *El Siglo*, Montevideo, 5 de mayo de 1872, nº 2237.

13. La reunión se efectuó el 20 de mayo en el Teatro Nacional, asistiendo, según cálculos de *El Siglo*, unos quinientos ciudadanos. José Cándido Bustamante propuso como nombre *Club de la Unión del Partido*, pero José Pedro Ramírez y Julio Herrera y Obes en sendos discursos que reivindican los derechos de partido colorado, recuerdan su ejecutoria, exaltan los principios liberales que identifican al partido de la Defensa y proponen el nombre de *Club Libertad*. Se decidió que llevase tal denominación y el acta de adhesión quedó a disposición de los interesados en las imprentas de *La Tribuna* y *El Siglo*. (Cfr.: *La reunión popular*, en *El Siglo*, Montevideo, 21 de mayo de 1872, nº 2249.)

Al día siguiente, el órgano colorado principista dando cuenta de los resultados que surgían de la reunión popular, presentaba, a modo de simbólico espaldarazo, las credenciales con que surgía la nueva agrupación política: "El *Club Libertad* no es un grupo aislado de ciudadanos ni es una asociación de determinadas individualidades, es el partido colorado que se reúne en un propósito común, es el partido colorado que se organiza y que se hiergue [*sic*] adoptando por lema la mágica palabra *Libertad* que ha sido la deidad de sus o...das y el ideal de sus aspiraciones y levantando en alto la bandera que legaron a sus hijos los héroes de nuestra epopeya legendaria... La

batalla decisiva que va a librarse debe encontrarnos unidos en una única idea y en un propósito patriótico y común y si las lanzas de nuestros adversarios se han quebrado ante los cuadros de nuestra infantería, hoy igualmente las maquinaciones reaccionarias han de estrellarse contra el cuadro c 1 to de nuestras voluntad - En los momentos solemnes que atravesamos, cuando vamos a jugar en el palenque del libre sufragio nuestra legítima preponderancia en la dirección de los destinos nacionales, s' ' antipatriótico y funesto preparar la disolución de nuestros elementos y la lida de nuestras fuerzas con esas rivalidades siempre mezquinas y si mpre condenables que han comprometido tantas veces el triunfo necesario de las buenas causas... Creyentes de un dogma político, soldados de un partido, usaremos de un derecho irrenunciable quemando un cartucho contra las dos agregaciones políticas que se presenten en el campo disputándonos la corona de los triunfadores: el partido viejo de los blancos y el partido nuevo de los fusionistas..." (Cfr.: *El Clu' Libertad*, en *El Siglo*, Montevideo, 23 de mayo de 1872, nº 2251.)

14. Cfr.: *El Siglo*, Montevideo, 23 de mayo de 1872, nº 2251.

15. Cfr.: *La unión hace la fuerza*, en *El Siglo*, Montevideo, 1º de junio de 1872, nº 2257.

La agrupación que encabezaba Francisco Bauzá —consigna Pivel Devoto— de filiación católica, rechazaba la unión con el grupo principista que obedecía a las directivas liberales. En ese sentido condenará, junto al Obispo Jacinto Vera, la *Profesión de Fe Racionalista* de julio del 72, con la que nuestro libre pensamiento proclama su ruptura formal con la Iglesia. (Cfr.: Juan E. Pivel Devoto, *Historia de los partidos políticos en el Uruguay*, cit., t. II, p. 119.)

16. *Manifiesto del Club Libertad*, en *El Siglo*, Montevideo, 1º de junio de 1872, nº 2257.

17. En los últimos días de mayo de 1872 se constituyó la Comisión Directiva del Club Radical integrada por: Carlos María Ramírez, presidente, Eduardo Brito del Pino, vicepresidente, Aurelio Berro, tesorero, Cristóbal Salvañach (h.) y Jacobo A. Varela, secretarios; Ildefonso García Lago · Aureliano Rodríguez, José María Castellanos, Miguel Herrera y Obes, Gonzalo Ramírez y José Pedro Varela, vocales.

18. *Programa del Club Radical*, Montevideo, 30 de mayo de 1872, art. 1º, en *La Paz*, Montevideo, 2 de junio de 1872, nº 349.

19. *Programa del Club Radical*, Montevideo, 30 de mayo de 1872, artículo 2º, en *La Paz*, Montevideo, 2 de junio de 1872, nº 349.

20. "El partido nacional debe reivindicar la gloria de haber desplegado antes que ninguna otra colectividad política la ancha bandera del principismo inspirándose en las fecundas lecciones de la historia y en la corriente de las ideas modernas. El partido nacional ha sido la primera colectividad política que ha gobernado el país en nombre del país, la primera que ha sabido prescindir de las tradiciones históricas. El partido nacional ha nacido de las grandes exigencias sociales y políticas del pueblo... Su programa era y es el programa del porvenir... El partido contrario, unido y compacto al parecer se agrupó bajo un lema tradicional y exclusivista, desechó toda idea de fraternidad y se lanzó a la lucha electoral... como un ejército entra en batalla a la voz de sus generales. Comprendimos desde el primer momento que ese partido estaba condenado a sufrir una derrota moral... Los resultados no desmintieron nuestras previsiones." Tal el editorial de *La Democracia* en que se rastrean los orígenes del principismo blanco. (Cfr.: *Los triunfos de la buena causa*, en *La Democracia*, Montevideo, 20 de noviembre de 1872, nº 154.)

21. *Nuestro propósito*, en *La Democracia*, Montevideo, 1º de junio de 1872, nº 1.

22. *Manifiesto del Club Nacional*, Montevideo, 7 de julio de 1872, en *Biblioteca Nacional*, Montevideo, *Colección Melián Lafinur*, t. 108, y en *La Democracia*, Montevideo, 9 de julio de 1872, nº 36.

23. *Situación de los partidos*, en *El Siglo*, Montevideo, 4 de diciembre de 1872, nº 2408.

24. *Arando como el mosquito*, en *El Siglo*, Montevideo, 19 de enero de 1873, nº 2454.

25. *El programa del Club Radical*, en *La Democracia*, Montevideo, 2 de junio de 1872, nº 2.

26. *Carta de José Pedro Ramírez a Juan Carlos Gómez*, Montevideo, 20 de octubre de 1872, *Cuestiones Orientales*, en *El Siglo*, Montevideo, 20 de octubre de 1872, nº 2370.

27. Se advierte asimismo cierta condescendencia —de circunstancias— hacia el sector personalista que acompaña al grupo conservador en el *Club Libertad*: "*El Siglo* —dice el órgano principista colorado— formará en las filas del partido político que desde 1843 viene manifestando en medio de las luchas más bastardas y de los errores más lamentables y de los extravíos más dolorosos, una tendencia constante hacia establecimiento de gobiernos legítimos que hagan una verdad de las instituciones liberales que nos rigen, en otros términos, *El Siglo* servirá la causa de la comunidad política que ha sido llamada por razón de su distintivo de guerra el partido colorado". (Cfr.: *El Siglo*, Montevideo, 15 de junio de 1872, nº 2274 y 5 de mayo de 1872, nº 2237.)

28. Tomás Gomensoro, *Elecciones de* 1872, p. 5, Montevideo. 1872.

29. *El Registro Cívico y la propaganda de La República*, en *El Siglo*, Montevideo, 5 de setiembre de 1872, nº 2335.

30. *Manifiesto y Protesta del Club Nacional*, Montevideo, 6 de octubre de 1872, en *La Democracia*, Montevideo, 8 de octubre de 1872, nº 105.

31. *La Democracia*, Montevideo, 16 de noviembre 'e 1 nº 138.

El 2(de noviembre se separan de la redacción de *La Democracia* Alfredo Vásquez Acevedo y Román Garc' , entendiendo que había finalizado su misión en la prensa. Agustín de Vedia continúa al frente del periódico nacionalista. (Cfr.: *La Democracia*, Montevideo, 20 de noviembre de 1872, nº 142.)

32. (Cfr.: *La anarquía, en La Paz*, Montevideo, 24 de noviembre de 1872, nº 488).

33. "El Gobierno de V. E. —decía Julio Herrera y Obes en su renuncia al cargo de Ministro de Relaciones Exteriores— marcha a pasos agigantados por el camino de los gobiernos electorales, de aquellos gobiernos electorales que según lo decía la circular sobre elecciones a los Jefes Políticos de los Departamentos, son usurpadores forzosos por el fraude o la violencia de la soberanía popular. Porque es ser gobierno electoral estimular con la impunidad y la gratitud los mayores escándalos siempre que tengan por objeto y justificativo trabajar por una candidatura simpática al gobierno, al mismo tiempo que aplica el castigo de la destitución y de la animosidad a todos los que no sirven ciegamente sus trabajos con su influencia y su poder." (Cfr.: Eduardo Acevedo, *Anales Históricos del Uruguay*, t. III, p. 656, Montevideo, 1933.)

34. *Carta de Pedro Bustamante a José Pedro Ramírez*, Montevideo, 17 de noviembre de 1872, *Incidentes electorales*, en *El Siglo*, Montevideo, 19 de noviembre de 1872, nº 2397.

En el texto de la respuesta de José Pedro Ramírez a Pedro Bustamante, se trasunta el agitado clima del *Club Libertad* ante las decisivas jornadas de no-

viembre, en momentos de confeccionar las listas de candidatos a la Asamblea. Dice el director de *El Siglo*: "Estoy cansado de ser acusado y de recibir desengaños y ha de permitirme usted que hable la verdad y que ponga en su lugar a cada uno de los que salgan a la prensa en estilo más o menos suave y con palabras más o menos almibaradas a acibararme más la lucha en que estoy empeñado. Usted, mi amigo, ha querido hacer hoy lo que ahora seis meses hacia D. José María Muñoz, pero D. José Mª Muñoz es D. José Mª Muñoz y usted es usted. Esa es simplemente la diferencia pero la diferencia es tan capital que D. José Mª Muñoz era consecuente consigo mismo procediendo como procedió y usted comete una descomunal inconsecuencia queriendo ahora imitarlo.

Don José Mª Muñoz, desde hace años, vive encerrado en una resistencia invencible a toda transacción con principios, con propósitos y con hombres que no sean sus hombres, sus propósitos y sus principios, y usted por el contrario, ha vivido sometido a la cruel imposición de los acontecimientos que se producían en épocas en que los mismos a quienes usted acusa hoy se aislaban y se abstenían... No nos hable usted ahora en medio de la lucha y cuando estamos comprometidos en ella con el propio asentimiento de usted con la austeridad de un Catón, ni nos acuse porque transamos, no ya con los dictadores prepotentes a quienes yo no dejé de combatir un solo día mientras usted sellaba los labios... Procediendo como he procedido en la confección de la lista que ha recomendado la Comisión Directiva no he sido sino consecuente con la actitud que de acuerdo con usted, con Julio Herrera y otros amigos, asumimos al constituirse y organizarse el *Club Libertad*.

Entonces convinimos en la necesidad de reconstruir el partido liberal con todos sus elementos, buenos y malos, prometiéndonos modificarlo y depurarlo por la acción perseverante de la propaganda y el ejemplo y si así no hubiera pensado, y si así no hubiera procedido habría seguido a D. José Mª Muñoz o habría ido a engrosar las filas del *Club Radical*.

Por el contrario, entonces llevamos tan lejos nuestros propósitos de conciliación que aceptamos tener sólo una representación en la proporción de uno a cinco en el seno de la Comisión Directiva y nos sometimos a soportar todos los cargos, todos los reproches de los que, en mi concepto, exageran el culto de los principios y le crean con su intransigencia, cuyos altos móviles reconozco, resistencia y antipatías populares.

Hoy, procediendo como he procedido y como han procedido otros que tienen tanta estimación como usted por su dignidad y por su lealtad política, no he hecho sino ser consecuente con la actitud que entonces me impuse realizando las ventajas que nos proponíamos obtener... Mi partido está tomado..." (Cfr.: *Carta de José Pedro Ramírez a Pedro Bustamante,* Montevideo, 19 de noviembre de 1872, *Incidentes electorales,* en *El Siglo,* Montevideo, 19 de noviembre de 1872, nº 2397.)

35. *Carta de José Pedro Ramírez a Bonifacio Martínez,* Montevideo, 20 de noviembre de 1872, en *El Siglo,* Montevideo, 20 de noviembre de 1872, nº 2398.

36. *Las claudicaciones de principios,* en *El Siglo,* Montevideo, 22 de noviembre de 1872, nº 2400.

37. *Ibid.*

La lista aprobada por el *Club Libertad* el 20 de noviembre se integraba con los nombres de José Cándido Bustamante, José Pedro Ramírez, Julio Herrera y Obes, José María Muñoz, Francisco A. Vidal, Bonifacio Martínez, Alejandro Magariños Cervantes, Juan Carlos Blanco, José E. Ellauri, Isaac de Tezanos, Juan A. Vázquez. (Cfr.: *Candidaturas definitivas,* en *El Siglo,* Montevideo, 22 de noviembre de 1872, nº 2400.)

38. *No nos entendemos,* en *El Siglo,* Montevideo, 23 de noviembre de 1872, nº 2401.

39. *Ibid.*

40. *Ibid.*

41. Suscriben el Manifiesto del *Club Libertad:* Juan P. Ramírez, Lorenzo Latorre, José P. Ramírez, Eduardo Vázquez, Angel Abalos, Carlos Gurméndez, Romualdo Castillo, Leoncio Correa, Julio Herrera y Obes, Juan C. Blanco, Juan F. Santos, Enrique Pereda, Toribio Vidal. (Cfr.: *La Comisión Directiva del Club Libertad,* en *El Siglo,* Montevideo, 24 de noviembre de 1872, nº 2402.)

42. *Revista de la quincena,* en *El Siglo,* Montevideo, 27 de noviembre de 1872, nº 2405.

43. *Ibid.*

44. *El Siglo,* Montevideo, 26 de noviembre de 1872, nº 2404.

45. *El Dr. Ramírez,* en *El Siglo,* Montevideo, 26 de noviembre de 1872, nº 2404.

46. *El Siglo,* Montevideo, 26 de noviembre de 1872, nº 2404.

47. "El Dr. Muñoz —dice *La Paz*— que con el proceder intachable de su larga y trabajada vida pública, ha sabido levantarse a sí mismo el más alto de los pedestales en que puede mostrarse a sus compatriotas el ciudadano de un pueblo libre; que se ha conquistado entre propios y extraños una reputación inmaculada ante la que se inclinan respetuosos hasta los mismos que combaten la actitud prescindente que ha asumido en los últimos años, el Dr. Muñoz radica más y más ese pedestal... Treinta años de vida pública intachable, crean a un hombre una personalidad política de la que no puede dudarse sin justicia. El Dr. Muñoz ha conquistado antes de ahora y ahora el derecho indiscutible de que nadie pueda dudar de él." (Cfr.: *La Paz,* Montevideo, 24 de mayo de 1872, nº 347.) "El Dr. Muñoz es para mí, —sostenía Juan Carlos Gómez en octubre del 72— la encarnación perfecta de la lucha contra todas las prepotencias personales, contra todas las desviaciones de los principios, contra todas las indignidades del egoísmo y contra todos los atentados de la fuerza al derecho." (Cfr.: *El Siglo,* Montevideo, 9 de octubre de 1872, nº 2359.)

48. *Carta abierta de José Pedro Varela al Sr. D. Tomás Gomensoro, La Situación,* en *La Paz,* Montevideo, 23 de octubre de 1872, nº 465.

49. En el seno del *Club Radical* se resuelve presentar oficialmente la candidatura de José María Muñoz el día 7 de noviembre. "Los elementos del partido colorado —decía el editorial del diario *La Paz* del 9 de noviembre— contrarios a la candidatura de Gomensoro serán impotentes para vencer la coalición de la inmoralidad y de la fuerza. El partido blanco debilitado por una lucha sin éxito, nulificado por los registros, sin fe y sin esperanza, no podría de ningún modo torcer el resultado de unas elecciones que se realizasen bajo la presión de la fuerza pública. El partido radical, pequeño en número, pero cuya influencia sobre la opinión imparcial de la República no puede desconocerse, no tendría misión... si los elementos honrados que existen en los viejos partidos continuasen en el trabajo imposible de triunfar aislados. ¿Qué hacer entonces? Oponer a la candidatura de fraude, de coacción y de violencia de D. Tomás Gomensoro, la candidatura nacional de D. José M. Muñoz, dar a todos los elementos que se agitan dispersos, un propósito y un fin común: hacer que concurran todos y cada uno con su bandera, con su organización y con sus hombres a la conquista de un mismo resultado..." (Cfr.: *La situación,* en *La Paz,* Montevideo, 9 de noviembre de 1872, nº 478.)

50. *Candidatura a la Presidencia de la República del ciudadano Dr. D. José María Muñoz.* A nuestros compatriotas y correligionarios políticos: Nuestra línea de conducta en la crisis actual está por el programa político que nos ha servido de bandera en la lucha electoral; ese programa que consagra nuestras aspiraciones y responde a las grandes exigencias de la época a un candidato digno y capaz por sus virtudes y sus talentos, de hacer efectivas aquellas patrióticas aspiraciones... nos hemos acercado al ciudadano D. José Mª Muñoz a fin de obtener, como hemos obtenido de su parte, la franca manifestación de los propósitos fundamentales que llevaría al gobierno de la República... Según sus propias declaraciones el ciudadano D. José M. Muñoz sólo subiría al poder para hacer un *gobierno nacional* sobre la base del estricto cumplimiento de la Constitución de la República; para iniciar y desarrollar una política de reparación, de paz y de concordia y para convertir en una verdad práctica el régimen de igualdad y de justicia, dentro del cual todos los elementos nacionales están llamados a fraternizar en la labor común de la civilización y del progreso. Por los antecedentes de su vida pública de quince años a esta parte, por las condiciones de su carácter personal y por las seguridades que ha dado antes de ahora, creemos que el ciudadano D. José Mª Muñoz, responderá en la Presidencia de la República tanto como puede exigirse en la situación presente, a las legítimas aspiraciones nacionales... Declaramos que nuestro candidato a la Presidencia de la República es el ciudadano D. José Mª Muñoz. *Juan P. Caravia, Octavio Lapido, Bernabé Caravia, José Vázquez Sagastume, Juan José de Herrera, Joaquín Requena, Ricardo Álvarez, Carlos Lerena, Agustín de Vedia.* (Cfr. *La Democracia*, Montevideo, 20 de febrero de 1873, nº 217.)

51. La prensa principista invitaba al pueblo para la manifestación en apoyo a la candidatura Muñoz, con estas expresiones: Se "convoca a todos los habitantes de la capital sin distinción de nacionalidad ni de extremos ni de opiniones políticas que simpaticen con la candidatura del Dr. José María Muñoz para presidente de la República. Las manifestaciones populares de la clase y con el objeto de la que hoy debe efectuarse, son una consecuencia necesaria del principio democrático de gobernar con la opinión pública... Nadie puede ser indiferente a la crisis política porque atraviesa el país y que va a resolverse con la elección de presidente de la República el próximo 1º de marzo... El objeto principal de la manifestación fue poner de manifiesto, hacer *visible y tangible* la popularidad de la candidatura del Dr. José María Muñoz que sus necios adversarios con su impotencia para combatirlo bajo el punto de vista de sus talentos y virtudes, han dado en llamar candidatura de familia... El único objeto real y positivo de la manifestación de hoy es evidenciar que el voto de la Asamblea responde y es fiel intérprete de la voluntad nacional... Al mismo tiempo la manifestación de hoy es el mejor desmentido que podemos dar a los que nos atribuyen la ridícula pretensión de querer imponer al país nuestras ideas individuales y nuestras simpatías de familia y de amistad" (Cfr.: *El Siglo,* Montevideo, 27 de febrero de 1873, nº 2478.)

Comentaba *La Democracia* al día siguiente de la manifestación: "El gran meeting de ayer hará época sin duda en la República. Jamás se ha visto reunión pública más numerosa y escogida, y en pocas ha resultado ciertamente mayor espontaneidad y entusiasmo. El comercio tenía en ella sus más dignos representantes, los partidos se encontraban allí confundidos..." (Cfr.: *La Democracia,* Montevideo, 28 de febrero de 1873, nº 222.)

El Siglo apuntaba: "Montevideo entero puede dar de ello fe: jamás se ha visto en esta ciudad, ni en el caso de acontecimientos patrióticos una manifestación más espontánea, más numerosa y en la cual hayan estado reunidos como esta vez los diversos elementos de esa colectividad que se llama pueblo. Más de 3.000 personas se congregaron en la plaza pública a la sola invitación anónima publicada esta mañana en *La Paz, La Democracia* y este diario..." (Cfr.: *El Siglo,* Montevideo, 28 de febrero de 1873, nº 2479.)

La Paz recogía en su editorial las palabras pronunciadas por Muñoz desde los balcones de su residencia: "Gobernaré, dijo contestando a uno de los jóvenes oradores que le había dirigido la palabra, gobernaré si fuese elevado a la primera magistratura del país, gobernaré *con el pueblo y por el pueblo*" (Cfr.: *La Paz,* Montevideo, 28 de febrero de 1873, nº 567).

Después de la derrota, José María Muñoz, en un documento que enaltece la austeridad cívica de su carácter, manifestaba a sus conciudadanos: "Verificada la elección de presidente de la república, debo a mis conciudadanos y al país en general la manifestación de mi más alta gratitud por el alto honor con que ha sido favorecido mi nombre por todos los órganos de opinión pública que han dado a mi candidatura la significación de las más nobles y patrióticas aspiraciones. El país no se engañaba: yo habría llevado al poder público el contingente de la más leal y decidida voluntad de entrar de lleno en la era de reorganización política y social que me imponía la opinión pública. A los adversarios de mi candidatura debo manifestarles que, reconociendo justicia en varias de sus apreciaciones respecto a mis aptitudes de hombre público, han sido muy injustos en suponerme una ambición muy vulgar y en negarme las cualidades de buen ciudadano dispuesto siempre a prestar a la patria los servicios que están en la esfera de mis facultades. De las calumnias e insultos que se me han dirigido durante la discusión de mi candidatura, no he tomado nota. Lamentando, en mi papel de ciudadano, que hayan sido defraudadas las esperanzas del país y haciendo votos por su felicidad, espero que el señor director de *La Paz* se sirva dar publicidad a estas líneas en el periódico que ha sido uno de los primeros y el más genuino órgano de la proclamación de mi candidatura. *José María Muñoz.* Montevideo, 5 de marzo de 1873." (Cfr.: *La Paz,* Montevideo, 6 de marzo de 1873, nº 572.)

52. "Uno de los candidatos de *El Siglo,* el doctor José E. Ellauri, ha sido electo presidente constitucional de la república por una mayoría de 30 votos contra 19. Los 30 votos han sido los 23 gomensoristas unidos a los 7 ellauristas que existen en la Asamblea General. Los 19 votos en contra han sido los 9 representantes nacionalistas que sostenían la candidatura Muñoz y los 10 conservadores que sostenían las candidaturas alternativas de Muñoz y Ellauri. Este resultado contradictorio, de aparecer el doctor Ellauri sostenido por sus adversarios naturales y de corazón, contra sus amigos y correligionarios verdaderos, se debe a las evoluciones e intrigas de última hora. La candidatura Ellauri había sido de hecho eliminada ayer durante el día por no ser posible formarle mayoría en el cuerpo legislativo. En vista de esto y de la resistencia públicamente manifestada del doctor Ellauri para ser llevado a la presidencia de la república, sus amigos hicieron converger todos sus trabajos para impedir el triunfo de la candidatura calamitosa de D. Tomás Gomensoro, concurriendo a fortalecer la del doctor Muñoz que el país entero aclamaba y que contaba en la Asamblea con un fuerte núcleo de 9 nacionalistas. En consecuencia, se contrajeron compro-

misos que una vez contraídos no era posible rompe honorablemente. Cuando los gomensoristas, que habían cantado su triunfo jactanciosamente, se convencieron de que estaban perdidos; cuando vieron que los sostenedores de la candidatura Muñoz resistían el cohecho con que se les quería arrastrar a la candidatura Gomensoro, armónica hasta el último momento en sus fines y propósitos, cuando vieron al fin que las vehementes aspiraciones del país iban a ser colmadas con la presidencia del doctor Muñoz, echaron a un rincón al señor Gomensoro y levantaron la candidatura del doctor Ellauri, como una estratagema para obligar a los ellauristas a desprenderse de los muñozistas y llevar a los nacionalistas, por odio a Ellauri, a la candidatura arruinada de Gomensoro. En momentos de entrar a la cámara el señor Camino aseguraba a los nacionalistas sostenedores de Muñoz que no tenían compromiso alguno por Ellauri y los instaba con la amenaza del triunfo de éste a que se unieran a los gomensoristas, garantiéndoles el triunfo de la elección. Si los muñozistas hubieran aceptado, el pastel estaba hecho; los gomensoristas volvían a su candidato de corazón y de intereses , os quedaban burlados y el país estaba perdido. Pero por fortuna, los nueve representantes nacionalistas rechazaron la proposición, declarando que serían fieles al compromiso contraído con los conservadores para sostener la candidatura del doctor Muñoz, y esto desconcertó los planes siniestros y falaces de los candomberos... Así es como ha sido electo el doctor D. José E. Ellauri presidente de la república, con sincera alegría de sus adversarios, *por necesidad y de circunstancias*, y con verdadera rabia y despecho de sus electores por fuerza..." (Cfr.: *La elección presidencial*, en *El Siglo*, Montevideo, 4 de marzo de 1873, nº 2481.)

53. El doctor Ellauri dirige un manifiesto al pueblo explicando la situación: "Creía yo y creí sinceramente cuando llegó a mí la noticia de que había sido electo presidente de la república, que la impotencia de las dos fracciones en que estaba dividida la Asamblea había impuesto aquella transacción de última hora, pero comprendiendo que en esas condiciones mi candidatura no podía representar la voluntad de la mayoría de la Asamblea ni contar acaso con el concurso de la opinión pública, elevé en el acto mi renuncia de tan elevado cargo". (Cfr.: *A mis conciudadanos y al país*, en *El Siglo*, Montevideo, 4 de marzo de 1873, nº 2481).

54. *A mis conciudadanos y al país*, José E. Ellauri, en *El Siglo*, Montevideo, 4 de marzo de 1873, nº 2841.

55. *La situación*, en *El Siglo*, Montevideo, 4 de marzo de 1873, nº 2481.

56. Dirigiéndose a la cámara decía el doctor José Pedro Ramírez: "El hecho era sumamente grave: importaba un acto verdaderamente censurable, verdaderamente digno de represión y de castigo..." (Cfr. *Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay*, t. XVIII, p. 136, Montevideo, 1879).

57. *La interpelación*, en *El Siglo*, Montevideo, 6 de marzo de 1873, nº 2483.

58. Ibid.

59. Escribía Pablo De María en *El Siglo* el 5 de marzo: "Dos opiniones antagónicas campean entre los hombres de principios. Los unos quieren abandonar el nuevo gobierno y echar sobre él la responsabilidad de todas las calamidades. Los otros están dispuestos a rodearlo y compartir con él la dirección de los negocios públicos mientras se conserve fiel a su magnífico programa de principios. El partido conservador forma resueltamente en las filas de estos últimos... Dejar al doctor Ellauri en el vacío es decretar la ruina de la patria... Creemos que el doctor Ellauri no ha sido franco en sus procederes; creemos que es justísima la censura que guardan nuestras almas para la conducta del correligionario y del amigo... El doctor Ellauri, como hombre, como amigo, como candidato, podrá merecer quizá las más adversas y las más justas acusaciones; pero el doctor Ellauri como funcionario, como autoridad pública, merece nues acatamiento y nuestro concurso mientras cumpla fielmente su programa y ejerza el poder que el pueblo le ha confiado, dentro de los límites de la justicia y la ley... Abandonando al doctor Ellauri, combatiéndolo sistemáticamente, haciendo imposible su gobierno regular y tranquilo, sólo una perspectiva se divisa lúgubre y vergonzosa: o el gobierno de don Tomás Gomensoro o el gobierno de don Pedro Varela. Es decir, cuatro años de desorden, de corrupción y de anarquía..." (Cfr.: *Posiciones definidas*. P. D. M., en *El Siglo*, Montevideo, 5 de marzo de 1873, nº 2482).

Y en el mismo número, el artículo editorial consignaba: "Políticamente lo que nos contrariaba era que el doctor Ellauri, que hasta el 1º de marzo figuraba al frente de este diario como candidato a la presidencia de la república, hubiera sido elevado al poder por el elemento más desprestigiado del país, sirviendo para vencer la candidatura del doctor Muñoz y con ella el elemento sano que la sostenía. El triunfo del partido personal o candombero era pues negativo; se reducía a haber impedido que triunfase l candidatura del doctor Muñoz... Todas las dudas que aún pudiesen abrigarse a este respecto, están desvanecidas en el manifiesto que el nuevo presidente de la república acaba de dar al pueblo... El doctor Ellauri se apresura a declarar al país que no tiene vínculos de ningún género con el elemento que en fuerza de la necesidad ha concurrido a elevarlo a la presidencia de la república, así como declara también que era la creencia de que no contaba con el apoyo del elemento inteligente y sano de su partido, lo que lo inducía a presentar la renuncia de su cargo..." (Cfr.: *La nueva situación*, en *El Siglo*, Montevideo, 5 de marzo de 1873, nº 2483). Y el diario conservador abría enérgica campaña en sus páginas, la de apoyo decidido a las nuevas autoridades: "El elemento personal está vencido. Es la gente decente y honorable, ilustrada e inteligente la que asume la dirección de los destinos públicos... Por odio al doctor Muñoz se han plegado al doctor Ellauri, a quien han combatido ardientemente... Aceptamos al doctor Ellauri cualesquiera que hayan sido las circunstancias de su elección; lo aceptamos y rodeamos la autoridad que inviste no sólo por haber sido uno de nuestros candidatos, sino porque llama a su lado a un ministerio digno y honorable y porque representa desde ahora su gobierno el imperio de las instituciones y, sobre todo, el predominio del elemento sano del país..." (Cfr.: *Los sucesos de hoy*, en *El Siglo*, Montevideo, 4 de marzo de 1873, nº 2481).

60. José María Castellanos y José Pedro Varela discrepaban sustancialmente respecto a la actitud a asumir frente al gobierno de Ellauri. "No creo —le decía Castellanos— que una propaganda como la que usted ha iniciado sea la que convenga a los intereses bien entendidos del país ni a los de la asociación de que formamos parte... no creo con usted que el doctor Ellauri sea el representante de la más absurda intransigencia de partido, del más refinado egoísmo político y de las más estrechas ideas. Y me fundo para no pensar como usted en que nuestro común amigo Carlos María Ramírez o Gonzalo, su hermano (que no tengo presente en este momento cuál de

los dos ha sido), me decía hace poco tiempo: que estaban tan modificadas las ideas de Ellauri que le había oído decir: estaba convencido que no se podí.. hacer buen gobierno sino prescindiendo, de los antiguos partidos... El doctor Ellauri no era el candidato del candombe, el candombe lo ha elevado porque veía perdida su candidatura." Concluía Castellanos afirmando que a Ellauri no le unía ningún compromiso con los elementos personalistas. (Cfr.: *El doctor José María Castellanos,* en *La Paz,* Montevideo, 3 y 4 de marzo de 1873, nº 570.)

61. *Carta de José Pedro Varela a José María Castellanos. El doctor José María Castellanos,* en *La Paz,* Montevideo, 3 y 4 de marzo de 1873, nº 570.

62. *Los partidos orientales,* en *El Siglo,* Montevideo, 18 de octubre de 1873, nº 2662.

63. *Proyectos importantes,* en *El Siglo,* Montevideo, 14 de marzo de 1873, nº 2490.

64. *Transformación y progreso de las ideas políticas,* en *El Siglo,* Montevideo, 10 de julio de 1873, nº 2581.

65. Ibíd.

66. *El Siglo,* Montevideo, 17 de agosto de 1873, nº 2612.

67. Cfr.: *Los partidos,* en *El Siglo,* Montevideo, 23 de octubre de 1873, nº 2666; *Partidos, nombres y divisas,* en *El Siglo,* Montevideo, 6 de noviembre de 1873, nº 2677; *Candidaturas en Soriano,* en *El Siglo,* Montevideo, 13 de noviembre de 1873; nº 2683; *Cerramos las filas,* en *El Siglo,* Montevideo, 15 de noviembre de 1873, nº 2685; *Aspectos de la lucha electoral,* en *El Siglo,* Montevideo, 21 de noviembre de 1873, nº 2690; *Las elecciones en Soriano,* en *El Siglo,* Montevideo, 27 de noviembre de 1873, nº 2695; *Las elecciones del Durazno,* en *El Siglo,* Montevideo, 27 de noviembre de 1873, nº 2695; *Saludamos al porvenir,* en *El Siglo,* Montevideo, 17 de diciembre de 1873, nº 2711; *La Democracia,* Montevideo, noviembre de 1873, todos los números.

68. *Entre dos años,* en *El Siglo,* Montevideo, 1º de enero de 1874, nº 2723.

69. *La excepción confirma la regla,* en *El Siglo,* Montevideo, 13 de enero de 1874, nº 2731.

Según la prensa principista, los netos se negaban a reconocer la transformación que se venía operando en los partidos políticos orientales. Anota *El Siglo*: "Es singular lo que acontece en la esfera política. Los órganos de los colorados y blancos netos, como si obedeciesen a una misma consigna, niegan resueltamente la radical transformación que ha sufrido la división y clasificación de los partidos en la república. Para ellos aquí no hay más que blancos y colorados. Y entretanto, ellos mismos, a despecho de sus afirmaciones, dan con su conducta testimonio de lo contrario. *La Tribuna* y *La Patria* se dan la mano y combaten a *La Democracia* y a *El Siglo*." (Cfr.: *El Siglo,* Montevideo, 6 de noviembre de 1873, nº 2677.)

70. *Aspectos de la lucha electoral,* en *El Siglo,* Montevideo, 21 de noviembre de 1873, nº 2690.

71. "Los hombres de *La Democracia,* nacionalistas, aunque unidos con los conservadores por el círculo de las ideas y de la comunidad de los propósitos no forman, sin embargo, con los hombres de *El Siglo,* una sola y única agrupación. Conservadores y nacionalistas están destinados, en una época no remota, a fundirse en un solo partido: el partido liberal; pero hoy por hoy, en el momento que escribimos, son dos fracciones homogéneas que conspiran a un fin común. Son sumandos destinados a una suma que aún no está terminada..." (*El Siglo,* Montevideo, 8 de marzo de 1874, nº 2775.) "Pero, ¿por qué se pregunta *El Uruguay*... si conservadores y nacionalistas profesan los mismos principios no se funden en un solo partido?... Las descomposiciones y agrupaciones de las fracciones políticas no se verifican con esa rapidez instantánea que el colega cree posible, porque los partidos se componen de doctrinas y de hombres, y éstos tienen hábitos y pasiones que retardan el efecto de la solución de las ideas. Por eso los fenómenos políticos requieren siempre tiempo para producirse, y eso explica la aparente anomalía que *El Uruguay* encuentra." (Cfr.: *Ayer y hoy,* en *El Siglo,* Montevideo, 8 de octubre de 1874, nº 2945.)

72. Eduardo Acevedo, *Notas y apuntes, Contribución al estudio de la historia económica y financiera de la República Oriental del Uruguay,* t. I, p. 252, Montevideo, 1903.

73. *Mensaje del Poder Ejecutivo,* Montevideo, 15 de febrero de 1874, en Eduardo Acevedo, *Notas y apuntes, etc.,* cit., t. I, p. 272.

74. Ibíd., t. II, p. 240.

75. Ibíd.

76. *El Siglo,* Montevideo, 30 de agosto de 1874.

77. "Según una comisión especial de la que forman parte los señores Domingo Ordoñana, Lucas Herrera y Obes y Enrique Artagaveytia, de 1872 a 1874 la riqueza agropecuaria sufrió una mortandad de seis millones de ovejas y corderos, dos millones y medio de vacas y terneros y cien mil yeguas y potrillos... Es necesario agregar que en 1874 se perdieron casi totalmente las cosechas de maíz y trigo avaluadas en un millón y medio de pesos. (Cfr.: Eduardo Acevedo, *Notas y apuntes, etc.,* cit., t. II, p. 244.)

78. Así denominada en razón de su ubicación en la sala de sesiones.

79. Pedro Bustamante. *La última batalla política y financiera del gobierno del doctor Ellauri, Páginas olvidadas,* en *Revista Nacional,* nº 146, p. 296.

80. *La cuestión recursos,* en *El Siglo,* Montevideo, 8 de enero de 1875, nº 3020.

81. El 6 de enero tiene lugar la reunión de la Barraca Eolo, a la que concurrieron —según *El Siglo*— más de 500 personas. "Militares y simples ciudadanos; hombres de todos los partidos sin abdicar de sus respectivas convicciones se encontraban allí identificados con la grandiosa idea de defender la libertad electoral... No se trataba de pactos ni de ligas, ni de fusiones ni de bastardos acomodamientos personales... No se exigía a ningún ciudadano que abdicase de sus convicciones... ¡No! Eran hombres y no máquinas los que se reunían. Eran ciudadanos libres e independientes y no instrumentos ciegos sin voluntad los que se asociaban para llevar a cabo la más grandiosa obra de civismo de la época actual. Al la reunión el doctor Dupont, redactor de *La Idea*... El doctor Muñoz, como presidente, abrió el acto, interpretando en su aplaudido discurso las ideas y los sentimientos que animaban a todos los ciudadanos congregados. Hicieron uso sucesivamente de la palabra los señores Agustín de Vedia, doctor D. Pablo De María, D. Anselmo Dupont, doctor José Vázquez Sagastume, D. Eduardo Flores y el doctor Julio Herrera y Obes. El señor Alfredo Castellanos leyó una carta del comandante Pereda... Los concurrentes nombraron por aclamación, en medio de una salva de entusiastas aplausos, la comisión encargada de presidir los trabajos, en la que estaban confundidos elementos de las tres fracciones principistas: doctor José María Muñoz, doctor Agustín de Vedia, D. Eduardo Flores, teniente coronel E. Pereda, doctor Juan José de Herrera, doctor Aureliano Rodríguez, D. Antonio Villalba, D. Rufino Gurméndez, doctor Héctor García Wick..." (Cfr.: *El gran mitin del miércoles,* en *El Siglo,* Montevideo, 8 de enero de 1875, nº 3020.)

82. *¡A las urnas!,* en *El Siglo,* Montevideo, 5 de enero de 1875, nº 3018.

EL 10 DE ENERO DE 1875

[Versión de los sucesos del 10 de enero de 1875, narrados por Joaquín de Salterain, conservados en un manuscrito original en el archivo del profesor Oddone]

"Yo, estudiante entonces, pertenecía al grupo de jóvenes redactores de la «Revista Uruguaya», donde figuraban Carlos Mª de Pena, José Román Mendoza, Eduardo Acevedo Díaz, Miguel Isabelino Mendy, Alberto Palomeque y Juan César Roldós. Caldeada la atmósfera de la época con la intemperancia de todos los bandos y enconados los espíritus, sin que una sola voz inspirada en la experiencia de la historia y ajena a las pasiones del momento, se hiciera oír con la autoridad de la moderación, sucedió forzosamente lo que tenía que suceder: el estallido de la violencia y el triunfo del atentado. Eso fue el 10 de enero de 1875, que recuerda mi memoria como si se tratara de un asunto de actualidad, tanta fue la impresión que produjera en mi ánimo...

"Era un día de domingo, de sol espléndido y de calor excesivo, durante el cual Montevideo se vio recorrido por numerosos forasteros, venidos de Buenos Aires, para asistir, entre otras fiestas, a las regatas internacionales que debían llevarse a término en el puerto y que, realmente tuvieron lugar, en los mismos instantes del estallido revolucionario.

"La curiosidad propia de mi inexperiencia (tenía yo 19 años) me llevó justamente al lugar de los sucesos, en tanto las demás personas de mi familia asistían a las fiestas de la bahía... Cuando subiendo por la calle Ituzaingó, desde 25 de Mayo hasta Rincón llegué a la plaza, serían poco más o menos, las 2 de la tarde, si mi memoria no me traiciona. Numerosos grupos de electores merodeaban: unos alrededor de la mesa instalada; otros en la plaza, todos aprestándose, al parecer, para votar. Entre ellos, formados en su mayoría por rostros de personas conocidas, recuerdo perfectamente al entonces comandante Juan José Gomensoro, a Carlos Viana, al mayor Soto (Eugenio), a Ramón Márquez, a Francisco Lavandeira, a Antonio Gadrín (estos últimos murieron momentos después); Soto, vestido de uniforme militar, defendiendo palmo a palmo la existencia, hasta caer en la puerta del Cabildo; Ramón Márquez, herido primero en la cabeza, recogido luego por sus amigos Segundo Flores y Serafín Salazar, que lo sentaron en un banco para defenderse y ultimado villanamente por la espalda, por uno de sus antiguos peones; Gradín, caído sin combatir, herido también en los momentos de buscar refugio con otros muchos en la iglesia. Agustín de Vedia con su tradicional chambergo; Julio Herrera y Obes solo, y como siempre sonriente y afable...

"A pesar de mi inocente curiosidad, algo raro creí vislumbrar en el aspecto siniestro de algunos semblantes; en el desparpajo de los que ni siquiera ocultaban los mangos de los

puñales y la culata de las pistolas y en el espectáculo poco tranquilizador de las divisas rojas en el sombrero... Efectivamente, salieron a relucir las armas y comenzaron a correr las gentes en direcciones opuestas; unos hacia la Matriz, otros hacia afuera de la plaza. Por hallarme yo entonces, casi en la esquina de Ituzaingó y Sarandí, empujado por los grupos, seguí con rumbo a la Policía (Cabildo) en tanto se oían gritos de vivas y mueras y aparecían al frente de un pelotón ,en actitud sediciosa, los coroneles Fortunato Flores y Bartolomé Quinteros, de particular, con divisa roja, revólver amartillado y bien poco risueños, por cierto. En este preciso instante se oyeron varios tiros; el tumulto aumentó en todos sentidos; nuevas detonaciones sucedieron a las primeras y empujado por el tropel seguí contra mi voluntad en dirección a la antigua Ciudadela, hoy Plaza de la Independencia, hasta enfrentar con la de "El Uruguay", periódico político redactado entonces por don Isaac de Tezanos. Al llegar a este sitio detuve mi marcha con ánimo de refugiarme en la redacción, donde contaba con personas amigas, pero mis esperanzas resultaron frustradas por hallarse la puerta cerrada, ostentando un letrero manuscrito, donde se leían estas palabras: «Se entra por atrás». Con todo que semejante aviso debiera abrirme los ojos, absolutamente a ciegas de lo que se tramaba, torcí mi rumbo hasta dar con el sitio señalado y sorprenderme con el espectáculo siguiente: uno de los redactores del diario y que recuerdo se apellidaba Romero, repartía a la multitud apiñada y armada hasta los dientes, divisas rojas, incitándola a que marchara a la plaza "en defensa del partido". Instintivamente, y sin darme perfecta cuenta de aquel bochorno, me alejé de la imprenta, para tomar el tranvía que en aquel entonces salía de la Plaza de la Independencia hacia la Unión. Con todo serme difícil el acceso, por la cantidad de gente que como yo pretendía lo mismo, logré, mal que mal, posesionarme de un asiento. Y allí hubiera permanecido, si momentos después, a la altura de 18 de Julio y Convención, los ayes de uno de los pasajeros, al parecer mal herido, cuya sangre corría a borbotones por la parte inferior del abdomen y me preparaba a socorrerlo, cuando del balcón de la casa próxima —antigua farmacia del León de Oro— una voz conocida me interpelaba gritando: "—Deje a ese hombre que está muerto". El de la voz era mi amigo doctor Demetrio Aguirre; el herido, siniestro personaje, a quien acababa de ver esgrimiendo daga y pistola en la Plaza Matriz... y su herida curó perfectamente, por primera intención..."

[Testimonio de Juan Domingo Lanza, en versión narrada a Eduardo de Salterain Herrera en 1946]

..."Ese domingo tuvimos que ir al Banco (Wanklin) por exceso de tareas y luego a mediodía pensaba salir a caballo con mis amigos hasta el Paso de las Duranas. Llego a la Plaza Matriz, punto de cita, y me acerco al atrio de la iglesia, donde funcionaba la mesa electoral. Mis amigos decían: "Todo va bien, muy bien"... Pero después de mediodía, en que nos habíamos detenido en el atrio, me pareció —habrá sido una ilusión— sentir como la señal de un fulminante, o algo así, y empieza en seguida un tiroteo entre el grupo de colorados «candomberos», que estaba situado en un ombú frente a la confitería del ruso —donde está hoy el Club Uruguay— y el otro grupo, el de los «principistas», en el ombú de la esquina de Rincón e Ituzaingó donde estaba el "Club Inglés", local éste que fue invadido por la gente y en cuya azotea se estableció un cantón de personas armadas. Empieza, pues el tiroteo, y cunde el pánico entre el gentío apiñado en el sitio de la Matriz. Se presumía que iban a acribillar a balazos, al grupo de votantes. Pero, felizmente, el tiroteo no fue dirigido a la gente del atrio, sino cruzado entre los grupos mencionadoc.

"D. Inocencio M. de Yéregui, era el cura de la Matriz, en aquella época. Al iniciarse el tiroteo, las personas que estaban más cerca de las puertas de la iglesia, se metieron dentro y cerraron, quedando fuera un grupo muy grande, que no había tenido tiempo de colarse. Yo estaba en este grupo. Pero, apareció el padre Yéregui y ordenó que se abrieran las puertas para refugiar a la gente y ahí me metí yo. Caminando por las naves de la iglesia, encuentro a D. José María Muñoz (jefe de los "principistas"). Era un hombre bajito, simpático, distinguido, que entonces tenía el sombrero de copa en la mano izquierda y un pañuelo blanco con una pistola, en la derecha. Yo ví esto y seguí caminando por las naves, con gente diseminada o escondida, hasta en la escalera del púlpito y bajo los altares, tal era el pánico general.

"Sigo caminando por la iglesia con mis compañeros y llego al altar mayor. A la izquierda había una puerta que conducía a la sacristía y a la derecha un depósito de cajones y trastos viejos. Aquí había gente también, y entre ella el doctor Justino Beláustegui (redactor de "La Democracia") sentado en un cajón. Alrededor de él varios ciudadanos comentando los sucesos. D. Justino estaba triste, dominado por

un pesar profundo, un estado de abatimiento ante los hechos ocurridos.

"Estando ahí nosotros llegá Ricardo Flores, con la indumentaria de verano y el pantalón blanco todo manchado de sangre —"¿Vienes herido," le gritan. —"No", dice él. "Fue levantando a Lavandeira y a Márquez, que me manché la ropa"... Ellauri ordenó que el Batallón 1º de Cazadores, de Latorre, fuera a restablecer el orden. Pero nadie quería salir de la iglesia si no se presentaba el presidente..."

[*Eugenio Petit Muñoz al trazar la silueta espiritual de Pablo De María, señala algunas de sus evocaciones del 10 de enero*]

"Vi a Julio Herrera batirse como un león. Estaba parapetado bajo un árbol, sin saco, con las mangas de la camisa remangadas. Fue, de todos nosotros, el que tiró más tiros. Y, cuando le faltó la munición, pedía a gritos a sus amigos más balas."

Paseando un día con su hijo Pablo, saludó a una persona, y dijo: —"No sé quién es ese señor, pero nos estuvimos tirando tiros toda la tarde del 10 de enero, bajo un árbol... sin que ninguno le pegara al otro. Desde entonces lo saludo porque fue muy valiente..."

[*La gacetilla del diario "El Siglo", consignaba dos días después de los sucesos:*]

"...A las 11 y media de la mañana|.. la plaza presentaba un aspecto de animación y entusiasmo único, indescriptible.

Por un lado los sostenedores de la lista neta con sus figuras siniestras y amenazadoras profiriendo a cada instante compadradas contra la gente de levita; del otro toda la juventud decente e ilustrada de Montevideo en actitud tranquila y respetuosa pero firme, esperando su turno para ejercer el sufragio.

Pero antes de la una de la tarde fuimos al café de Gault, situado en la misma cuadra de la iglesia, que estaba lleno de juventud... nos retirábamos del café cuando al pasar cerca de una mesa donde se encontraban mis amigos Segundo Flores y Lerena, nos llamó el primero... y dijo: "Compañeros le toca el turno a D. José María, refiriéndose al doctor Muñoz que en ese momento reemplazaba con otro ciudadano a uno de la comisión para custodiar la mesa, y es preciso estar preparados y prevenidos. Avísele a Márquez, Octavio y los demás que antes de las cuatro es casi seguro que los netos viéndose perdidos, producirán el conflicto asaltando la mesa y a la comisión. Conviene pues que sin abandonar los puestos de concentración convenidos para defenderse en caso de ser agredidos, algunos amigos se encuentren también en el atrio."

"Participando yo de la misma creencia puesto que la lista popular llevaba una gran mayoría incontrastable, tomé del brazo a mi amigo Abella y le dije: "Vamos a dar ese aviso que es juicioso."

Salimos del café y aún no habíamos llegado a la vereda que cuadra a la plaza, se sintió un tiro que fue suficiente para lanzarnos al descampado que teníamos enfrente, desnudando Abella su estoque y empuñando su revólver y yo una pistola de dos tiros, única arma que llevaba.

El tiro aquel, al que sucedió al instante un vivo fuego graneado, había sido la señal de la matanza preparada sigilosamente bajo los derruídos arcos del Mercado Viejo; frente a nosotros y a pocos pasos yacía cadáver el infortunado Lavandeira, a quien pude reconocer por el traje. Aquello había pasado como un relámpago.

En la esquina de Las Pirámides, frente a lo del Ruso y del Cabildo, individuos de todas layas que habían sacado a relucir divisas coloradas y se conoce que estaban perfectamente armados y organizados, hacían fuego sobre el pueblo con carabinas y fusiles, parapetándose algunos tras las casas y tras los árboles.

Abella había hecho fuego varias veces con su revólver y descargado yo uno solo de mis tiros; a la sazón que un individuo emponchado y con puñal en mano corría en dirección a los grupos netos.

Tal vez fue el mismo que viendo caer al desgraciado Ramón Márquez herido mortalmente se aproximó a él como para pretender auxiliarlo y le hundió varias veces la daga en el corazón.

En este instante perdí de vista a mi amigo Abella que según supe después se había incorporado al director de *El Siglo*, Julio Herrera y Obes y otros ciudadanos que cruzaban la plaza bajo un fuego mortífero.

Solo yo en aquel punto, me dirigí al café de Gault nuevamente, procurando un abrigo contra las balas. Con el mayor Trianón entramos en el Club Inglés en el momento en que se cerraban las puertas; dentro había gran cantidad de personas, que se habían refugiado por estar desarmadas o por haber agotado las municiones. Estaba herido en una de las habitaciones Ricardo Tajes. La indignación que en aquel instante manifestaba aquella juventud impotente para resistir la agresión de la fuerza, era indescriptible...

[*Editorial de El Siglo, del 12 de enero, bajo el título "Los asesinos del pueblo".*]

"Los ciudadanos que sostienen la Lista Popular han sido asesinados cobarde y alevosamente por los forajidos de campaña con divisas coloradas. El hecho estaba previsto, preparado y calculado.

Se habían preparado fusiles y reunido napolitanos en varios puntos cercanos a la plaza.

Antes de salir para ir a la plaza a votar se repartieron en la imprenta "El Uruguay" dagas de una vara de largo que habían sido afiladas cuidadosamente el día antes. Una hora antes de darse la señal de la degollina se repartieron a todos los grupos de cachafaces divisas de paño colorado de cuatro dedos de ancho.

Creemos que el atentado estaba resuelto y era inevitable, pero lo que lo apresuró fue la evidencia que adquirieron los netos de que estaban vencidos... en el terreno de la legalidad.

Con balotas falsas y todo, aun haciendo votar dos veces a cada ciudadano, el triunfo estaba de nuestra parte, teníamos tres votos por cada uno de ellos.

No contaban ellos con este hecho inesperado, como no contábamos nosotros tampoco con él, porque aunque la reunión de la Barraca Eolo nos enseñaba que era grande el movimiento de opinión que se operaba, nunca creíamos tuviese la magnitud que tuvo.

Creyéndose seguros de la mayoría aceptaron el arreglo que al empezar la votación se les hizo con el objeto de evitar conflictos, a saber: que la votación fuese alterna, votando de a diez individuos.

Así se practicó en efecto, llevándose la votación con todo orden hasta la una de la tarde en que, agotados sus votos, cuando aun no había votado una tercera parte de nuestros correligionarios, se apercibieron que la votación estaba perdida irremisiblemente para ellos.

Entonces resolvieron dar el golpe.

Al efecto hicieron salir de la mesa electoral a los miembros que les pertenecían. Al mismo tiempo Isaac de Tezanos, convertido en Catalina de Médicis se presentó en el atrio de la Matriz diciendo a sus parciales que se retirasen a la plaza porque era necesario suspender la votación.

En efecto, se retiraron todos, incluso los miembros de la comisión directiva neta, abandonando la mesa. Conjuntamente entraban a la plaza, Policarpo Fernández con diez o doce cachafaces de su catadura y Belén con veinte hombres de caballería. Isaac de Teaznos y D. Pedro Varela se pararon junto a un ombú llevando a su alrededor a su gente a quien hablaron. Isaac de Tezanos manifestó que la elección estaba perdida a causa del arreglo hecho sobre el modo de llevarse la votación. Un capitán Pereira replicó a ésto que aun no estaba perdida la elección porque se podía voltear la mesa.

Pues entonces a hacerlo, porque ya no queda otro remedio, dijo Tezanos, levantando el bastón que tenía en la mano. A este movimiento que era sin duda una señal convenida, partió un tiro de un grupo apostado frente al atrio de la Matriz.

Inmediatamente los grupos de los netos se formaron en batalla apareciendo todos los individuos con divisa colorada en los sombreros. Simultáneamente hicieron una descarga sobre los que sin el menor recelo, confiados en la tranquilidad aparente que reinaba en toda la plaza conversaban dispersos en todas direcciones.

En esta primera descarga cayó muerto Francisco Lavandeira de un balazo en el corazón y fue herido gravemente en la cabeza Ramón Márquez. Los ciudadanos así agredidos de improviso, intentaron resistir formando grupos, pero fue imposible; la inmensa cantidad de curiosos que llenaban la plaza arrasó en su fuga tumultuosa y despavorida a los que buscaban la incorporación a sus amigos.

Apenas quedaron en la plaza veinte o treinta ciudadanos que después de descargar sus pistolas se encontraron desarmados, pues la mayor parte no llevaba tiros de repuesto.

En cambio los sicarios de divisa colorada, en número de trescientos, acantonados en varias casas de la plaza y armados de fusiles, hacían fuego mortífero y sostenido sobre todo el que tuviese aires de gente decente.

La lucha era desigual e insostenible.

El jefe político, animado de las mejores intenciones, intentó varias veces salir de la policía a restablecer el orden sin poderlo conseguir, viéndose reducido a la deposición de sus elementos y el deber de defender su posición en encerrarse en el Cabildo.

Los netos aprovecharon de este abandono para ultimar a puñaladas a los heridos y robar a los muertos!! Este acto de salvajismo da la medida de la clase de gente que compone el partido colorado neto.

Después de un combate de cerca de media hora, llegó a la plaza el Batallón 1º de Cazadores que se hallaba apostado en la Casa de Gobierno, para ocurrir a restablecer el orden así que fuese necesario.

Este batallón en vez de venir por la calle

Rincón que era la más próxima a la plaza, tomó por la de Sarandí entrando por el costado que ocupaban los netos.

Es general la aseveración de que el batallón entró dando vivas al partido colorado. Lo mismo sucedió con el Batallón 4º de Cazadores que vino después del primero.

El oficial y aún los jefes de esos batallones fraternizaron con los forajidos de divisa colorada...

[*El editorial póstumo de Lavandeira*]

..."Jamás se trabó entre nosotros una lucha más trascendental y de mayor magnitud, después de los grandes días de la independencia.

"Están en tela de juicio las bases fundamentales en que reposa nuestro orden político y social.

"Si los ciudadanos se dejan imponer hoy por la fuerza, y triunfan los elementos bárbaros por medio de la agresión y de la violencia, la soberanía popular vuelve a ser una mentira escrita en nuestros códigos y quedan para los próximos comicios generales librados los destinos del país a las imposiciones de los más fuertes, de los más desalmados, de los que no tienen reparo para lograr sus fines en convertir el sufragio en lucha sangrienta, en innoble pugilato de pulperías.

"Es la suerte de las instituciones la que va a jugarse hoy en el atrio de la Matriz.

"Nuestras instituciones, la democracia oriental, están salvadas si los ciudadanos concurren a depositar su voto y no se dejan imponer por las amenazas ni por la agresión armada, cualquiera que sea el resultado de la votación pacífica.

"Ya que los registros están adulterados por el fraude y no arrojan ellos la expresión de la mayoría legal, ¡que no alcance igual éxito la violencia!

"¡A las urnas, pues, todos los ciudadanos!

"¡Que nadie falte a la cita del deber cívico! ¡Que nadie abdique el derecho más grande del ciudadano!

"¡A las urnas! ¡A las urnas!" (*¡A las urnas!* en *La Democracia*, Montevideo, 10 de enero de 1875, nº 764.)

[*El mensaje de Ellauri*]

"Cómo cumplió la policía estas órdenes y cómo las cumplió la fuerza de línea; si estos funcionarios han secundado lealmente las miras del gobierno o no, algunos órganos de la opinión, basándose en el testimonio de los combatientes, agitados aún por el calor de las luchas y con el corazón palpitante por la impresión de los amigos muertos y heridos en ese luctuoso día, han querido pronunciar su juicio. Pero ese juicio apasionado podrá servir para agitar más los ánimos, para empujar al país a mayores calamidades, pero no para determinar la acción de los poderes públicos. El gobierno ha ordenado se levante la información correspondiente de lo ocurrido e impuesto de su resultado hará que los culpables, fuesen quienes fuesen, sean juzgados y castigados.

"Conciudadanos: si un gobierno que procede así no tiene vuestras simpatías, si a un gobierno que rinde así culto a la ley no lo apoya la opinión, yo no puedo deducir sino una cosa: que lo que el pueblo pretende es lo que yo no consentiría nunca, que el gobierno participe de sus pasiones, que recoja un girón de la patria, que desgarre la anarquía y tome parte también en ella, constituyéndose en opresor de la libertad de unos y protector de la licencia de otros. Reconoced, ciudadanos, que esto importaría alejarse de la política que se ha trazado el gobierno y volver a los tiempos en que el partidismo ciego no se detenía ni ante la silla del magistrado. Y así por el contrario, condenando como condeno de la manera más severa el sangriento suceso del domingo, sólo explicable en aquellos desgraciados tiempos, estoy resuelto a mantener y reivindicar para todos con mi autoridad el derecho que pertenece también a todos los ciudadanos, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, esperando que en esa obra el gobierno, será apoyado y asegurado por la opinión.

"Montevideo, enero 13 de 1875.

José E. Ellauri"

[*Ultima palabra de los principistas.*]

"A nuestros comitentes y al pueblo:

"Después de los gravísimos sucesos a que ha asistido consternada la población de Montevideo; desde que el pueblo convocado para ejercer la atribución del sufragio, ha sido agredido por bandos de criminales regimentados con divisa de guerra; desde que los elementos de la autoridad pública encargada de garantir el ejercicio tranquilo de ese derecho, ha asumido una actitud de complicidad o de impotencia ante aquellos atentados, los miembros del Cuerpo Legislativo que suscriben se han creído en el imperioso deber de salvar de la manera más eficaz y solemne, ante la opinión de sus conciudadanos, la responsabi-

lidad moral que en estos momentos les impondría el silencio.

"Los hechos brutales que han conmovido a la población y que van a repercutir hondamente en todo el país, exigían una acción inmediata y enérgica del poder que tiene o debe tener en sus manos los medios de amparar la vida y el derecho de los ciudadanos. Aquella acción, sin embargo, no se ha hecho sentir todavía a pesar de haber transcurrido varios días desde el atentado sangriento del 10 de enero, y la palabra del primer magistrado que acaba de hacerse oír, lejos de revelar una perfecta conciencia de los hechos producidos, parece desconocer su carácter abatiendo a un mismo nivel a los agresores y a las víctimas y atribuyendo a la exacerbación de las pasiones políticas, hechos que sólo se explican por una confabulación siniestra de los elementos del crimen contra un movimiento general de opinión en que fraternizaban todos los partidos políticos del país: movimiento generoso a que no puede ser imputable el desborde de las pasiones bastardas que la autoridad en uso de sus facultades, debió reprimir instantánea y enérgicamente.

"Apreciando toda la gravedad y trascendencia de esta acusación violenta que se ha producido a despecho nuestro, sentimos la netesta que los hechos del 10 de enero arrancan testa que los hechos del 10 de enero arranca a la opinión pública indignada. Y al asociarnos a ese sentimiento declaramos con toda solemnidad a la faz del país que tanto respecto a los sucesos producidos como a los que se elaboran para el porvenir, si la acción del gobierno no fuese enérgica y eficaz para reprimir y castigar a los criminales garantiendo a los ciudadanos en el pleno goce de sus derechos y libertades, como representantes y como ciudadanos; asumiremos la actitud resuelta y decidida que nos dictan las aspiraciones de nuestra conciencia y el cumplimiento de nuestro deber con el fin de hacer efectivo por todos los medios legales a nuestro alcance el imperio de las instituciones, ya sean éstas holladas por la prepotencia de la fuerza o desamparadas por la acción de la autoridad. Montevideo, enero 13 de 1875. — *J. Vázquez Sagastume - Julio Herrera y Obes - Antonio O. Villalba - Ricardo Álvarez - Juan J. de Herrera - C. A. Lerena - Eduardo Chucarro - Héctor García Wich - José M. Muñoz - Emilio Castellanos - Agustín De Vedia - Alejandro V. Chucarro - Juan P. Caravia - J. Requena y García.*" (*La Democracia*, Montevideo, 15 de enero de 1875.)

[Llega Latorre, el salvador]

"El 14 de enero, a las primeras horas de la noche, hacia extramuros de la ciudad, se sentía un gran movimiento. Individuos a pie, a caballo, iban y venían, y por último en las inmediaciones del cuartel conocido por de Bastarrica y en donde a la sazón estaba el Batallón 1º de Cazadores, se veía un gran número de ciudadanos armados y tropas pertenecientes a los diferentes cuerpos de la guarnición... ¿Quién era el jefe de aquel simpático y popular movimiento llevado a cabo para reconquistar perdidos derechos y libertades? Si bien es verdad que la revolución se hizo de acuerdo y con el concurso de todos los jefes de la guarnición y un poderoso núcleo de ciudadanos, entre los cuales vimos confundidos a muchos generales y coroneles de la nación. Todos aclamaron unánimemente como jefe a ese mismo benemérito soldado que por segunda vez devuelve la paz a la república y con ella nos ofrece el triunfo más completo y radical.

"La noche indicada formábamos en las filas del pueblo armado.

"¡Qué imponente y majestuosa actitud presentaba a la una de la madrugada aquella masa compacta de ciudadanos y soldados al romper la marcha del cuartel del 1º de Cazadores!

"Latorre iba a la cabeza, y luego de incorporarse el bravo coronel Navajas, con cuatro piezas de artillería, una voz dominó el espacio y conmovió ligeramente todos los pechos.

"El comandante Latorre mandaba paso de ataque y que la artillería ocupara posiciones frente al cuartel del 3º, donde Lallemand resistía adherirse al movimiento.

"La ansiedad y el temor se desvanecieron a los pocos momentos. El mayor Casalla, segundo jefe del cuerpo, proclamó a sus soldados y formó en la columna. La revolución a banderas desplegadas y sin un enemigo que combatir, pues todas las tropas de la guarnición se habían pronunciado, fue a instalarse en el Cabildo, donde por voluntad de la mayoría proclamó gobernador provisorio al ciudadano don Pedro Varela, a quien más tarde la Asamblea eligió presidente constitucional de la república.

Latorre fue leal y consecuente con su partido, y el alma de aquella revolución sin ejemplo en los anales de nuestra historia.

"¡No costó una gota de sangre ni una lágrima!"

(José María Rosete, *El coronel don Lorenzo Latorre. Su rol en los últimos sucesos*, Montevideo, Colección Melián Lafinur, t. 51.)

[*Cartas de José Pedro Ramírez, escritas en alta mar a bordo de la barca Puig, cuando era deportado a La Habana en 1875.*]

"El 24 de febrero [1875], desde las primeras horas del día empezó a circular el rumor de que el gobierno tenía los hilos de una conspiración que se tramaba y que procedería a practicar numerosas prisiones.

Yo por mi parte, estaba tan extraño a lo primero como ignorante de lo segundo...

El 24, día de las prisiones, vine a mi quinta un poco tarde (de diez a diez y media de la mañana). A las doce del día más o menos tuve la primera noticia de los rumores que circulaban. Por fin a las 4 de la tarde supe de una manera evidente que se había dictado orden de prisión respecto de treinta y tantos ciudadanos, y que había sido comunicada a la policía.

Mientras esperaba que se me viniera a aprehender, yo, *el gran criminal complicado en conspiraciones tenebrosas*, según las notas oficiales que han visto la luz pública, llegó el señor don Ezequiel Pérez a pedirme en nombre del señor don Carlos Navia que tuviese la bondad de pasar por su banco. El señor Navia me propuso me quedase en su casa, pero yo rechacé el ofrecimiento. Mis presentimientos que de cierto no acusan mi criminalidad, porque se fundaban en la lógica de los antecedentes y en el conocimiento de los hombres, se confirmaron.

Apenas había llegado yo a mi estudio, cuando se presentó un comisario de policía a significarme que tenía orden del señor jefe político de conducirme al departamento.

Una vez allí se me detuvo un momento en la comisaría de órdenes, mientras el comisario pasaba al despacho del jefe a dar cuenta de su comisión. El comisario volvió y me hizo pasar a una pieza situada en los altos del edificio y frente por frente con la pequeña capilla en que se celebran los oficios del catolicismo en favor de los presos comunes; allí me encontré con D. Agustín de Vedia, D. Juan José de Herrera, D. Julio Herrera y Obes y los cuatro hermanos Flores.

Cualquiera que haya leído las notas oficiales respecto a este suceso y las versiones de la prensa oficial, se habrá imaginado que, merced a la suspicacia y actividad desplegada por el gobierno y sus delegados, se ha tomado *in fraganti* delito o poco menos a una multitud de ciudadanos que *conspiran contra las instituciones*, y que daban por base de sus trabajos un atentado criminal contra la vida de los prohombres de la situación; pero cuando se sepa que cada uno de los ciudadanos aprehendidos lo ha sido con conocimiento anticipado de lo que debía suceder y hasta han facilitado todo el hecho de su prisión, se ha de comprender que esos ciudadanos en todo pensaban menos en *conspiraciones tenebrosas*, si bien es notorio que algunos de ellos se encontraban poseídos de una exaltación extrema, tan justa como motivada, respecto de los hombres y de la situación fundada sobre la base del motín y la traición.

Ya he referido cómo fui yo reducido a prisión. Véase cómo se aprehendió a los demás.

Los hermanos Flores fueron aprehendidos en el cementerio, haciendo parte del cortejo fúnebre a la señora viuda de D. José Estéves, de 4 y media a 5 de la tarde.

D. Juan José de Herrera fue detenido a la misma hora al salir de la imprenta de "La Democracia" e invitado a pasar al departamento de policía por indicación del señor jefe político.

D. Agustín de Vedia fue solicitado en su casa e invitado en los mismos términos.

En los mismos términos fue solicitado también en su propia casa, a las cinco de la tarde, Julio Herrera y Obes. Julio Herrera preguntó al comisario si era una invitación del jefe político para pasar a su despacho la que le comunicaba o una orden de prisión. El comisario contestó que no podía afirmar ni una cosa ni la otra y Herera y Obes replicó que fuese a averiguarlo, porque si se trataba de una invitación no la aceptaba, porque *ni tenía nada que hablar con el jefe político ni deseaba verlo.* El comisario se retiró y volvió al cuarto de hora, intimándole orden de prisión; Julio Herrera, que en la tenebrosa conspiración, si no jugaba el rol de Bruto, por lo menos tendría el de Casio, dispuso, pues, de tiempo más que suficiente para poner a salvo su cabeza; pero, en vez de eso, se entregó como un manso cordero.

Don Aureliano Rodríguez Larreta fue aprehendido a las nueve de la noche en la puerta de su casa, cuatro horas después de estar asegurados los cabecillas y cómplices de la *conspiración.*

Don Anselmo E. Dupont lo fue más tarde todavía. Durante toda la primera noche paseó como de costumbre por toda la calle 25 de Mayo, estuvo en el club y en otros sitios públicos y recién a las 10 y media de la noche fue tomado en su propia casa.

Don Cándido Robido fue sacado de su casa a las 11 y media de la noche por el comandante de serenos. Don Osvaldo Rodríguez fue tomado con su señora a las 9 y media de la no-

che. Hasta esa hora había recorrido las calles inquiriendo noticias de sus amigos presos, había estado en el club y en otros parajes públicos y había regresado a su casa.

Mi hermano Octavio fue traído al Cabildo a las siete y media u ocho de la noche, habiéndose presentado él personalmente a la comisaría del Cordón, para evitar que apareciesen personas armadas en su casa. Así procedió porque tuvo aviso de que el comisario de aquella sección se preparaba para venir a buscarlo.

Juan R. Gómez, por fin, fue tomado en su casa quinta del Paso del Molino, a la 1 de la mañana del día 25, habiéndose retirado a ella después de conocer las prisiones efectuadas, algunas de las cuales presenció personalmente en la tarde del 24.

Si no hubiese otros antecedentes y otros medios de dejar evidenciada la verdad de las revelaciones oficiales respecto a la célebre conspiración, el conjunto de estos hechos sería bastante para poner en transparencia la inicua farsa que se ha hecho y la perversidad del desenlace que se le ha dado.

Durante la noche del 24 y madrugada del 25, fueron llegando pues, los ciudadanos a que acabo de referirme, debiendo agregar a éstos el nombre del Sr. D. J. P. Caravia.

Allí estábamos sin saber hasta dónde llegaría el número de amigos a quienes cabría la suerte de ocupar un lugar en la cárcel pública; pues no teníamos dato alguno para suponer quiénes estarían comprendidos en la lista de proscripción remitida a la policía, y la presencia de los ciudadanos que iban llegando nos desorientaba cada vez más.

Aquellos ciudadanos eran sin duda aprehendidos por sus opiniones conocidas y notorias de hostilidad al nuevo orden de cosas, y en idéntico caso se encontraba un centenar de ciudadanos notables.

Pero lo que nos causó verdadero asombro fue encontrar entre nosotros al coronel don Fortunato Flores y al señor senador don Juan P. Caravia, cooperador importante el primero, del movimiento militar del 14 de enero, agente confidencial del gobierno pocos días antes; y una de los senadores el segundo, que había rendido pleno homenaje a la nueva situación. Hoy mismo yo no alcanzo a explicarme esa conmixtión de individualidades políticas de tan diversa significación, y me inclino a creer que no es sino el efecto del régimen de la arbitrariedad tan fecundo en extravagancias de todo género...